INSOMNIO

MARCELO COHEN

INSOMNIO

Muchnik Editores

© 1986, Marcelo Cohen
© 1986 by Muchnik Editores,
General Mitre 162, 08006 - Barcelona

ISBN: 84-85501-98-5
Depósito legal: B. 43.834 - 1985

Impreso en España - Printed in Spain

«Se empieza a saber
que sólo sirven las lámparas
que congregan a las sombras.»

Jorge Teillier

Había estado soñando con estepas en llamas, con asechanzas, con un centinela que reclamaba salvoconductos para abrir el paso a un acantilado cóncavo donde el embate de las olas transformaba el incendio en humo líquido. Cuando abrió los ojos, sin embargo, sólo volvió a encontrar el óxido de las torres de petróleo contra el cielo aterido de la Patagonia. Le hubiera gustado saber si al fin le habían permitido conocer el rumor de la espuma, pero en los últimos tiempos siempre salía de los sueños por los poros y dejaba la puerta cerrada. No había lugar a apelaciones, mucho menos cuando se dormía en un escorzo escabroso y el frío, los calambres, la alarma del trabajo postergado lo obligaban a demorarse en la orilla de lo material. Como desde una gabarra sin ancla contemplo la mole negra y lustrosa del hotel Lobería, las veintidós hileras de persianas, muchas de ellas atascadas, y el resplandor que las falsas vigas de bronce desviaban hasta las ventanas rotas del banco Sinardi. El edificio del hotel era una impostura funcional; tal vez por eso en la penumbra rosada del anochecer, bajo un velo de óxidos y hollín, se fue dilatando hasta convertir las aristas en febles arcos de barro. Ezequiel, como si el día estuviese desvaneciéndose con discreción, dejando tarjeta de visita, hizo un esfuerzo por recordar qué edad tenía. El edificio recobró la rigidez. Él pensó que si aún podía detener la disolución de ese inmenso prisma no estaba obligado a embarcarse en balances. Doce años antes, quince o veinte a lo mejor, había sido una suerte de notario prometedor, también bibliotecario, amante compulsivo del exis-

tencialismo. Ahora era uno de los dos afiebrados que la gente perseguía para que escribieran todo lo que en la ciudad merecía papel: peticiones a consulados, demandas a vecinos, discursos de despedida, convocatorias parroquiales, recetas, folletos. Hasta cartas de amor de prostáticos vergonzosos, había escrito. Y para hacer tanto tiempo que vegetaba en Krámer, le parecía que en realidad había manejado su destino con apreciable elegancia. *Ni abulia, ni urgencias, ni memoria fastidiosa ni miedo a los sustos. Todo se soluciona con una sacudida rápida, como cuando un perro sale del agua bajo una luna de cal.* En todo caso las mismas ganas de irse, mitigadas a veces, por sorpresa, por el odio a los camanduleos que lo obligaban a esperar. Casi rozándole los párpados, un grupo de sudafricanos pasó trotando en ropa de jogging. Pese a ser rubios y macizos, incluso atrevidos, no habían tenido más remedio que alquilarse como anuncios ambulantes: todos llevaban en el pecho y la espalda fulgurantes estampas de cigarrillos y carteles que decían MAGISTRALES, EL HUMO DEL PRESENTE, uno de los muchos slogans inventados por la codicia de Carmelo Ildebrandi. Circulaban por el crepúsculo, los sudafricanos, con una pesarosa prestancia, y de lejos parecían héroes de fosfato. Todos menos el último, más bajito, que llevaba las zapatillas desatadas y en cualquier momento iba a tropezar.

Sin despegarse del banco, las solapas del tabardo levantadas, se incorporó lo suficiente para otear la perspectiva desolada de la plaza. Aunque hiciera años que no lo veía,

aunque la ciudad lo tuviera vedado, el mar estaba cerca y a esa hora exhalaba un olor a sebo y a crustáceos; trenzado en el viento, llegaba para impregnar las panzas de los cables telegráficos. *¿Para qué quiero este olor? ¿A qué viene esta vista?* Ezequiel saludó con un movimiento de cabeza al gestor que ocupaba todo el tercer piso de su edificio. Siempre se olvidaba de que era miope. Hizo lo posible por no volver a dormirse. No supo si no se durmió. Sobre el verde angosto de los parches de gramilla, entre oficinistas con sobretodo y pinches de hotel, diez o doce soldados norteamericanos jugaban al fútbol con una lata de cerveza Heinecken. Estaban de licencia, o podía que su misión consistiera en estar de licencia en la ciudad. Había tan poca luz que cuando la lata salía despedida a la explanada de concreto, al borde de la Alcaldía, los pozos de la noche se la tragaban y los jugadores parecían acariciar el aire como bailarinas indisciplinadas. Del otro lado, medio ocultos por el bronce del monumento a Krámer, varios muchachos y una chica enfundados en cuero de los talones al cuello compartían un cigarrillo king-size. Y en la vereda opuesta, bajo la marquesina tuerta del hotel, empezaba la hilera de vendedores ambulantes, un cónclave abierto y silencioso que se extendía ante la fachada de Nuestra Señora del Golfo como esperando que el campanario en forma de satélite empezara a escupir una horda de clientes. Salvo el guarda destacado para custodiarlos desde una cabina translúcida y el dueño del restaurante El Ñandú, que probablemente les tenía miedo, nadie les llevaba el apunte. A la izquierda del restaurante había habido un baldío sembrado de cardos y pilares; algunos todavía esperaban verlo convertido en un centro cultural, pero seguía siendo otra cosa: nada más que el potrero donde un grupo de comerciantes portugueses, hijos de colonos expulsados de África, había reunido impotencias para levantar un parque de diversiones con un látigo, una vuelta al mundo, un gabinete de espejos, dos barracas de tiro al blanco, una ruleta y un tren fantasma. La casamata de los autómatas la habían barrido para construir una

pista de autitos chocadores. Ahí, borracho de luz violeta y música de sintetizador, estaría pasando el rato Ramiro, el secretario de Ezequiel, ese cabeza de chorlito.

Aunque Tadeo se lo iba a contar antes de que volviera a salir el sol, sólo mucho más tarde, después del complot y los balbuceos del Empecinado, después de las dudas y el rapto y el agravio de las tanquetas repentinas, Ezequiel podría rehacer la historia a su medida, resignarse a las incógnitas como si fueran raíces en un lecho barroso y darse cuenta de que había sido aquella misma tarde, mientras él soñaba con estepas en llamas, cuando el húngaro, dejando atrás una siesta repleta de tapices con unicornios, había visto en un bar a una mujer de pelo negro inclinada sobre un libro y un vaso de Coca-Cola. Tadeo no iba a saber cuál era el bar porque fuera de los salvavidas y las mesas pesadas no había mirado otra cosa, pero sí iba a asegurar, por la mirada a la deriva, que la mujer había estado llorando, que se acomodaba el pelo detrás de las orejas muchas veces, que el libro era una biblia de tapas verdes bastante castigadas y que posiblemente, aunque la mujer la acariciara como una madre soltera puede acariciar un jarrón roto por su hijo, la biblia no era de ella. Eso, con frases como salmodias de bodegón, iba a decir Tadeo; lo cual no era poco para Ezequiel, que ya había dejado de mirar casi todo menos las torres de petróleo. Y menos poco era la coincidencia, que la ternura de esa mujer por un libro ruinoso. Porque coincidencia, se daría cuenta Ezequiel mucho después, no había existido ninguna.

Pero antes de eso, antes de la visita doctrinaria de Tadeo, todavía estaba anocheciendo. Ezequiel decidió levantarse y atravesar la plaza. Si no hubiera tenido la seguridad de que lo seguían, habría evitado las lajas de concreto húmedas de rocío; pero en Bardas de Krámer todo el mundo llevaba un espía más o menos inocuo a la rastra, y él no iba a privarse de regalarle al suyo el chirrido escandaloso de las suelas de goma. Como desde la Alcaldía ya empezaban a encender los faroles, al pasar junto al monumento a Krámer sintió la fusta de un dedo fundador tocándole el hombro. Era apenas un dedo de sombra, pero Ezequiel se volvió, leyó el cartel de PROHIBIDO TOCAR, vio la verja y apretó el paso. Esquivando soldados llegó a la avenida Manzano, dejó pasar una camioneta y cruzó. En la feria de los pacientes vendían patos mecánicos, helicópteros de control remoto, ajedreces de ónix, choclos asados, tortas fritas, pañuelos de Túnez y de Marruecos, medias de Hong Kong, calzoncillos de la India, camisas italianas, viejas guitarras Fender de acrílico magenta, pizzetas de anchoas, yesqueros, cinturones repujados, vasos de whisky festoneados de pintura plateada, barajas alemanas con majas desnudas en el dorso, computadoras chatas como flores conservadas en libros, radios de alta fidelidad envueltas en plástico para defenderlas del salitre, medallones con signos del zodíaco o imágenes de dioses egipcios, jabones, aceite de uva, abrelatas de pilas y albornoces de fibra sintética. Ezequiel se hizo la ilusión de haberlo mirado todo. Después, mordis-

queando una empanada, avanzó hacia el parque de diversiones. Al borde de la pista de los autitos chocadores se adosó a un farol como buscando respirar la luz de gas. Ramiro, apretado en su traje de paño azul eléctrico, con los labios blancos de baba y unos ojos de chamán desaforado, perseguía en un autito azul a una enfermera muerta de miedo. La enfermera no podía con su volante porque en la mano izquierda sostenía una manzana con caramelo. Intentó girar, pero de un topetazo Ramiro la mandó a estrellarse contra la defensa de lata. Sonó una chicharra. Los autitos se pararon. Ezequiel saltó a la pista y se llevó a Ramiro del brazo.

—¿Vio qué fenómeno, jefe? —dijo Ramiro—. Soy un azote, un terror.

—Te vi —dijo Ezequiel—. Extraordinario, más que nada cuando se le cayó la manzana en el guardapolvo. Decime, ¿llamó alguien?

No, no había llamado nadie ni habían pasado a buscar el comunicado del consorcio textil, pero en el Parte de Salidas, que había sorprendido a Ramiro en una cafetería de la avenida Bolena donde la gente, parecía mentira, no había abierto los ojos *siquiera en ademán de excitación,* el Alcalde había *pronunciado* tres apellidos que empezaban con B. Ezequiel, que se alarmaba con alguna prudencia cuando descubría en Ramiro adherencias del estilo almibarado de Ildebrandi, le preguntó por qué le importaban tanto los apellidos con B.

—Porque yo me llamo Belindo, y pienso que cuando

el río suena aguas trae —dijo Ramiro—. Además, ¿qué le pasa? ¿Usted no está hasta los huevos?

Era natural, pensó Ezequiel, que el muchacho se desviviera por huir, pero incómodo que hablara de agua en una ciudad inclinada sobre un cauce seco que, para colmo, desembocaba en un puerto ausente. De todos modos era mejor que el límite hubiera dejado las dársenas al otro lado; no sería estimulante la corrosión de las grúas asediadas por la maroma. *¿A qué soportar reminiscencias, cementerios de sal, airecitos de otros tiempos?* Avanzaron bordeando los vestíbulos pringosos de los cines del paseo Marsella. Arriba, atrás de los ventanales de las oficinas, empleados cansinos ingresaban datos en ordenadores o revisaban cifras de inventario bajo el zumbido críptico de los tubos fluorescentes. En la esquina del paseo y Sinatra, donde el antiguo edificio de *La Gaceta del Golfo* se había trasmutado en una sauna flamante, la luz se extinguía de pura transpiración. Se necesitaba andar a tientas para no chocar contra el amasijo de rotativas que los obreros habían dejado al borde de la vereda. Sobre un montículo de hierros que parecían obenques enroscados, dos chicos intentaban piruetas de equilibristas. Pero a Ezequiel lo distrajo otra cosa. De lo que había sido La *Gaceta* sólo quedaba sobre el arco del portal el friso de piedra con un mapa del mundo; y hasta esa altura había conseguido trepar alguien para pintar EL MEJOR DESAYUNO ES HUNDIRSE EN EL INFIERNO HASTA LOS OJOS con un esmalte índigo que perforaba la noche y, sin brillar, escapaba hacia los pastos resecos, los brocales agujereados y los esqueletos de los cormoranes.

Como a los informes más o menos exaltados de Tadeo podría superponer la colección de distracciones de la mujer de la biblia, Ezequiel llegaría a deducir que ella no había perdido la tarde en el bar. Mientras él sesteaba en un banco de la plaza y Tadeo volvía a su casa para enfrascarse en el desguace de un ventilador, la mujer había aceptado mostrarse por la peluquería donde trabajaba. Pero ya que su jefa, Lorna Mac Dermott de Chalukián, estaba intercambiando chismes con una vieja de permanente color hierro y no había más clientes a la vista, se había deslizado otra vez a la calle, sin soltar la biblia ni limpiarse las mejillas manchadas de rimmel. En una esquina de la avenida Zapala había entrado a una cabina telefónica. En blanco, con la espalda dolorida, se había encontrado con una moneda en una mano y el auricular en la otra sin saber qué número quería marcar. A punto de golpear la caja metálica, había descubierto que del otro lado del vidrio, apoyado en un poste sin cartel, un espía la miraba pasándose la lengua por los labios. Ella había pateado la puerta, los ojos turbios, la cartera bajo el brazo y, buscando en el cordón de la vereda, había dado con una botella de anís vacía. Antes de que pudiera romperla contra un buzón, el tipo había girado como quien busca un lustrabotas para dejarse tragar por el gentío que abruptamente empezaba a manar del cine Atlas. Harta de dudar, ella se había metido a ver una película de mutantes, vampiros por lo que después se infería, que asolaban los suburbios residenciales de Nueva York. Nunca supo si lo que rezumaba sexo ensangrentado y camas con cojines de satén violeta era la película o el primero de los sueños que la diluyeron en la butaca, pero sí recordaría otro sueño, el último, porque le seguiría dando asco esa chiquilina pelirroja que, con una sonrisa de zafiros, proponía adivinanzas y llamaba a la gente con un dedo lívido y señalaba algo, un jardín o un patio con naranjos, que en realidad era un despeñadero por donde los curiosos rodaban hasta destrozarse después de haberla acariciado. Todavía le tintineaba la risa de la nena en los oídos cuando la pan-

talla se dejó invadir de punta a punta por una boca de labios mórbidos que en una comisura sujetaban algo como la cabeza púrpura de un alfiler. Había salido del cine corriendo para precipitarse por la calle Aconcagua, cuadra tras cuadra entre el olor empalagoso de las mueblerías y las desiertas terrazas de los grilles, preguntándose quién le había metido en la cabeza ese angelito ponzoñoso, de qué engranaje estaba hecho el movimiento de su sonrisa, apartando con la mano otra imagen que no la dejaba en paz, la del hombre que le había dejado la biblia, chocando mareada contra los pocos transeúntes embobados por el cielo impasible. Así, ya de noche, con una ridícula urgencia, había llegado a su departamento. El viejo estaba en el comedor, hipnotizado ante un informe sobre las víctimas de los maremotos en Bretaña; daba la impresión de que eran iones y no arrugas lo que le surcaba la cara. Sin embargo, como si hubiera sabido, la había abrazado un rato largo y, mientras le hacía masajes, había desvariado sobre una casucha nada ostentosa, más bien de madera, pero con un huerto trasero donde tres peones disciplinados sabían cultivar la coliflor y hasta la remolacha. Ella no había querido estropearle el sueño duplicando el suyo. Había preparado fideos y jugo de pomelo y en silencio lo había mirado comer. Después, dejándolo en el balcón, la mirada prendida al monobloc de enfrente, había vuelto a salir, con la biblia bajo el brazo pero ya sin apuro.

Mientras doblaban por Sinatra, esquivando pilares de fierro y rodillos percudidos, Ezequiel se preguntó cómo era que no llegaban a inquietarlo esas leyendas que parecían cicatrices. *Nada serio, será. Un aprendiz, un fanfarrón. Latigazos al suelo de domador que pierde la calma. Pero no es eso. No es eso. Alguien se arriesga a escalar paredes por las solas ganas de enchastrarlas con proclamas. Un aficionado. A escribir. Milagro, ¿no? ¿Peligro? ¿No te nace un escalofrío? Si serás pusilánime.* Como de costumbre, no iba a pensarlo, quizá porque la otra alternativa era pensarlo demasiado. Bajo la fría luz blanquecina, la calle Sinatra era un corredor de veredas avaras, prolongado casi hasta la vaguedad del campo por una doble hilera de edificios de cristal, aluminio y hormigón. En los pisos altos, a la vera de una franja de cielo estrellado, seguía sobrando espacio: la mitad de las oficinas estaban perpetuamente en alquiler o habían sido abandonadas de un día para otro. Al nivel de la calzada, entre cafés al paso, papelerías de vendedores pachorrientos, boutiques y pizzerías de la cadena Bernasconi, un tenue encaje de humos de aceite gravitaba sobre las conserjerías de mármol. Ezequiel hubiera caminado su media cuadra con los ojos cerrados de no haber tenido la certeza de tropezar únicamente con espías o azafatas desesperadas. Sólo al pisar la entrada del edificio donde tenía la oficina, una copia atípica y disminuida del Chrysler Building de Nueva York, sintió que una mano le tocaba el hombro. Era el portero, un camboyano medio calvo que un avión de las Naciones Unidas había depositado en la ciudad y en los últimos tiempos se aplicaba horas enteras al estudio de una baraja española, como si le hubieran regalado una dotación de dioses sin estrenar. Los invitaba a participar en una sesión de tute donde alguien cambiaría los dólares de diferencia por francos suizos. Ramiro, obsequioso, alzó las cejas.

—No puedo —dijo Ezequiel—. Tengo trabajo y quiero enterarme qué hay de nuevo.

—Nada nuevo. *Rien* —dijo el camboyano con una risa

de dientecitos parejos—. Quién sabe. En todo caso. Bombardeo en la isla de Diego García. Yo lo he soñado, también, monsieur Adab. Y el rey de bastos vestido de aviador. Curioso, ¿eh? Mas la televisión no ha dicho nada.

—Compre el diario, entonces.

—*¿Le Monde?* Ah, non. Trop cher. Si hoy gano, a lo mejor —agarró el codo de Ezequiel y lo apretó con dos dedos como garfios—. Venga.

—No.

El camboyano sacó una navaja. Sin abrirla, la lanzó al aire y la recibió en la otra mano.

—¿Y bueno? Necesito dinero, monsieur Adab. Para irme de aquí.

—¿Y qué va a hacer? —dijo Ezequiel reculando—. ¿Matarme?

—No tiene lógica —dijo Ramiro.

Lo dejaron guardando la navaja. Ezequiel cruzó el hall sin abrir la boca. *Raro pensar cómo pueden reaccionar. Son otra cultura.* Como ninguno de los tres ascensores funcionaba, siguió a Ramiro escaleras arriba por una oscuridad agria de olor a mate cocido y meadas de gato. En el pasillo del octavo piso, entre el ámbar estático de los bulbos de luz, había una cola de clientes arropados en frazadas. Sin embargo, del otro lado de la puerta que informaba EZEQUIEL ADAD, ESCRITOS DE TODA ÍNDOLE, en el sofá de la salita, apenas roncaba un hombre de bigote filoso que pese a lo convulso del sueño no soltaba el yelmo de motociclista. Con un gesto violento, como si estuviera barriendo fruta podrida, Ramiro tiró al suelo el anorak de lona que el hombre había dejado en su escritorio. De la radio que acababa de encender brotó una cumbia tocada con piano y acordeón. Ezequiel siguió de largo hasta su despacho y cerró la puerta: la caoba lo preservaría de toda arbitrariedad y aun de la sospecha de que Ramiro lo saboteaba a instancias de Carmelo Ildebrandi. Aunque al fin y al cabo a él no le preocupaban las amenazas de indigencia. Ahí, en el despacho, tenía los anaqueles arqueados por

los archivadores, los biblioratos pulguientos y las obras completas de José Ingenieros, de Quevedo, de Chéjov, la nefasta traducción de *Las mil y una noches,* las bolas de pelusa sobre el *Manuel de las religiones del mundo,* y las guías Michelin y el diccionario de sinónimos y el Casares y las gramáticas y el breviario de retórica y la *Enciclopedia de los oficios y la técnica* a mano en cajas de madera de balsa, las invencibles rayas del televisor, el catre con la almohada de lana. Y tenía el bañito con el jabón y las aspirinas, y sobre todo tenía la ventana, un plexo engañoso que sabía temblar, consternarse y palpitar de estupor con el invariable paisaje nocturno de azoteas y ropa tendida de antena a antena. Un poco más lejos, en una latitud borrada por la noche, estaban los pilares del puente Fitz Roy, rotundos de opacidad, marcando al menos una frontera visible con esa provincia de jarrillas y canto rodado donde se perpetuaban los pozos de petróleo. Por el puente pasó un ómnibus y los fluorescentes de la cabina alumbraron el parapeto; en un recodo asomó el morro de un camión frigorífico. Mirando con curiosidad, con el amor con que se pueden mirar los ojos desvaídos de un idiota, Ezequiel atisbó un movimiento de susto: el puente pedía un amanecer anticipado. De repente sonó el teléfono. Ezequiel descolgó, pero el cable sólo transmitía un murmullo de fichas y canales acoplados, tal vez juegos de respiraciones.

—Besugos —dijo—. Vigilen a sus suegras.

Esperó oír el chasquido y la impavidez renovada de la línea para colgar. Estaba reuniendo los borradores desparramados sobre el escritorio cuando el teléfono sonó de nuevo, esta vez con un berrido que lo lanzó contra el respaldo de la silla. Era su mujer. La voz tardó un poco en llegar, como si hubiera tenido que apartar arbustos.

—Hola, Ezequiel. Te llamé antes pero no estabas.

—No. Se me pasó la tarde en la plaza.

—¿No trabajaste?

—Vi un incendio de estepas, vaya a saber a qué vendrá. ¿Y vos?

—¿Yo? No me acuerdo. Acá el jefe me da una sola hora para comer. La siesta la duermo los sábados. ¿Hay novedades?

—No era siesta lo que dormí.

—¿Cómo?

—Nada. Ninguna novedad. Tres apellidos con B.

—¿Pero escuchaste el Parte?

—No, me lo contó Ramiro, el secretario. Él no se lo pierde nunca.

—Ah. No me habías contado que tenés secretario.

Ezequiel extendió un brazo sobre el pantano de papeles rotulados de negro y de verde. El auricular le lastimaba el lóbulo y le costaba mantener la cabeza derecha bajo el narcótico de esa voz de jerez dulce. Como muchas otras veces, sintió ganas de preguntarle si no se había vuelto a casar. *¿Bígama, Sofía? ¿Y cuando se presente el maridito a exigir la regeneración del amor? Improbables escenas pasionales en La Plata. No: Sofía condenada a delatar por la voz las atrofias de la espera.* Pensó en ojos verdes.

—Lo contraté porque necesitaba ayuda. Pero a veces se me cruza que trabaja para la competencia. Para Ildebrandi.

—Antes vos no eras enemigo de Carmelo.

—Antes. Ahora escribe cada vez peor. Y me hace la contra.

—Hace frío acá. El otoño es muy húmedo. ¿Y en Krámer?

—Viento del mar. Mucho viento. ¿Qué sabés de los chicos?

—Te pedí mil veces que no digas *chicos,* Ezequiel. Esteban a lo mejor escribe después de los exámenes, en París es primavera. Javier, no sé, maneja un camión.

—¿Es de noche, allá?

—Sí, claro, mirá las cosas que se te ocurren.

—No estás durmiendo.

—Llegué del cine y probé de nuevo a ver si te encontraba. Bueno, Ezequiel, esta charla va a salir muy cara. Hasta pronto.

—Hasta pronto. Oíme, Sofía.

—¿Sí?

—Un beso en la boca.

Colgó el teléfono y se reclinó en la silla. Junto al marco de la puerta, arriba del interruptor, una mosca trepaba diligente por la pared. Se detuvo para restregarse las patas, pero la mirada de Ezequiel siguió deslizándose hasta el techo. De repente, gracias al bicho, estaba descubriendo el trabajo de la humedad en el cielo raso. Vio surgir continentes, lunas menores, inflorescencias, hipogrifos, y lo peor de todo no era el reconocimiento tardío, sino que le bastaba mover un poco la lámpara de pie para que las tramas se volviesen tan sutiles como la boca de Sofía. Claro que las inflorescencias, por inaprensibles que fuesen, crecían a tres metros de distancia. Sofía, en cambio, no bien el Parte de Salidas le había dado a elegir entre el matrimonio y el oxígeno, se había llevado su boca junto con varios baúles y dos hijos que no sólo eran de ella. Tal vez la ciudad no le causara daño físico, pero parecía indudable que afuera por lo menos se viajaba. En siete años había pasado de la casa de su padre, una granja negligida cerca del Río Negro, a una residencia para emigrantes en El Chaco, a Cochabamba, a Minas Gerais, a Montevideo y por fin a La Plata, donde una constructora se había avenido a darle un puesto de secretaria porque los hijos, ya crecidos, estaban tramitando visas para seguir dando tumbos por Europa. Tanto camino, se le notaba paulatinamente en la voz, le había ido alimentando una peculiar idea de la deuda y la fidelidad, no tanto al amor, pensaba Ezequiel, como a la anémica esperanza de que un día él lograra salir. *Pero más ganas tengo yo, y eso no lo adivina.* Apoyados en el poste de un farol, un hombre y una muchacha se besaban con desesperación. Ella tenía el vestido plegado, y su silueta se filtró en el duermevela de Ezequiel hasta soldarse con una geisha de ojos de esmeralda que afrontaba los insultos de un militar enfurecido. Sobresaltado, se frotó los ojos. Pensó en agua, así como unas horas antes había pensado en cambios,

quizá porque de algún rincón de la oficina le llegaba un ruido lerdo de gotas y de losa. *Algo cambia, algo le duele al movimiento. La inestabilidad señorial del agua fluyendo sobre el borde de la fuente se transfiguró en una canilla mal cerrada. Hay que poner más estopa.* Se levantó y abrió la puerta. Ramiro, con los pies sobre el escritorio y los auriculares de un walkman apretándole la cabeza, miraba un documental sobre los peces ciegos de las fosas marinas. El hombre del bigote filoso se dejó despertar.

—Fíjese usted —dijo al entrar al despacho de Ezequiel—, nunca había visto un lobo y ahora acabo de toparme propiamente con uno. Mi familia era asturiana y después de la cena contaban historias de caza. Tengo un tío en Gijón. Debería escribirle.

Pero cuando Ezequiel le preguntó si era esa carta lo que iba a encargarle, el hombre respondió que en todo caso lo dejaría para más adelante. Por el momento necesitaba una introducción, florida a ser posible, para el inventario de traspaso de una mueblería. Mientras intentaba cortar con los dientes un pelo rebelde del bigote, explicó que estaba harto de trabajar, y en seguida se puso a recitar de memoria una lista de existencias que Ezequiel añadió a los datos personales. Después de obtener una cita imprecisa para retirar el texto, el hombre tendió la mano floja. Abrió la puerta, pero para irse tuvo que esquivar el cuerpo bombeado de Tadeo Farkas.

De haber nacido entre especies voladoras, el húngaro no hubiera sido una garza ni un pelícano sino el antecedente natural de un zepelín. Cejijunto, resoplando, se bamboleó en una pierna para dejar pasar al cliente y, desafiando la gravedad, entró de a poco en el despacho hasta conseguir aferrarse a la silla vacía. Ezequiel le estudió los mofletes hinchados de ansiedad, los ojos grises detrás de los anteojos con montura de carey, la mata de la barba chamuscada por los cigarrillos, la grasosa bata de enfermero y el pulóver metido a presión debajo de los pantalones. Ni siquiera al aceptar la taza de café resignó la hosquedad de la sonrisa. Era así, Tadeo Farkas; andaba en otra cosa.

—¿Hablaste con tu mujer, escriba? —dijo sorbiendo el café, y se limpió los labios con un Kleenex roñoso—. Y claro que hablaste, se te ve en la rijosidad. Siempre hablás, con fervor que yo presumo cada vez menos fervoroso.

—¿Y de qué te viene la presunción?

—Siete años son siete años.

—¿Siete? Al menos habrá sido en este siglo —dijo Ezequiel ofreciéndole cigarrillos. Tadeo agarró el paquete entero, se lo metió en un bolsillo y encendió uno de los que traía él.

—¡Jo! Haceme cosquillas que me río. Sos tan israelita, vos. Preferís compasión a sentencia. En Danzig, tiempo ha, había hijo de industrial harinero que tenía el hábito asqueroso de fornicar con empleadas del padre. Industrial harinero aguantó muchos años, hasta que un día mató al hijo. Tajo de oreja a oreja y cabeza medio separada. Voilà! Hubo foto para el museo de la paciencia.

—¿Y para esto venís a visitarme? Dejame en paz, Tadeo. Sofía es fiel al teléfono. Cree que un día voy a salir.

—No, no, no y no. ¡Escriba! —la risa del polaco rebotó contra los biblioratos arrancándoles lenguas de polvo—. No entendés nada. Nada. Tadeo pienso: tu mujer

hizo bien, todo lo que esté haciendo. ¿Ofelia va a ser, la pobre? ¿Penélope? ¿Porcia? Dice un amigo mío: hoy los príncipes ya no dudan, todo el mundo intenta hacer, para su bien. Lo demás es teatro tuyo. ¿Existe Sofía? ¿Aún? Vamos, que me trae otro asunto.

Ezequiel estiró el pie para encender la estufa de resistencia.

—Veamos de qué se trata.

—Esta tarde Tadeo voy y sueño que paseábame entre gobelinos, tapices con escenas de caza. ¡La dama del unicornio! Paparruchadas de franceses, ¿no? Ahito de museo, me despierto, diríjome a casa de un cliente, me detengo en paradas del trolebús, los ojos presagiosos se me piran hacia un bar, un barcito con pretensiones marineras de qué calle no me vayas a preguntar porque no me acuerdo. Pero lo destacable: en una mesa junto a una ventana distingo mujer, morocha mujer de luengo pelo desaseado, como de padecer jaqueca, no tan lagrimosa como desmaquillada. Y sabés, escriba, estaba mirando un libro. Tapas verdes. ¡Una biblia!

—¿Qué estás diciendo?

—Inclinada ella, la mujer, sobre el libro y un vaso de Coca-Cola. Y yo no estoy tan craquelé como para no emocionarme.

Ezequiel se preguntó cómo podía ser. Dio por descontado que la mujer no habría estado leyendo. El húngaro, que ya no tenía ceniza que derramarse sobre la barba, prendió otro cigarrillo; jadeando, la sonrisa embozada tras la pelambre de oro bajo, los lentes empañados, plantó las dos manos sobre el escritorio.

—A esa mujer no hay que perderla de vista, escriba. Tenés que cuidarla.

Como si un burócrata surgido de un sótano le hubiera puesto una mano helada en la nuca, Ezequiel se tocó la base del cuello. Estaba caliente. Palpitaba.

—¿Yo? —dijo—. ¿Cómo?

Tadeo apagó el cigarrillo por la mitad y estirándose la bata como si fuese un sari se puso en pie de un salto precipitado. A Ezequiel le sorprendió que no se hubiera golpeado la cabeza contra el techo.

—Vos sabrás. Yo soy apenas un electricista. Pero guarda con tu cacareado desapego: podés convertirte en transpiración pura. Una mujer con un libro. ¡Repámpanos, escriba! Tadeo digo, hay que profesar simpatía. No simpatía mundana: antes bien oído atento. Miraba una biblia, esa mujer. ¿Te enterás?

Ezequiel, por no agachar la cabeza, cambió una carpeta de lugar.

—Bueno, me voy —siguió el húngaro, ahora en un tono devastador, como si estuviera hablando desde una colina—. Tadeo me esperan para reparar no sé qué. Pero antes, algo más: muy pronto te voy a dar nuevas sobre el iracundo anónimo, tu competencia.

—¿El de la consignas en las paredes? Será un borracho.

—¿Borracho? Empecinado, digo yo. A ése no le pierdo el rastro. Haceme caso. —Tadeo hundió la mano en un bolsillo y sacó dos billetes de dólar—. Bueno, tomá a cuenta y preparame un avisito lindo para tarjeta profesional: plomero, electricista y técnico radiotelevisión.

Ezequiel le devolvió los billetes.

—Escribítelo vos.

—No, no. A eso había venido. Chau, escriba. Visitame, sé bueno.

Ezequiel terminó su café. La mosca se había ido detrás de los ruidos del televisor de Ramiro.

—Tadeo, tendrás que admitir que sos incapaz de seguirle el rastro a nadie.

—Tengo ojo ubicuo, atento, facetado. Nuevamente, chau.

Acodada en el mostrador del Pernambuco, envuelta en el vapor de la máquina de café, la mujer repetía con un contoneo mecánico de las caderas los movimientos de émbolo de un soldado que jugaba al flipper. Con un breve estremecimiento, como si sólo estuviera librándose de un poco de polen, intentó recuperar a un tiempo la noción del amanecer y los ardides en que había adiestrado sus ojos: quería beber con alguna compostura el té que le habían servido. En la vereda de enfrente, un asiático con gorra de portero jugaba a las cartas, con dos camareros y una mujer de traje sastre, sobre los escalones de mármol de un edificio que parecía de cera. Mucho después ella misma le contaría al escriba que en ese momento, antes de cruzar la calle desierta para entregarle el libro, había sentido un odio devorador hacia los que amanecían tranquilos; que los hubiera pisoteado, por hipócritas, *como quien camina descalzo sobre un colchón de cartílagos.* Se había reído hasta ahogarse y apretando la nariz contra la ventana del café había jugado a adivinar en qué piso trabajaba el tal Adad.

Por alguna razón, las insidias de ese que ahora se llamaba Empecinado o el reflejo de una mata de pelo negro en los lentes de Tadeo, un aliento de clandestinidad había empezado a gravitar alrededor de la pantalla de la lámpara; bajaba como rodando por una duna, acariciaba el portalápices o se hamacaba en los claroscuros, rasgando las hojas, animándolo a intercalar la fábula del Espectro de la Nieve o un haikú como *Dos se despiden:/ un sauce se entromete/ entre la orilla y la barca* en el discurso que el presidente de la Cámara de Exportadores debía leer sobre la economía japonesa. Era ese discurso, desde luego, o la dificultad de escribirlo, lo que le había sugerido el semisueño de la geisha. Pero tampoco se le antojaba terminar la carta de un gremialista chileno al procurador general de la UNESCO ni el arrebato pasional que requería uno de los empleados de la sauna. En eso había avanzado bastante: «Puedo concebir que me juzgue feo, exigente o poco ingenioso; no que un puñado de cariño pese tanto como». No obstante, ahí estaba varado. Masticando una galleta, se sirvió otro vaso del café aguado que Ramiro solía preparar por galones. *Por otra parte, ¿y qué otra parte?, está amaneciendo y con la progresión de la luz se multiplican las excusas*. Detrás del vidrio patinado de gotas secas las piedras del puente gruñían con una feroz jovialidad al retumbo de los camiones. Se preguntó qué serían, esos cargamentos. Aterido en la claridad precoz, cortante, un hombre contemplaba la desnudez de las torres, las cadenas herrumbradas, las tuberías quebradas, los cabrestantes como cenefas en una alfombra de grava. Al costado, la ciudad expiraba una tersa y resistente atonía. En el vestíbulo chirrió la puerta y Ramiro dejó de aporrear la máquina para hablar con alguien. Por la ranura Ezequiel vio a medias un cuerpo de mujer y el lomo de un libro, y el libro era verde. La hizo pasar. Trabado, repentinamente fláccido, apoyó la espalda contra el aluminio de los ficheros mientras intentaba retener la relente que nacía del vuelo del abrigo. La mujer, firme y pausada, tomó posesión de su espacio, se

sentó y dijo llamarse Selva, Selva Iribarren. Para espantar el frío que lo mantenía parado, Ezequiel se imaginó que ella también tenía miedo. No se equivocaba mucho, aunque era posible que ese miedo la acompañara como una especie de gasa cubriendo un raspón. En todo caso no era de la misma materia que el suyo. Porque lo que Ezequiel sentía, ya entonces, era el confuso horror de que el tiempo cerrara las compuertas dejándolo lejos de esa frente calada por un oblicuo mechón negro, de los ojos voraces, de los labios rectos, indecisos, y del brillo de la falda donde la tela se amoldaba suavemente a la cadera. El mismo impulso que lo puso en movimiento hubiera podido llevarlo a besar la cascada de pelo indócil; aferrándose al pie de la lámpara, con todo, consiguió sentarse sin trastabillar.

—¿Quiere café? —preguntó juntando las manos.

—Tiene las uñas sucias —dijo ella.

—¿Cómo?

—Pero bueno, no se las limpie ahora. Una vez soñé con un vejete de uñas largas, impecables. Se le doblaban como signos de pregunta, sabe, y no era nada antipático.

—Lo siento.

—No, si son estupideces mías. Le juro que no me importa. Acá me siento cómoda, y su secretario es un encanto —se acomodó el pelo detrás de la oreja y el lóbulo relampagueó con tres piedras del color de las avellanas—. Me contó que desde hace varios días sueña con pies y pantorrillas. Está convencido de reconocer a todo el mundo por las arrugas de las medias y la forma en que gastan las suelas. Es fantástico, ¿no? —puso las manos sobre la cartera y el libro como buscando esconder una cara—. Yo... Soy una sola lágrima. De lo más negativa... Bah —perdió la mirada en la ventana como mirando escaparse una idea inservible—. Hace unas horas vi una chiquita preciosa que seducía a la gente para asesinarla.

—¿Todo eso le contó Ramiro?

—¿Eso? Ah, claro, nos encontramos en la escalera.

—Hubiera jurado que estaba trabajando —Ezequiel

oyó cómo las palabras tropezaban en el polvillo del aire; movió una mano para aplacarlas, pero terminó encogiéndose de hombros, más por aceptar que la mujer no se explicase que por pura aceptación—. Dígame a qué se parecía la cara de esa nena.

—No. No tiene ninguna importancia —dijo ella, espiándose la sombra en los lomos de los libros. De pronto se inclinó hacia adelante—. ¿Usted qué opina?

—Bueno, haría falta un hechicero. Yo... —Ezequiel hubiera preferido no empezar a hablar del sueño, pero ahora le parecía que era suyo y la mujer se lo había escamoteado—. Lo grave sería acordarse de la cara, del color de las pestañas y el rictus de los labios, y sin embargo no poder reconocerla.

—Lo grave, Ezequiel Adad, es que los que acariciaban a la nena terminaban muertos en un barranco.

—¿Por qué me llama Ezequiel Adad?

—Porque está escrito a la entrada. —La mujer sacó un cigarrillo y lo encendió. Si lo fumaba con chupadas hondas y contenidas, pensó Ezequiel, era porque comérselo hubiera sido de mal gusto. En seguida lo redujo a la mitad. Y a cada exhalación los párpados satinados bajaban como diciéndole adiós al humo. De pronto lo dejó sobre el cenicero y cruzó las piernas—. ¿Qué le pasa? ¿Duerme mal, usted?

—Pienso que no. Bueno, estoy a su disposición.

—Se dará cuenta de que no vine para airear sueños. No me gusta ser pesada. Además, la única que conoce las historias que me invento soy yo. Me gusta que me acompañen un tiempo y después jubilarlas.

Cada vez que apartaba el cigarrillo de la boca el papel del filtro quedaba un instante pegado al labio, y el labio se estiraba y mostraba la carne rojiza que vivía acompañando los dientes, y Ezequiel no sabía si era esa breve violencia o la voz entrecortada lo que lo estaba sometiendo; porque también bajo la voz, nutriéndola, manando de un remoto foco de caos, se divisaban pequeños temblores.

No eran síntomas de debilidad: nacían de ese azoramiento indignado de los que sueñan despiertos y creen que el mundo vive importunándolos. Ezequiel empezaba a sentirse de más.

—Vea...

—Dígame Selva. Me llamo Selva, ¿no?

—Me imaginé que por alguna razón habría venido, así que estaba tratando de averiguar. Uno tiene su curiosidad. De veras, perdóneme. Iba a preguntarle si las historias las saca de esa biblia.

—¿Cómo sabe que es una biblia?

—Quizá por el papel, no sé. Le juro que no vigilo a nadie.

Ella hizo girar el cigarrillo entre los dedos y cerró los ojos como si le dolieran. Cuando los abrió, las pupilas marrones relucían con una cualidad de corteza mojada.

—No se lo pregunté por eso. Ya me doy cuenta de que usted es un buen hombre. Sí, es una biblia.

Apartando con lentos escrúpulos las hojas borroneadas, puso el libro sobre el escritorio.

—Tiene un señalador —dijo Ezequiel.

—Es para que la abra en ese lugar y se ahorre trabajo. Además, así me la dejaron.

—¿Fue un regalo?

Ella apagó el cigarrillo. Entre los flecos del humo y unos rayos de sol que le daban oblicuamente en los pómulos, produjo una sonrisa tristísima. A flor de la piel mate una línea de tensión como una hebra de tictacs retuvo las comisuras y acabó por diluirlas en una arisca complacencia de figurita tallada.

—Me la dejó una persona. —Anulando la sonrisa, los labios, vacilantes, desnudos por primera vez, lucharon por no delatarse—. Un amigo que ya no está más. Era una persona que yo quería mucho. Mucho, sabe, y pasó que cuando me puse a leerla donde está el señalador, descubrí que había algunas frases subrayadas.

Ezequiel abrió la biblia donde sobresalía el cartón alar-

gado con el dibujo de un ombú. Era el comienzo del *Cantar de los cantares*. Hacía un tiempo inconcebible, desde que a los trece años había recibido los reproches de Jehová junto a un viejo taled de seda y la neurosis de guerra del único tío de su familia que podía enseñarle el talmud, que no leía un solo versículo. El tío había vuelto a Rodas a morir, el taled se le había perdido en alguna mudanza y de los versículos sólo recordaba que lo habían entusiasmado más que las novelas pornográficas, pero ahora el libro le estaba pesando como si la mano que lo había subrayado descansara entre las hojas, muerta y apretando una piedra.

—¿Usted ya sabía que hay gente que subraya los libros? —preguntó.

—No —dijo ella, y tocándole el brazo lo obligó a apoyar la biblia sobre un secante—. Además, empecé a leer y me deprimí tanto que no pude seguir. Le voy a decir que los esposos esos son un plomazo con los preparativos para el casamiento.

—No crea —dijo Ezequiel intentando no desanimarse—. Puede leer la historia como quiera. Como un alma que se casa con Dios, o como la descripción de un matrimonio pagano.

Ella encendió otro cigarrillo. Si alguien hubiera entrado en ese momento, pensaría Ezequiel, hubiera podido apostar que esa mujer no había llorado en toda su vida.

—No sé qué significa esa palabra, Adad. A mí la biblia no me importa. Para colmo en Israel hay Estatuto de saturación y no admiten inmigrantes. Lo que le pido es que usted lea y me diga cómo pensaba la persona que subrayó el libro.

Ezequiel, que había acompañado los ojos de ella hasta la silueta del puente Fitz Roy, le revisó la expresión antes de soltar una risa incómoda.

—Me parece que está equivocada. Yo escribo cartas, peticiones, me gusta leer. Pero no soy psicólogo.

Ella le devolvió una mirada que no era un ruego sino un machetazo.

—¿Sabe lo que pienso, Adad? En esta ciudad todo está... blando... No, arrugado, está, hecho una porquería. El hombre que me dejó esta biblia estaba liso, me entiende. Liso, entero. Y yo necesito saber qué tenía acá adentro. —Los nudillos se le hundieron en el pelo sin hacer ruido—. Usted me va a ayudar, ¿no? Ahí hay partes que llevan abajo una línea azul, y otras que no. Explíqueme por qué. Usted tiene que saber cómo se sacan conclusiones.

Había vuelto a encontrar la sonrisa. Ezequiel supuso que no demoraba mucho en contestar.

—Bueno, creo que sí. Déme su teléfono.

Todo lo que aquella mañana supo de la biblia fue que la traducción, eminentemente arbitraria, había sido hecha en Bogotá por un miembro ignoto de la International Students Bible Association *consultando fielmente los antiguos textos hebreo y griego,* y que la primera frase subrayada en el Cantar era *Como aceite que se derrama es tu nombre.* Desarmado, Ezequiel entró al bañito para afeitarse. No le hizo falta enfrentarse con la imagen de pájaro hurgador reflejada en el espejo para saber que la mujer le había dejado la ropa húmeda de vértigo, como si las hondonadas que los muslos habían cavado en el aire estuvieran empezando a anegarse. La única forma de seguir moviéndose por la oficina era chapoteando. Por otra parte, él no sabía si Selva era de verdad un nombre como aceite derramado. Se quedó un rato largo apoyado en los azulejos, dudando entre reírse o arrumbar todo en el sueño. Más tarde, cuando volvió a la salita envuelto en una vaharada de colonia,

lo atacaron simultáneamente la voz de un locutor que recitaba verbos auxiliares ingleses y un solo de clarinete de la *Rapsodia azul*. Entonces vio un enjambre de limaduras de tiempo descentradas, ansiosas, intentando subirse a la melodía con ridículas embestidas, y sintió un mareo y aspiró algo mal conocido, una fragancia reticente de madera de fresno, demasiado poco para vencer el tufo de los cigarrillos de Ramiro, y se dijo que lo mejor era bajar a la calle. *A ver qué pasa. Eso, a ver qué pasa; como si fuera a pasar algo. Lindo sería que lloviera.* Lo de menos era saber dónde estaba Ramiro: había mecanografiado la mitad del estatuto de un club de motociclismo, ya lo terminaría. Él, Ezequiel, que no se atrevía a confesarle a Sofía que quizá la ciudad no lo soltara nunca, que no le hacía el menor caso al garabateador de paredes, un tipo a punto de practicar el estupro con una mente muerta, quería otra cosa. Quería evitar que esa mujer, Selva, se desvaneciera lejos de él. Se descubrió pensando que muy apasionante no debía haberle parecido, barbudo, legañoso, balbuceante, a la mujer de nombre como aceite derramado. *Aunque a lo mejor en el jeroglífico de la ciudad hay una versión de mí dispuesta a acoplarse a lo que ella espera.* No conseguía abrir la puerta, enfrentar la horda de clientes amodorrados entre las anginas del pasillo. Daba vueltas y no sabía qué hacer, y no lo supo hasta que una turbulencia de los músculos, sofocándolo, lo envió contra el escritorio de Ramiro, a revolver los cajones, y de ahí, con una revista en la mano, de nuevo al bañito. Mal afirmado entre el lavatorio y el inodoro, parpadeando de sudor, dio vuelta las muchas páginas untuosas donde una pelirroja exponía los accidentes de su sexo. Soltó una puteada y rompió la revista en dos. Los papeles arrancaron de las baldosas un ruido fofo. *Esto no es. Esto no. ¿Pero entonces qué cuerno?* Tuvo que vencer la sensación de estar estafando a un cliente analfabeto. Cerró los ojos y se masturbó. Después, resollando, el pulso perdido, el cuerpo separado entre la desazón y una ansiedad todavía más fuerte, limpió todo probibiéndose

pensar demasiado. *Ah botarate. Grandulón, marmota, pedazo de bruto. Tan viejo y tan zanahoria.* Saliendo al corredor, cerró la oficina con llave; el vientre del edificio lo cercó con un hedor a acaroína y leche cortada. *¿Una versión de mí? Le doy lo que sea, incluida el alma de un lector de la Biblia a ratos perdidos. ¿A ratos perdidos? ¿Hay alguien que pierda ratos?* Si algo empezaba a quemar esa mañana, eran los tizones de espera que otros le estaban sembrando en un tiempo sin costuras.

Selva, eso sí podría confirmarse, salió al sol manso de la calle acurrucada en sí misma, la cartera colgada del hombro, una figura fuerte y plana que no se decidía a repechar la insistencia del viento. Era posible que el camboyano la hubiera querido acorralar con preguntas, casi seguro que Ramiro la había visto subir al taxi y algún otro la había seguido hasta la peluquería. Ella sólo iba a saber que el asiento le transmitía violencias dictadas por los baches, los cascotes desparramados, los manotazos de sonámbulo que el chófer le asestaba al volante. De puro mirar las vidrieras opacas de los negocios se fue quedando dormida. Al principio era una reunión, el mayor peligro consistía en una partida de cartas o uno de esos juegos donde todo el mundo estaba obligado a decir la verdad o a aceptar que le arrancaran algo, una muela, un mechón de pelo, pero después había un empapelado detestable de rombos rojos y dorados, las molduras a punto de caerse, ella sentada en el brazo de un sillón y un tipo altísimo, de ojos glaucos y sonrisa indeleble, que insistía en probarle un pendiente; ella se

dejaba hacer hasta que el lóbulo empezaba a dolerle, le daba miedo perder la oreja, no quería un agujero más para los aros, además ya no sabía si al nacer le habían puesto aros o estampado tatuajes, pero seguía inmóvil y el tipo apretaba más. Una mujer de abultado pelo azul pedía a los gritos que pararan, y Selva presentía que ya no era una clavija chiquita, era una abrazadera de cobre que le ceñía la cabeza entera, apretando las sienes hasta hacerle doler los ojos; y por fin era un rodillazo en la mandíbula del verdugo, tan violento que él se desplomaba y ya no había abrazaderas ni pendiente, sino humillación y resistencia de las venas, eso nada más. Descubrió que tenía el cuello torcido y la cabeza apoyada en un montículo donde el hule cedía al empuje de los resortes. La radio chirriaba con una especie de música sinfónica que no se dejaba domar. Hacía rato que el taxista había parado en la calle Venecia, a unos metros de la peluquería, e instalado en el asiento de ella, la miraba dormir. De un empujón Selva los apartó, a él y a la mirada comedida. No le gustaban esas ternuras salivosas. Pagó y se bajó. En la peluquería tuvo que reponer champúes, barrer y hacer orden en la caja antes de que Lorna aceptara escucharla, cosa extraña considerando que ella misma le había sugerido llevarle el libro al escribiente. Ocurría que además de inglesa, Lorna Mac Dermott era arrogante: encumbrada en el atrio perfumado de su peluquería, paseaba entre los sillones, las nubes de loción, las tijeras y los secadores traficando chismes a discreción, decretando indulgencias y prioridades como una cortesana con vocación de cardenal. Sólo Chalukián, su esposo, parecía despertarle una vibración obsecuente en el ceño; pero Lorna era una maga del maquillaje y, por otra parte, pensaría Ezequiel después de conocerla, era ella la especialista en mantener, entre tanto yodo y desgaste, una atmósfera tibia, inmutable, especiada, y eso Chalukián debía reconocérselo. Selva estaba entrando los ingresos en el ordenador cuando Lorna se le acercó por detrás con esa costumbre de musitar las preguntas como si hiciese cosquillas con una tenaza.

—Eres terriblemente egoísta —dijo—. You... Todavía no me contaste cómo te fue.

—Es que no sé —contestó Selva, y en seguida se arrepintió. Nunca estaba segura de que una mentira no pudiera costarle el trabajo o algo peor—. Bueno, no es tan así. Es muy macanudo ese tipo, ¿sabías? Parece una cigüeña, pero tiene una cosa.

—Evidente, mi hija. Siempre tienen una cosa. ¿Pero tú creés que te va a servir? ¿Adelantó algo?

Selva dio un paso atrás y el reflejo de las cifras digitales quedó titilando entre las dos. Lorna sacó un cigarrillo. Tenía la mano derecha inutilizada, pero usaba la izquierda con una habilidad de tahúr.

—Lorna, no le habrás contado a nadie que tengo ese libro.

—Don't be silly. Sabés que no me incumbe. Lo que me intriga es si quedó interesado.

—¿En qué?

—Te habrá dado una cita, ¿verdad?

—Le dejé mi teléfono. Ya me va a llamar.

—Eso está muy bien. Ojalá sea pronto —dijo Lorna, y se fue a hablar por teléfono.

Bajo el corroído aplomo de las calles, bajo los jardines de invierno vacíos y los rascacielos opulentos y las caparazones inertes de los monoblocs, bajo las baldosas horadadas de charcos y las alcantarillas obturadas, bajo las plataformas de hormigón y los luminosos picados y las cintas de asfalto como glaciares colapsados, bajo las iglesias usurpadas y los

garajes invadidos por la arenisca, bajo los pucheros colectivos en los callejones y las cajas de fruta robadas y atesoradas en azoteas, bajo el hábito consolador del trabajo y el griterío aislado de las escuelas y los sótanos repletos de falsos renegados, también los cimientos de Bardas de Krámer esperaban. Ezequiel estaba seguro de que si a un burócrata milagrero se le hubiese ocurrido conceder visas de salida para encajaduras, pilares, vigas de sostén y cloacas, la ciudad se habría convertido en un fantástico bajorrelieve destinado a levitar. Pero la paciencia de los cimientos no era tan mala como la de los habitantes y el hormigón, los ladrillos, el yeso y la piedra y los listones de acero se detenían ante su propio remordimiento. Mucho más abajo, el terreno que les daba sustento se abría a bóvedas aplastadas contra un renegrido lago seco. Todo el líquido espeso que podían supurar los vegetales inconcebibles, los cuerpos fermentados de aves sin alas y los músculos de mamíferos colosales había aflorado como una epifanía para dejar la napa librada a la tozudez del granito. Pero aunque ahora el lago no fuera más que un cielo volcánico sumergido, su imperio se negaba a ceder y seguía conteniendo a la ciudad. En realidad, pensó Ezequiel, no debía haber ochava ni terraplén ni línea de durmientes que no reprodujera los límites de la agonía de los fósiles. Vivir en Bardas de Krámer era mimar la impotencia de las calles para extenderse fuera del dibujo del lago, o representar sus deseos a la luz como a veces el gesto de torcerse un pie repetía el mandato de un alma amnésica. A ras de las baldosas enceradas de la calle Piaff, frente a la mirada de las vendedoras aburridas, un viento áspero como el carbón se agotaba en remolinos de boletos y puchos de cigarrillos. Ezequiel entornó los ojos: la mancha rosada que se definía a dos cuadras de distancia era el hocico del Vigésimo, un ómnibus de línea que cruzaba media ciudad, desde los antiguos silos del sudeste hasta los primeros talleres textiles del barrio Futaleufú. Al borde del pavimento una vieja desafiaba el viento dormitando contra el poste metálico de la parada. Ezequiel apretó

la biblia bajo el brazo y se acercó. Una racha con olor a goma quemada los embistió de costado, al mismo tiempo que en alguna otra calle se desataba un estruendo de martillos neumáticos. Abrazada al poste, la vieja inclinó la cabeza para farfullar una oración. Notando que el viento estaba por arrancarle el pañuelo, Ezequiel estiró una mano para retenerlo. La vieja dobló el cuello enclenque con una fuerza de resorte mal contenido.

—¿Qué hace, ladrón de porquería? —tenía los ojos transparentes y tensos de júbilo.

—Le salvo el pañuelo, no ve.

—Degenerado de mierda —dijo la vieja sin levantar la voz—. Me lo quiere robar.

Inclinada contra el viento, retrocedió para tomar impulso y con un solo movimiento ciego se lanzó contra el estómago de Ezequiel. Menos por dolor que por lástima de ese cuerpo destartalado, él la agarró por los hombros para separarla. Como funambulistas desconcertados, estuvieron un instante en equilibrio entre la corriente de papeles, hasta que Ezequiel sintió un brazo apretándole el cuello, y el zapato de la vieja en el tobillo, y con un sacudón consiguió girar y descubrir a un hombre que se agachaba para recoger la billetera. Ezequiel no quería perderla. El tipo estiró la mano y él se la pisó. Pero no llegó a evitar la zancadilla de la vieja, y mientras adivinaba la carrocería rosa del Vigésimo fue a dar la nariz contra las baldosas. Cuando consiguió incorporarse, la vieja y su amigo ya se habían trepado y el ómnibus arrancaba con un escándalo de cojinetes. Se levantó bufando y fue a recoger la biblia. Seguía teniendo los cincuenta dólares del último trabajo en el bolsillo del tabardo y la chapa de identificación colgada al cuello, pero no iba a ver nunca más la foto de Sofía. Un tipo bajito, enfundado en una bata de boxeador, se le acercó y sin decir palabra le puso en la mano una tarjeta parafinada: SOUZA, KILLPATRICK Y CIA. SEGURIDAD, AUXILIOS, RESCATES, SEGUIMIENTOS. Ezequiel le dio un empujón y apoyado en el poste se puso a esperar otro

ómnibus. El tipo se le paró al lado. Al volver la cabeza, Ezequiel se encontró con un pañuelo y, ahora lo descubría, una cara macilenta de hambre. No usó el pañuelo para secarse, pero le dio al otro todas las monedas que le quedaban. Después, solo, por las rendijas de la polvareda que arrasaba la calle, creyó divisar a un Ramiro afanoso, ocupado, en la esquina donde Piaff y Tehuelches se juntaban en el café Barranco. Dos hombres parecían flanquearlo a una distancia prudencial: uno, desconocido, se delataba por la nariz de buitre; el otro tenía la melena perlada y uno de esos estrafalarios capotes de tweed que sólo Carmelo Ildebrandi se atrevía a ventilar.

Si había verdad, sabría en un después no muy definitivo, en todo caso posterior, pero no con un orden de hojas de almanaque, sino de fortalezas a lo largo de un desfiladero, la verdad era que esas siluetas esfumadas por el sudeste habían sido Ramiro e Ildebrandi. El otro, aquel narigón alto de traje beige, se llamaba Orlando Chalukián, y él mismo se encargaría de confirmarle a Ezequiel esos datos tan pobres. No es que alguna vez fuera a aceptarle acusaciones, pero tanto llegaría a rondarlo que después, rumiando escenas, a Ezequiel no le parecería nada raro que hubiese perseguido a Ramiro. Y mucho peor: si esa mañana los tres habían estado bebiendo anisette en el mostrador del Barranco, Chalukián nunca iba a saber, como al final sabría Ezequiel, que a Ildebrandi no le había sido de balde conocerlo.

En el último asiento del Vigésimo, sofocado por una calefacción criminal, la simple caricia del pañuelo contra los machucones bastó para adormecerlo. Las fundas de vinilo se transformaban en acolchados de terciopelo, el linóleo del techo en caoba y el jadeo cardíaco del motor en un silbido de turbinas. Tenía tanta sed que a pesar del miedo a la parálisis decidía levantarse sin defraudar la admiración de los compañeros de viaje. A medida que recorría la panza alfombrada del avión, los rostros enmarcados en las butacas iban perdiendo los rasgos como si una espátula de albañil los uniformara de yeso. Una azafata de peineta alta y rebozo, que llevaba en el chal una chapita con el nombre de Selva, se le colaba en el WC, pero cuando él giraba para abrazarla sólo encontraba una escalerita de peldaños calados. Poco a poco dejaba abajo la cabina para emerger a una cúpula nocturna cuajada de estrellas, que primero lo aceptaba y después lo iba chupando con tal fuerza que la piel se le empezaba a desprender como si fuera cáscara de cebolla. Un chico de no más de once años, que intentaba encender un cigarrillo a escondidas con un Dunhill de oro, le dio sin querer un codazo y Ezequiel chocó la mejilla contra el vidrio empañado. *Conmovido, se dijo. Esto se llama estar conmovido. Si no cómo se va a llamar.* Limpiando un pedazo de ventana con la manga del tabardo, vio las naves de aluminio y baquelita del mercado Jacobici, los ábsides protuberantes, torvos y lustrosos contra un bosque de antenas combadas. Se apuró a bajar. A la vera de los paneles

transparentes, aguijoneada por el olor de los pollos, la merluza y la fruta macerada, la única multitud verdadera de Krámer rondaba las montañas de sobras. Había punkies, viudas, serenos, padres de familia, contadores, chóferes, todas las vestiduras de la miseria. Ezequiel le compró un cartucho de maníes a una senegalesa, anduvo a los empellones entre gigantes de infantería de marina y mujeres con bolsas de red y, narcotizado por el bullicio parco, se detuvo ante el inmenso quiosco tubular donde, a la deriva entre cintas de video e historietas tridimensionales, se acumulaban periódicos de Dusseldorf, Chicago, Estocolmo, París, Palermo y Buenos Aires. Algo tenían esos diarios, que no se dejaban comprar, y no podía ser solamente la marca del mundo de afuera. Era peor: llevaban dibujado el futuro, algo que en Krámer sólo tenía el contorno de un día o una chance y por debajo era nada. Y si a pesar de eso se escuchaban las noticias era porque no pasaban de ser cosas que sucedían al mismo tiempo que otras, una abeja en una peonía, el estornudo de un vecino, para desvanecerse en seguida. Pensando en esto subió a un ómnibus. Estaba pintado de azul y lo dejó al final de la avenida Inmigración, donde el barrio Futaleufú lindaba con el del Norte, entre monoblocs semivacíos, perpetuamente enemistados con los techos de uralita de las fábricas de conservas. Perseguido por un vaho espeso de adobo, después por el traqueteo de los telares, avanzó por el Paseo del Trabajo hasta desembocar, en la frontera de las fábricas, en el anexo de la Brigada, una reserva pretenciosa, con fama de caballeriza, donde diez o doce soldados abúlicos cuidaban como si fueran vestales los caballos de polo del Alcalde. No era destacamento ni colonia de trabajo: era simplemente un inmenso predio de trébol y gramilla, cercado de alambre, y a Ezequiel le gustaba mirarlo recostado en una estaca porque la boca marrón del desierto nunca lo iba a devorar y porque al fondo, antes del río pobretón, lo guarecía una cortina de álamos esbeltos como guerreros en un país de la salud. Esperó. En el lim-

bo, consideraba el peso de la biblia perdiendo los ojos en el cielo extático, terso como un cuenco de porcelana. Como otras veces, le premiaron la paciencia: del pabellón que había en una esquina surgieron dos caballos. Uno, alazán y paticorto, trotó solo recibiendo en las ancas las hilachas de luz, soltó un relincho y estiró el pescuezo para morder el pasto. Al otro, un zaíno que relucía como recién lavado, lo montaba en pelo un soldado vestido de fajina, rechoncho, greñudo, que durante un rato le palpó los ijares para después lanzarlo a un trote largo y flexible. Ezequiel pensó que un caballo era algo muy hermoso. *Y también son hermosos la quijada cortando la luz, y la cola lacia, y la crin desordenada y un hombre montado en un caballo.* Unidos así uno con otro parecían no tanto una estampa inmortal como una fábula inventada por el desasosiego de las torres de petróleo. Porque las torres, igual que el estrépito de los montacargas a espaldas de Ezequiel, seguían existiendo, tercas, más altas que los álamos, apostadas entre pedregullo y desniveles, como antesala no de la meseta, sino de una frontera que no se dejaba ver: radares, terraplenes, tanquetas, baterías, cadenas de tensión, o quizás no, quizás, se dijo, puro horizonte y grietas de nunca acabar, matas cobrizas, remolinos de polvo. *¿Y una mujer montada en un caballo? ¿Por qué no? ¿Y una mujer desnuda? ¿Y una centaura?* Un caza plateado pasó volando bajo, derramando centelleo y fragor, hasta perderse más allá de la deforme pirámide de basura que asediaban cientos de gaviotas. Una línea de tiza rasgó de norte a sur la masa de nubes y un borbotón de sol se escurrió entre la hierba. El soldado tiró de las riendas; de la boca del caballo se desprendieron babas que pincharon el aire como láminas de diamante. ¿Por qué no salvaban la cerca de un salto? *¿Por qué yo mismo, acá como estoy, no me pongo a caminar piano piano a ver si me echan el guante?* Se hablaba de gente que había intentado salir por su cuenta, al paso. Pero claro, nadie sabía cómo ni dónde terminaban.

Hacia la hora en que el sol se derramó paralelo a la vidriera, de eso Selva estaría segura, hubo telefonazo de Chalukián para imponer uno de sus almuerzos de jeque condescendiente. Ella estaba tiñéndole el pelo de azabache a una gorda que le contaba entre ronquidos la vida de Lana Turner. Selva nunca había visto actuar a Lana Turner; la única actriz que seguía era Ivy Gilligan, porque le gustaban sus historias de revancha meticulosa y mujeres que ascendían a la cúspide del poder financiero. Entretanto trabajaba, y lo curioso era que no tanto por dinero como por el consuelo de un rito consabido. A fuerza de hablar de películas empezó a sentir ganas de ir al cine, pero cuando la gorda se fue rejuvenecida, Lorna le pidió con una cortesía impune que fuera a comer con ella y su marido. Selva no pudo negarse. Chalukián las esperaba a la puerta del Biarritz, un restaurante con toldo de entrada, ajardinado, ampuloso, que disimulaba mal los signos de decadencia con un portero vestido de lansquenete. De todos modos era bueno apoyar las manos en el mantel de lino estropeado por la lejía, y sobre todo pensar que la generosidad del marido de su jefa era como una mueca de remordimiento. Desde el fracaso del hombre que le había dejado el libro, Selva apenas atinaba a prestarse a las cargosas atenciones de Chalukián, no sabía bien si esperando la oportunidad de envenenarlo o porque estaba convencida de que un día, como una esfinge chapucera, él le entregaría, por compasión, por alarde de poder, porque al fin y al cabo no era un mago y los proyectos se le desnudaban muy de a poco, una pista nueva para mantener

la esperanza de escaparse. Después de todo, o apostaba por sus sueños de redentor a comisión, o seguía durmiendo, trabajando, cuidando al viejo, paseando por el encono y las premoniciones incumplidas. Estaba harta. En el salón sólo ocupado por ellos, un mozo engominado los miraba como si fueran gurúes de incógnito. Comieron palta, lenguado y guindas con coñac, todo lo que Chalukián se jactaba de saber pedir sin necesidad de explotar a nadie, y hablaron con reticencia de perspectivas y con soltura de pavadas. Cuando llegó el café, Selva ya se había cansado de la ceremonia.

—No sé para qué lo necesitará, Orlando —dijo de golpe—, pero si lo que quiere es preguntarme por Adad, puedo contarle cómo es la oficina.

—¿Qué Adad? —dijo Chalukián examinando un terrón de azúcar.

—El que escribe, no se haga el ingenuo. ¿Me va a decir que Lorna no le contó?

—Tienes que aprender la sobriedad, querida —dijo Lorna—. Ésta no es manera.

—¿Por qué no me querés como yo te quiero? —dijo Selva.

Lorna le eludió la mirada. Estaba lagrimeando y no fingía. Chalukián sacó una cajita de estaño llena de coca y con una cuchara minúscula se aplicó un poco a la nariz. Después, acariciando la mano inerte de Lorna, le dio a ella.

—Gracias, yo paso —dijo Selva—. Ahora, si tiene yerba, se lo voy a agradecer.

—A ti no puede negarte nada —dijo Lorna.

—Así es —dijo Chalukián, y en otro bolsillo encontró un joint ya liado. Esperó que Selva se lo colocara entre los labios para ofrecerle fuego—. En fin, yo no quería comerme la liebre antes de cazarla, pero...

Lorna le tapó la boca.

—Algunas veces eres muy grosero, Orlando —dijo.

—Déle, siga —dijo Selva.

—El individuo es muy importante, Selva. Diría yo que vital, a su especial manera, y sería muy peliagudo que lo

encarase yo de sopetón. Se deben evitar brutalidades. Hay que tantearlo.

—¿Vital para qué? Es muy buena persona. Es dulce. Me gusta mucho.

—Justamente. Es decir, celebro que te caiga bien. Andamos escasos de puntales.

Sin abrir la boca, Selva empezó a envolver en una servilleta las guindas que no había probado. Guardó el paquete en el bolso y pidió el abrigo.

—A mí no me meta en cosas raras —dijo echando la silla hacia atrás—. ¿Me entiende, Orlando? Yo fui a hacer una consulta.

—Si vos supieras, atolondrada.

—Usted no tiene respeto por la tristeza. Y ni siquiera me hace salir de esta ciudad.

A veces Tadeo y Ezequiel imaginaban juntos el sopor entumecido de la tropa, destinada a proteger del moho las bocas de los cañones que a lo mejor circundaban la ciudad. De existir ese anillo, sería tirante, difícil de medir: se cerraría más allá del reposo de las jarrillas y el canto rodado, muy a la retaguardia de las torres, inseguro de su materialidad y a punto de licuarse en un río circular de plomo derretido. Pero a Ezequiel, los reclutas, que quizá fueran mercenarios, no le daban lástima; si estaban, serían emanaciones que la ciudad regalaba al hambre obstinada del basalto: prolongaban el sueño que Krámer le había birlado al horizonte. Y del capitán Bienvenido Krámer era poco lo que se sabía; fuera del golpe de suerte que le había

enchastrado las manos de betún. No hacía falta mucho más, por otra parte: el tipo, retacón y canijo a juzgar por el monumento, le estaba enseñando a buscar agua de napa a una patrulla indiferente que algún coronel había enviado a relevar el litoral, y resultó que ese llanto viscoso de las piedras eran inclusiones de un yacimiento. Con el pecho abollado de grava y escoria, muda de fermentar, la roca madre había despachado sus humores a la superficie de un suspiro descomunal. Krámer, que a fuerza de perseguir ñandúes en un jeep había aprendido a soñar rápido, no perdió tiempo en limpiarse el uniforme. Se entendió con sus superiores, con hacendados más o menos inescrupulosos, pelagatos de las finanzas, ingenieros australianos que vegetaban en Carmen de Patagones, geólogos franceses aturdidos por el pampero y constructores porteños que contrabandeaban maquinaria bajo la manga del Ministerio de Industria. Entre viaje y viaje, iba reuniendo menesterosos en un polígono de carpas de campaña, alrededor de un fogón donde no paraba de guisarse carne de ternera. Serían caros, esos estofados, pero la inversión no la hacía el capitán, y además valía la pena. Pasaron años, y ya funcionarían muchos pozos, cuando del Estado Mayor llegó la orden de fundar una ciudad. Como la carta no era exuberante de imaginación, al capitán no le pareció pecado de orgullo ponerle Torres de Krámer, aunque a la larga, por comezón patriótica o por pudor, se decidió por Bardas de Krámer; porque las bardas, que tanto eran setos espinosos como esas nubes nocturnas que se enancaban al confín del cielo, estaban desde antes que el petróleo y sobrevivían al cierzo. Un urbanista austríaco que había derrochado en Santa Cruz los millones acumulados construyendo barrios modelo en Nueva Inglaterra, un tal Manatke, alumno de la Bauhaus, diseñó el severo cuadrilátero de la Plaza Central, que Krámer llamó Soberanía. Manatke murió en la persecución de un espacio al mismo tiempo comunal y heráldico, se decía que de un botellazo en la cabeza, y la neutra docilidad de la perspectiva que había ideado no se dejó irradiar en todas direccio-

nes. Llegaron otros arquitectos y se repartieron el privilegio de dar gran escala a sus neurosis. A tres kilómetros del Atlántico, entre el aire que transportaba rugidos de morsas y el tapiz de las heladas, al borde de un riacho medio exhausto, la ciudad creció bizarramente, con espasmos de excavadoras, sepultando uno tras otro los alcaldes que Krámer mandaba a dar la cara, mientras alrededor, diseminadas por la planicie moteada de arbustos, bandadas de jornaleros aprendían a levantar torres de extracción, clavar columnas, animar los trépanos, controlar separadores, alimentar hornos de destilación y chapurrear inglés para hablar de futuras técnicas de fraccionamiento con ingenieros canadienses. Esa mano de obra no sólo venía de Chile o de la Pampa: un aeródromo más bien mezquino y un ferrocarril de trocha exagerada, como nacido de los crepúsculos sangrientos, empezaron a arrojar sobre los edificios en construcción enjambres de inmigrantes de Buenos Aires, de Lima, de toda república africana donde los blancos ya no pudieran prosperar y de náufragos de los mares asiáticos que los transatlánticos rescataban y nunca sabían dónde depositar. Y no sólo ellos; también llegaron estudiantes italianos e ingleses acusados de terrorismo, disidentes, pequeños ahorristas de Gibraltar y Cataluña, empleados públicos y viajantes de todas las capitales argentinas, gente cansada de pelearle la supervivencia a la inflación y las estafas. En Bardas de Krámer encontraban créditos y lenidad de sobra. Más tarde encontrarían el futuro convertido en mucosa; pero antes de eso, de la venalidad, de la codicia y el empeño, en una década la ciudad sacó energías para reunir un millón y medio de habitantes. Cuatro o cinco amigos del capitán, trepadores de calaña variada, habían obtenido del gobierno argentino un estatuto de autonomía relativa. Les permitieron comercializar por cuenta propia el petróleo crudo a cambio de un impuesto anual que pagaría con mucho el cataclismo que se avecinaba. Cuando a los veinte años del primer parpadeo la napa se agotó de un día para otro, con el clandestino estruendo de un pulmón colapsado, y la torre an-

torcha quedó convertida en una cerilla incinerada, un comité del Tratado del Atlántico Sur decidió endilgarle la responsabilidad al Alcalde. El individuo se llamaba Aristóbulo Novoa y lo mataron en seguida, o delegó el poder en otro, pero fue el único que por cuestiones de sensacionalismo pasó a la historia. Lo más seguro era que el comité no esperase las carradas de desocupados que cayeron sobre las ciudades que tutoreaba. En dos años, a Santiago fueron a parar ochenta mil, el triple a Buenos Aires y algo menos a San Pablo y Río. Viajaban días enteros en camiones que apestaban a mazut y parafina, entraban a saco en los almacenes, asolaban las estaciones de servicio. Varios meses más de barbarie convencieron a los ejércitos de firmar un pacto de asistencia militar con Bardas de Krámer. Bajo un solapado control de monasterio, se restringió el permiso de salida diaria a diez personas favorecidas por una especie de sorteo que no presenciaba nadie. Horadado y seco, el desierto se aplacó como la piel de un gliptodonte muerto en un quirófano. Los fundadores, entretanto, siguieron especulando con miguitas. Mucho antes, al capitán Bienvenido lo había dejado duro un infarto en la suite nupcial del hotel Lobería; de modo que sus favoritos fueron preparando con diligencia los arcones que, cada cual en su momento, se llevaron al fugarse rumbo a Israel. Atónitos en una ciudad sin ritos que compartir ni historia que conmemorar, los habitantes se olvidaron de esa gente; sólo en el cielo invariable, en la alucinada rigidez de las torres, siguieron buscando ondulaciones parecidas a las de la memoria. Pero pasados los años el cielo llegó a ser menos un emblema que el tapón del futuro; y desde los carteles de los bancos, las placas de las fundaciones inacabadas, las ventanas de los clubs privados y la fronda inmune de las mansiones, los apellidos de los próceres adquirían a veces una feroz fosforescencia, como si los fantasmas de sus dueños echaran a vagar por las calles despobladas. El caza volvió a pasar clausurando el basural con un firulete de humo blanco. Ezequiel advirtió que el soldado apretaba las ancas del zaíno para lle-

varlo hacia el pabellón, mientras el otro caballo, sin hacerles caso, seguía pastando al sol como si fuese un caballo pintado.

Y también más o menos por entonces, nunca verificaría a qué hora ni llegaría a importarle, pero en todo caso en ese momento del día en que a veces la persiana, siempre baja a medias, dejaba que un chorrito de sol navegara hasta el cenicero, un cenicero de pie robado en el cine Pacheco, Tadeo había sentido una convocatoria subrepticia y no del todo dirigida a él, una suerte de aletazo de murciélago o de adivinanza extraviada. Entonces había abandonado la consideración de un frasco que a la llama de un mechero se proponía convertir en clepsidra y, corriendo dentro de lo posible, en riguroso pijama de trabajo, había bajado a la calle. No había descubierto nada que se impusiera por franca opulencia, aunque en la esquina de la farmacia Teherán, justo cuando iba a desaparecer tras el plano de las fachadas, había divisado una pierna flaca embutida en un vaquero negro y rematada por una bota con taco, repujada y puntiaguda como un espolón. La huida de la bota y de su compañera había dejado a ras del suelo una turbulencia de guiños. Rastreándolos, el húngaro había cruzado la mirada hasta el muro de la escuela, justo enfrente de su edificio, y ahí, inscrito en azul cobalto y letras de zurdo, de ésas como dobladas por el viento, había encontrado un regalo: HAGA PATRIA. DECAPITE A SU ÁNGEL DE LA GUARDA. Un hombre de sobretodo verde se había apurado a ganar la esquina de la farmacia. Y otro, parado junto a Tadeo, maquinando consecuencias con ojos desvaídos, había dicho en voz alta que para decapitar hacían falta guillotinas.

De vuelta en la rotonda del mercado Jacobici, Ezequiel compró el *Herald Tribune*. En el aeropuerto de Moscú un jumbo de Air France se había incendiado antes de tocar la pista y entre los doscientos muertos estaba el plantel entero de la Comedie Française. Un cantante marroquí, Beshir Fedahi, se mantenía en el primer puesto del hit parade británico con una canción de seis minutos dedicada al Papa. El presidente de la República Antártica visitaba Sidney. Tokio se debatía bajo una epidemia de meningitis. Ezequiel tenía frío. Dejó el diario en una canaleta y siguió paseando contra el viento entre las pensiones y los puestos de salchichas y las derruidas sedes de reparticiones públicas y las casas de empeño de la avenida del Progreso. Tal vez estuviera confundiendo el hambre con la trascendencia: más o menos a la altura de la Torre de Televisión, torciendo el cuerpo como si intentara disimular, sacó la biblia del bolsillo y la abrió donde el señalador le indicaba. *Y ahora ojito con lo que vas a hacer.* El Cantar *mejor no lo leas, porque ahí esta escrito. Béseme él con besos en la boca, cosas por el estilo, y otra vez te va a dar la taquicardia.* No: era preferible entretenerse con las letras con un desapego falaz, como si en vez de obstáculos fuesen el mobiliario de una casona heredada. Pero entonces descubrió algo. Y lo que descubrió fue que arriba, en el borde superior de la página, junto al número 770 y la indicación del libro que comenzaba, había un segundo título, el del libro precedente. Ese libro era el *Eclesiastés*. En algún rincón del escenario trastocado los muebles oscilaban, se iban apiñando para corear *Y el al-*

mendro lleva flores, y el saltamontes se arrastra, y revienta la alcaparra, y a él, que caminaba tieso de frío, esas palabras lo agitaban con una descarga de pena e impiedad, como si el dedo admonitorio del tío muerto en Rodas colgara de un pararrayos obligándolo, una vez más, a temer la palabra del Congregador, que era la de Jehová, y Ezequiel de nuevo no supiera nada. Mucho más, con todo, lo asombró revisar la página anterior: ahí había varias frases subrayadas en tinta aguada, con líneas crispadas y veloces como las de un hombre secuestrado. Y aunque Ezequiel leyera tres veces que una serpiente mordería a quien se abriera paso a través de un muro de piedra, no era solamente eso lo que resaltaba, ni tampoco los versículos aislados en la página 767, sino muchos otros a lo largo del libro, en realidad desde que el comienzo mismo el Congregador exclamaba *Vanidad de vanidades.* El desconocido había leído algo más que el *Cantar.* Tenía que llamar cuanto antes a Selva Iribarren; mientras tanto, lo principal sería defenderse de los zarpazos que la melancolía le lanzaba desde el hollín y los coches. Un muchacho que caminaba dormido se lo llevó por delante. Ezequiel lo vio alzar los párpados abultados y se dio cuenta de que era un espía. En la pared policromada de un colegio, una brigada de limpieza se acercaba con cepillos en ristre, como una manada de campesinos soliviantados, a una pintada fresca que decía SER CONSECUENTE ES CONVERTIRSE EN PIEDRA. VIVA EL CAMALEÓN. Pensando que el pintor empezaba a ponerse enrevesado, Ezequiel apretó el paso para dejar al espía bien atrás. En el cruce de la avenida con la calle Dnieper había una boca de subterráneo. Bajó la escalera. La red de túneles que debía haber duplicado los radios de la ciudad nunca había terminado de cavarse y un montón de vagones holandeses de ferrocarril se oxidaban entre los yuyales del Parque de los Confines, pero en los pasillos intermedios y los halles de las estaciones, entre escalinatas y rampas lóbregas de neón, atestadas de vagos, buscavidas, parejas veloces, punkies indolentes y ladrones que eran los auténticos hijos de la ciudad, se escondían algunos bares

angostos donde Ezequiel solía ganar una sensación tibia de vientre de ballena. Trastabillando entre cuerpos tendidos, llegó a un rellano circular. Alrededor de un brasero de bronce, una barra de quinceañeros abultados de anoraks, las caras pecosas, amarillas o negras pintadas para una guerra imaginaria, escuchaban a un pelirrojo que tocaba la armónica. Los sonidos brillantes y helados como carámbanos, aumentados por el amplificador, se proyectaban al techo para caer con furia, y Ezequiel tuvo que buscar un teléfono alejado en un pasillo lateral. Llamó a Selva Iribarren. Le contestó una voz de hombre viejo.

—Selva no está.

—¿Sabe a qué hora va a volver?

—¿Y a usted qué le importa?

—Claro, tiene razón. Dígale que llamó Adad. Por favor.

Al final del pasillo había un bar. La cristalera se irisaba con los reflejos de un televisor encumbrado a una pila de cajones de vino, de manera que al cruzar la puerta le pareció que entraba a un precinto policial de San Francisco. Diluido en manchas mal contrastadas, un detective interrogaba a un taxista seboso bajo la taciturna atención de siete parroquianos: había uno que, sin decaer ante la indiferencia del detective, musitaba las respuestas al interrogatorio con la cabeza alzada hacia la pantalla. Ezequiel pidió un especial de jamón, dos huevos duros y un porrón de cerveza, y mientras esperaba se durmió en la banqueta, la cabeza caída sobre el mostrador. Un médico, que era Tadeo y era su propio hijo Esteban envejecido, y finalmente no era nadie, le recomendaba en un consultorio de sillones de felpa verde que iniciara la ascensión. Una vez que el médico se iba, súbitamente solo al borde un balcón sin baranda, él contemplaba un estanque turbulento donde flotaban los cuerpos vivos de Selva Iribarren, Sofía y un taxista que debía llevarlas a alguna parte. Del fondo del agua esmeralda surgía un cohete, se elevaba y, cuando él conseguía colgarse de la cola incandescente, el cohete iniciaba una caída que le permitía ver, al revés y en una perspectiva imposible, todas las habi-

taciones del edificio que sostenía al balcón. En una cocina había una mujer acariciándose el pecho frente a una heladera abierta. La camarera le sacudió el hombro; era rubia, frágil, tenía mejillas color té, un birrete de abogado y la boca pintada. Ezequiel empezó a comer con ganas; el sabor amable de la miga y la manteca y el jamón, la sonrisa de zarzamora de la chica fueron transformando el odio por la ciudad en un bienestar algo morboso. *El inalterable bienestar de los claustros*. Sintió rabia. Y sin embargo, cuando a las tres en punto apareció en la pantalla la cara del Alcalde, y una turba de desheredados invadió el bar para escuchar el Parte de Salidas, él siguió comiendo impertérrito, tal vez porque sospechaba que no iba a pasar nada bueno. *Pero a lo mejor por otra cosa*. Bertoni, Franco; Sender, Gloria Carlota; Constant, Patrick; Merchensky, Alejandro. No escuchó más. Una onda como de luz estroboscópica recorrió las facciones de la camarera. Ezequiel la vio dejar sobre el mostrador un plato sucio y comprendió que le había tocado. De la boca de la chica escapó un rumor de raíces removidas. Ezequiel le tomó la mano.

—La felicito, Gloria Carlota —dijo.

—¿Cuándo? —dijo la chica.

Por las órbitas, por el disco de las pupilas, entraban a un escenario sobrepoblado mínimas intermitencias donde confluían augurios y estaciones lluviosas. Ezequiel retiró la mano. Ya lo había visto otras veces: era el efecto de atropello del futuro desencadenado, una lava que en vez de espolear sepultaba en un segundo.

Sentado en el suelo, los brazos apretando las rodillas y la espalda contra la base de la conserjería, el camboyano se mecía como un catamarán junto a los destellos cromados de una aparatosa radio transoceánica. De los altavoces enrejados brotaba una música bella, aluvional y lóbrega: *como una tempestad de rosas galvanizadas.* Hechizado, Ezequiel frenó en el centro del hall intentando hacer memoria. *¿Wagner? ¿Bruckner? ¿Mahler? Podría ser Mahler, orgías románticas de orfandad. En el horizonte todas las sinfonías son amenazadas. Titán. Al principio. No, el fragor de un torrente. O brotes. Eso, un diluvio de brotes. ¿Qué clase de abundancia?* Sacó las manos de los bolsillos para moverlas en la oquedad del aire como si atrapara moscas. El camboyano abrió los ojos: lo miró en silencio por entre los párpados afilados y estirando un brazo giró el dial. Una serie de balbuceos seguidos de una voz insípida arrancaron a Ezequiel de la emoción que no había logrado definir. Antes de que el camboyano lograra despabilarse, alcanzó el hueco de la escalera y subió los peldaños de dos en dos. Ahora estaba más seguro. Iba a refugiarse en su antro hasta que las cáscaras del cielo raso lo aplastaran contra una hojarasca de esquelas. En el tercer rellano tuvo que pasar entre dos mujeres que fregaban devotamente unas baldosas manchadas de sangre. En el sexto lo sorprendió un grupo de aspecto eficaz surgido del purgatorio de los corredores; hablaban con acento francés y por el lustre acartonado de los trajes parecían agentes de seguros. Les sonrió y siguió hasta el octavo. Lo alegró no ver a nadie esperando, porque el olor a acaroína lo hizo toser y no le gustaba que los clientes supieran de sus debilidades. La prueba inmediata de que Ramiro no estaba era un papelito pegado con cinta adhesiva al pomo de la puerta. *Bendré un lapso más tarde,* decía en el meritorio lenguaje de los aprendices. *Acabé copia de avisamiento de desalojo. Jefe: no se embronque.* Y sin embargo adentro había luz. Al abrir la puerta lo golpearon simultáneamente el trino de una guitarra eléctrica y los ronquidos aprensivos de una pareja despatarrada en el sofá. El hombre,

un cincuentón de cara arrebatada y traje brillante de años, tenía una mano sobre el nudo flojo de la corbata. La mujer apretaba la cartera contra las solapas de un chaquetón beige, el peinado deshecho contra el respaldo, la boca abierta como esperando un chorro de vinagre. Ezequiel los habría ignorado si entre los dos no hubiera habido una chiquilina de flequillo castaño. Lo miraba, la nena, y la sonrisa era hurraña, no del todo infantil pero tampoco refractaria como las de los astutos precoces.

—¿Señor va ajuummm, epa, eh?

—¿Cómo decís?

—De ahí, ¡uf!, usted, cómo estaríamos. ¡Cuánto!

Ezequiel paseó la mirada por los cuerpos rendidos. Ya estaba por aceptar el llanto de la nena, que de pronto había encogido los hombros y apretaba la barbilla contra el pulóver amarillo, cuando al dar un paso al costado pisó un cable. La radio se apagó y, frunciendo los labios como si el silencio le picara, el hombre entró en la realidad con una domada renuencia.

—Caray, por fin ha llegado. Yo estaba pescando anguilas en una charca. Pero fíjese usted qué curioso: en mi perra vida he visto una anguila. Eran largas y filamentosas, no se imagina usted qué brillantes. Tibias, una verdadera maravilla. Joder, qué festín me daba. Las asaba allí mismo, al pie de la escalerilla del cohete. Pero una se me convertía en carne podrida, y el capitán no me dejaba subir. Creo que yo me desesperaba.

—Cohetes y anguilas —dijo Ezequiel colgando el tabardo en el perchero—. Muchas cosas largas, en ese sueño.

—Prrrmmm ahí ojos, míos. Uh, sí, largo —dijo la nena.

—¿Usted cree? Oiga, porque ha de ser usted, ¿no?

—¿Quién?

—Pues el entendido.

—No sé. Según.

—Claro que es usted. Encantado. Me llamo Belarmino Mendoza —dijo el hombre ajustándose la corbata. Le faltaban los tres primeros botones de la camisa y por la aber-

tura se veía un pecho moreno y lampiño—. Eh, Luisa, despierta que ya está aquí el jefe.

La mujer abrió los ojos como si de golpe la hubieran tirado al agua. Dominándose, se alisó el pelo con una mano y le tendió la otra a Ezequiel.

—Mucho gusto, señor.

—Se llama Adad, mujer. Lo pone a la entrada.

La nena dio un salto y se abalanzó contra las manos unidas. Ezequiel sintió el frío de la saliva y el filo de los dientes. Se preguntó por qué no mordería con fuerza. El padre no consiguió apartarla hasta que las manos no se separaron.

—Cut! Cut!

—Le pido mil perdones. Es que la niña es así.

—Por favor, si es preciosa. En fin, ustedes dirán qué los trae.

—Justamente —dijo la mujer.

—Perdón, no la entiendo.

—Venimos por ella.

Ezequiel bajó los ojos hasta la nena con la expresión deferente del que descubre una nube en un cuadro impenetrable. Ella soltaba puñados de risa y, mientras se hundía los dedos de una mano en el pelo castaño, con la otra agarraba una especie de princesa selenita.

—Pasen, por favor.

Entraron al despacho. Sentados alrededor del escritorio, soportaban el silencio como si fuera una palangana llena que no había dónde apoyar. Ezequiel miró el puente velado por la mugre de la ventana. Pensó que ese cuarto atestado de libracos, sacudido por el motor de la heladera, no era un mal lugar para debatir problemas familiares. Había aceptado casi la idea de irrumpir en una intimidad de sopa de sémola cuando Belarmino Mendoza se largó a hablar como si alguien le hubiera acercado un micrófono, con un tono urgente, cauto y monocorde que no elegía palabras para enfatizar porque sobre todo temía detenerse para siempre. Así, pisando una frase con los bártulos de otra, dijo que si

venían a pedir ayuda era porque ellos no habían recibido educación y necesitaban un juicio certero y bien entrenado, como las piernas de los ciclistas. No era que él fuese una bestia, pero su mujer tenía razón cuando repetía que a veces escuchaba poco a la niña. Aunque al fin y al cabo qué iba a hacer, si ya lo había visto Ezequiel, la niña, Alina, se expresaba con unas frases que más parecían serrín. Se desvivían por entenderla, le compraban caramelos, vestiditos, revistas con aventuras de la jungla para tenerla contenta y sorprenderla en un instante de renuncio. No servía de nada. Ya hacía seis meses que no hablaba como los cristianos, y la verdad que tampoco como los ateos, ni como los ingleses ni como los chinos, porque en Bardas de Krámer chinos no faltaban y ellos bien que se habían cuidado de llevarla a los bares donde los amarillos se reunían a jugar al billar. Ése no era el idioma de la niña. Rodeada de tazones de té, de tacos manchados de talco, había pasado los deditos por los tapetes, choc no psss hará, cosa así decía, empotrada en su terquedad, cubriéndose la cabeza con los brazos o a veces asombrada durante horas y horas. Y después, de mal en peor. Comía, sí, o mejor dicho masticaba, pero de vez en cuando estiraba la mano y volcaba una botella, y por anchas que fueran las espaldas de la madre la pobre acababa fuera de quicio. Mucho más desde que en la escuela les querían hacer pagar, a ellos, que eran humildes, los quinientos dólares que valía una pantalla de ordenador destrozada; porque, Ezequiel debía fijarse, ni siquiera las bonitas estrofas del Himno a la Ciudad que los demás chavales aprendían a requerir de la computadora aplacaban las repentinas histerias de Alina. Más y más seguido le daban esos accesos de tos, y entonces escupía una barahúnda de alaridos que inquietaban a los vecinos y contagiaban a la madre. Aquello no era vida, tanto menos desde que el pedagogo del club de yudo adonde la llevaban había recetado baños de agua de alíbur helada y sesiones de cuentos irlandeses con elfos y gnomos. A juicio de Mendoza, los elfos eran una inmundicia; el tratamiento no sólo había servido para encerrar

aun más a la niña en su testarudez de mula, sino para revolverle los sueños, y últimamente no había madrugada en que no apareciera trepada al antepecho de la ventana, con los ojos cerrados como con pegamento y la boca repleta de bollos de palabras. A esas alturas Ezequiel había desistido de alertar a Mendoza de que él no era psicólogo, quizá porque notaba que era la segunda vez en pocas horas que intentaba alzar un cerco con la misma frase. Supo que no había manera de defenderse. Mendoza, dándose por confesado, rodó en un silencio acuciante desde el cual se puso a examinar la bataclana de piernas largas que Alina estaba dibujando. Zapatos, plop fisss clocló, ésta, ahí compra voy Alina, decía la nena. Hasta que la mujer cubrió la brecha. Como si le hubieran manado no de los ojos sino de las cumbres empolvadas de los pómulos, dos pares de lágrimas pesadas y tangibles como mandarinas rodaron a mojarle los labios. La mujer se las tragó y dijo:

—Nosotros, señor, solamente queremos entenderla.

Ezequiel se desesperó por encontrar su pipa. Hacía tiempo que no la fumaba y dudaba si sabría encenderla, pero necesitaba el calor del hornillo para simular que aún no lo habían desalojado por completo de su aguantadero. *Yo no quiero ser una eminencia. Yo quiero irme. ¿Tiene algo de malo? Todo el mundo quiere irse. Por lo menos las torres siguen ahí. Un buen día voy a terminar agarrado a los andamios, cargando a hombros las versiones de mí que ya murieron.* La pipa estaba en el cajón de los sellos falsos.

—Yo, señora —dijo mordiendo la boquilla—, le agradezco esta confianza. Pero si me permite ser honesto, no sé qué puedo hacer.

—Usted es entendido en letras —dijo Mendoza. Parecía extenuado. De la nariz puntiaguda le caían gotas de sudor.

—Quizá lo mejor sea hablar con un médico.

—Yo conozco muchos médicos, señor Adad. Me sacaron un pulmón.

Alina se arrodilló en la silla y empezó a descargar golpes

de lápiz sobre el borrador de una solicitud consular. Ezequiel trató de decirle con un gesto que así iba a afear a la mujer que había dibujado antes.

—Señora, cielo, fffrrrruuomm. Viajará —dijo gravemente la nena.

—¿Adónde? —preguntó Ezequiel.

—Sí —dijo la nena.

—¿Ve usted cómo sabe tratarla? —dijo Mendoza.

—No seamos ingenuos —dijo Ezequiel. Mientras llenaba la pipa tenía la impresión de que le faltaba espacio para mover los brazos. El tabaco estaba húmedo, además—. ¿Cuántos años tiene?

—Nueve —dijo la mujer—. El día que nos vayamos va a ser una señorita. ¿Qué le va a pasar si en el extranjero no la entienden?

—Tampoco la entiende usted, ni yo.

—Antes de la desgracia yo hablaba mucho con ella.

—¿Hubo una desgracia?

—¿Le parece a usted que no hay bastante? —dijo Mendoza de golpe. Había apoyado una mano en el escritorio y no sabía si dejarla. La mujer bajó la mirada—. Pero, bien, seguramente mi esposa se refería a la confesión. Una confesión no es una desgracia.

—No siempre.

—Vea, ocurre que la niña no es hija nuestra. No... no la engendramos, ¿eh? Y no se preocupe porque tampoco entiende demasiado, la niña, digo. El caso es que su madre estaba loca y ya había matado al primer niño que tuvo. Cuando nació Alina, los psiquiatras del hospital se la quitaron. Nosotros estábamos apuntados a una lista, y nos la dieron para hacernos cargo. Hace dos años esa mujer, la madre verdadera, parece que falleció. Así pues, nosotros decidimos decirle la verdad a la niña, que ya estaba mayorcita.

Ezequiel dejó que el tercer fósforo se le apagara entre los dedos. Fósforos y encendedores eran de las muchas co-

sas que la ciudad todavía estaba en condiciones de producir, como si la costumbre de fumar la preservara de un castigo peor que el cáncer. Pero los hacían muy mal, y el tabaco norteamericano llegaba húmedo, y las más de las veces el deseo ovillado en la garganta se diluía en una inútil persecución del humo.

—¿Qué fue lo que le contaron?

—Hombre, todo.

—Se lo tomó muy mal —dijo la mujer buscando los ojos de Ezequiel—. Se ahogaba de noche, orinaba en la cama. Lo último que le oímos bien dicho fue que éramos unos mentirosos.

La nena jugueteaba con un frasco de goma arábiga lleno de clips; un rayo endeble del último sol le encendía el flequillo y caía aplacado hasta los ojos esquivos.

—Esto bien hará, de Alina. Oj, lleva, en cuarto, pluuum —dijo de repente mostrando el frasco.

—Claro. Bueno, creo que sí —dijo Ezequiel asustado, y volvió a mirar a los padres—. Pasado el segundo Parte a partir de ahora, los espero acá. Si les parece bien, la traen y me dejan un rato a solas con ella.

Después deseó que la montaña de trabajo perpetuamente acumulada se convirtiera en pulpa viva, y la pulpa en antifaz o careta, como si protegiéndose la cara del tiempo, ahora desgranado, punzante, pudiera ignorarlo. De nada sirvió que llegara Ramiro y, después de contar un sueño en que le regalaban un escudo de antracita capaz de convertir en

lasers los rayos de sol, se confesara decidido a atajar a cuanto cliente apareciera antes de la cena. Ezequiel lo oyó teclear, abrir la heladera, destapar botellas de cerveza y responder a los sucesivos pedidos que el señor Adad se congratularía en gran grado de prestar sus servicios, pero que ahora no estaba disponible. Redactó una carta de renuncia. Era para un empleado bancario que confesaba voluntariamente haber robado billetes de diez dólares durante un año de resentimiento sistemático. Ezequiel lo recordaba bien: un tipo enjuto y enérgico que a primera vista no podía llevar cargos de conciencia en el pecho. Y con todo algo le había pesado, una duda metódica o la ubicuidad de los espías, y había terminado reconociéndose culpable cuando ya le llegaba la hora de cavilar cómo usaría el dinero al salir de Krámer. Ezequiel clausuró el último párrafo con unos versos de Horacio sobre la fortuna. *Yo la bendigo cuando la poseo, / y si batiendo las alas de mí huye / le restituyo aquello que me diera/ y en mi propia virtud encuentro abrigo.* Con semejantes hallazgos se ganaba la vida. ¿Pero entonces la virtud abrigaba? Y al tacto, ¿cómo era? ¿Un edredón de plumas o una frazada de follaje podrido? Extraña palabra, virtud, con sonido a puntillas de corsé y guiso de habas secas: atravesaba todas las habitaciones de la historia como una viuda desvelada. Los pilares del puente Fitz Roy parecían las piernas de un coloso partido en dos por un obús. Bajo el cielo de grafito, detrás del parapeto, los faroles rotos y los morros iluminados de los autobuses interrumpían la continuidad de las torres. Con el crepúsculo se presentó la nostalgia de otra parte, pero también volvieron la nena que chapurreaba protestas, Selva Iribarren, el tiempo desmenuzado y la sombra de un tipo que coleccionaba sentencias bíblicas. La única virtud que de veras abrigaba era el trabajo, aunque Ezequiel no estaba muy seguro de que diera suficiente calor. A él, que trabajaba por horror al vacío, un viento polar le recordaba de vez en cuando que lo muy lleno era igualmente temible. Con

papeles había cubierto la ausencia de Sofía, y si no la había reemplazado era más por negligencia que por devoción; porque el amor, no menos rígido que el basalto, permanecía en la hornacina donde el fiel lo colocaba. Con el tiempo, a lo sumo, iba desfigurándose. Volvió a llamar a Selva Iribarren. El mismo hombre viejo le informó que había ido a una clase de gimnasia. Ezequiel colgó con tal violencia que el teléfono despidió un quejido de urraca, como si alguno de los espías que controlaban las líneas se hubiera cercenado los dedos. Le pareció que era hora de abrir la biblia. De la segunda página del *Cantar de los cantares* manó un vaho de sudor dulcificado, sándalo y salmuera. *Has hecho latir mi corazón, oh novia mía.* La estela de algunos gestos era como el espíritu de ciertas casas que Ezequiel había solido envidiar y a veces todavía recordaba: todo transpiraba amor al sexo. Se preguntó cómo sería el hombre que había subrayado aquello. Voluble, más bien: porque algunas páginas atrás, en el *Eclesiastés,* también había marcado que mejor era la vejación que la risa y mejor la casa del duelo que la del banquete. En todo caso, era imposible para cualquiera subrayar los dos libros al mismo tiempo: nadie podía hacer equilibrio entre el horror y la impostura sin ser un imbécil o un desesperado. *¿Pero quién te dijo que es impostura invadir a una mujer con versos? Después de todo, elegir la Biblia es por lo menos un detalle de buen gusto.* Y nada indicaba que el pesimismo del *Eclesiastés* fuera horroroso para todo el mundo. Estaba empezando a extrañar la inercia de la espera cuando sonó el teléfono. Era Sofía. Durante un rato largo cambiaron frases alrededor de los malos augurios del Parte como dos bailarines tuertos intentando enlazarse por entre la brisa de un vals. Ella le preguntó varias veces si le molestaba que se fuese a vivir a Recife: un biólogo marino quería llevarla de secretaria. Ezequiel le contestó que si algún día le tocaba salir iría a buscarla aunque estuviera en Hong Kong. Era la primera mentira que se le había ocurrido, pero la dijo con una emoción brusca y le pareció que también ella se emocionaba. Después de colgar

supo que ya no iban a hablar todos los días. Sin ganas de dejarle un mensaje a Ramiro, Ezequiel se puso el tabardo y bajó. Tenía que ver a Tadeo.

Por supuesto, llegaría a deducir, Ramiro no podía haber estado en la oficina pòrque desde poco antes conversaba con Chalukián en el bar pegado a la pista de los autitos chocadores. La información, como casi siempre, le iba a llegar por alguna vía abstrusa a partir de los despistes del húngaro, razón por la cual no abundaría tanto en un diálogo seguramente oblicuo como en la cara de sorprendida satisfacción que Chalukián había puesto mientras Ramiro le señalaba una nena de unos diez años que los padres sacaban a la rastra del parque de diversiones. Y sin embargo no todo habría sido entusiasmo, porque mientras los padres buscaban la parada del ómnibus por entre los cachivaches de los vendedores ambulantes, la nena, alzando la cabeza, había descubierto las rabiosas letras amarillas con que, en uno de los batientes de la puerta de Nuestra Señora del Golfo, alguien había pintado PASE SIN LLAMAR, ESTOY CRUCIFICADO. La pintada no era muy grande, en realidad apenas se distinguía entre los largueros de los tenderetes, pero en la nena había provocado una explosión de hipos, alaridos y risotadas suficientes para convulsionar la vereda entera y conjurar un destacamento de espías. Bajo un tiroteo de miradas, el padre, lívido de obsecuencia, había intentado taparle la boca para ceder después y comprarle un enorme despertador con el dibujo de una jirafa en el cua-

drante. Con la cara reluciente de rabia, pero al fin callada, la nena se había abierto paso entre espías y vagos como si el tiempo de juguete encerrado en el reloj la transportara a unos centímetros de las baldosas. Y Tadeo, probablemente satisfecho, había abandonado la cacería del Empecinado para volver a su casa y, de casualidad, llegar bastante antes que Ezequiel.

Del bullicio desafinado de Plaza Soberanía, una garúa hecha de luces lacerantes, intercambio de información falsa y zonas de oscuridad controladas por el mármol de los rascacielos, Ezequiel escapó en el Sexto, un ómnibus color turquesa que parecía surcar las calles del antiguo centro financiero como un vestido de raso. Apenas se sentó en el primer asiento empezó a cabecear. Iba a visitar a Tadeo, pero él no era el que era sino un gallo blanco de riña. El húngaro le ofrecía un tazón de caldo y él, repugnado, fingía beberlo pero a la primera de cambio se iba a un rincón a picotear las paredes. Lo despertaron el dolor de cabeza, el asco, el tedio. Volvió a cerrar los ojos cuando pasaban por la Plaza del Desarrollo. Pero esta vez, en lugar de paredes, frente a él había un largo panorama de inmóviles campos de maíz sólo interrumpidos por la cruz vacía de un espantapájaros. Bajó en la Estación Central. En una época el edificio había sido una copia triunfal de la Gare de Lyon, pero hacía algún tiempo, a fuerza de verla decaer, un alcalde había tenido la idea de convertirla en un inmenso aviario de acero y cristal escamado de escarcha. Habían taponado con acrílico la boca de

entrada de trenes y adentro, entre caldenes requemados, rocas porfíricas y copos de algodón, habían fabricado un lastimoso lago de agua salada sobre el cual aleteaban gaviotas, cormoranes, halcones, patos y avefrías. Torturados de aburrimiento, cuando no se despedazaban contra las vigas, los pájaros chillaban a coro una lóbrega melopea ininterrumpida. Ezequiel paró atropelladamente un taxi. Se hizo dejar diez cuadras más lejos, en una de las veredas anchas de la avenida Rappaport, la entrada más directa al Barrio Sur. A doscientos metros se abría una plazoleta circular de grava desnuda, con una especie de dolmen en el centro y un laberinto de callejones ciñéndole la retaguardia. En esas calles, apretadas como muelas, se multiplicaban unas construcciones prolijas, de dos pisos, ventanitas con cortinas americanas y paredes de estuco. El Barrio Sur había sido uno de los orgullos de Bardas de Krámer; y aunque el éxodo lo hubiera castigado, nadie se atrevía a entrar en él a fuerza de prepotencia salvo un grupo de mapuches llegados no hacía mucho, a contrapelo, con los pies roturados de llagas, desde la reserva andina donde el gobierno argentino los condenaba a la desnutrición. Ahora algunos indios ocupaban departamentos sin dueño, otros vivaqueaban en los containers y unos cuantos más alzaban sobre el pavimiento chozas de caña que le peleaban la calle a los vecinos. Por mucho que llevaran el hambre en las caras de pergamino, sabían resistir cualquier despecho encerrados en el silencio. El único que confraternizaba con ellos era Tadeo, y eso a pesar de que una familia entera se hubiera apropiado de la portería de su consorcio y cocinara haciendo leña con sillas robadas. En realidad, lo único que a Tadeo Fakas le quitaba el sueño, menos por miedo que por odio a las diversas facetas del arma policial, era la posibilidad de que los espías se le acercaran, aunque también sabía que ellos no iban a ocuparse de desmanes menores. La otra cosa que le daba miedo era que alguna vez lo incluyeran en el Parte de Salidas y, descubriendo que no cumplía su destino de dicha, lo fueran a buscar para sa-

carlo de los fondillos. Por eso había armado en el vestíbulo y las primeras piezas de su departamentito un sistema de barricadas hecho con adoquines, pedazos de postes, restos de muebles provenzales, bases de tórculos y chasis de lavarropas, y provisto de un sistema más o menos controlable de pasadizos, como si llegar a la ciudad le hubiera costado demasiado esfuerzo para abandonarla sin inconvenientes. De ese esfuerzo algo había entrevisto Ezequiel en los deslices de la parla del húngaro. A lo que se infería, Tadeo había sido economista, técnico en planificación de alguna cooperativa cerealera y más tarde representante del Ministerio de Agricultura de su país en una comisión demasiado deliberativa de la UNESCO. Cansado no se sabía bien si de las cifras o del aparato estatal, había aprovechado una excursión a Ginebra para huir a Italia, prematuramente, decía a veces, y colocarse como asesor del Partido Comunista, inveterado jugador de ajedrez y violinista vergonzante. Del violín, si no la sonoridad, quedaba al menos la presencia, algo incómoda, en un ropero adonde también habían ido a parar una botella artesanal de Chianti, un ejemplar de *La coscienza di Zeno,* otro de los *Viajes de Gulliver* en francés y un estuche que, según él mismo aseguraba, nunca había abierto después de comprarlo y contenía una pulsera de cuentas de murano. Si era cierto que le gustaban sobre todo los cuartetos de Bartok, no era improbable que un día se hubiese cansado lo suficiente como para firmar un pacto con un diablo perdulario y entregarle el alma a cambio del anonimato y una aceptable provisión de raíces. Después de esquivar el bulto por segunda vez, justo cuando en Italia los comunistas hacían las mejores elecciones del siglo, había llegado a Montevideo en un carguero danés y empleado un tiempo en convertirse en la mezcla demiúrgica de albañil, ebanista, plomero y electricista que los italianos llamaban ingeniero. Quizás el diablo también le hubiese anticipado que en Krámer el petróleo iba a agotarse; de otra forma no se explicaba que hubiera elegido esa ciudad para diseñar

su nicho. Pero ahí estaba, y cuando no se le ocurría ejercer el terrorismo hormiga saboteando los televisores de los clientes, no se ganaba mal los garbanzos reparando inodoros o trucando contadores de luz. Del resto de su vida, las mañanas las destinaba a cultivar una relación amable con el mundo: metido en una pieza, entre pilas de diarios que formaban la coleción entera de *La Prensa* entre la guerra de 1914 y la de 1939, elegía un ejemplar a la marchanta y lo leía de punta a punta; así informado, salía a ocuparse de otras cosas. La barba desaforada, los anteojos carcomidos y esa costumbre de meterse camisa y pulóver adentro del calzoncillo daban la impresión de que estaba loco. Ezequiel aceptaba que sí, que incluso ese pasado entre telones podía ser la fábula de un paranoico para ocultarse de sus envenenadores. Pero como construcción, después de todo, tenía su grandeza, y a él le gustaba visitarlo porque, entre su propia desesperación por salir de la ciudad y la tendencia del húngaro a la parálisis corporal, se creaba una zona de vacío chisporroteante, narcótica y neutra que casi siempre se resolvía en temperancia.

Cuando llegó caía una llovizna helada y las ramas de las araucarias agitaban la noche con un ruido gomoso. Sin dejar de mirarlo de arriba abajo, los mapuches siguieron sentados en la entrada de la portería. Arriba, el húngaro lo recibió en bata, canónico, cordial, anudándose de apuro la corbata de agasajar.

—¿Ajedrez o damas, Escriba? Tadeo ya estaba esgunfiado de tantos aparatos.

—Lo que gustes. Incluso podemos hacer palabras cruzadas, si te da la gana. Pero antes que nada dame algo de tomar.

—Tengo botella de grappa bien colmada, que la compré a precio de milagro. Te ofreceré lo que te mande la avidez. No cada día apetece el olvido.

—¿Querés olvidarte de algo?

—Acá no soy Tadeo el que tengo cuitas.

Tuvieron que hurtar el cuerpo a patas afiladas de mesitas de té y lunas esmeriladas de armarios y baúles llenos de piedras. Al final del pasillo, saltando una pila de colchones, dejando atrás la pieza de los diarios, se entraba a una sala, mitad taller, mitad alcoba de Gargantúa, donde el húngaro libraba su cansino combate contra émbolos, transistores, bobinas, moho, carcoma y mierda de ratas. No había ningún sillón libre. Ezequiel se sentó en una alfombra de piel de oso que hedía a desinfectante y el húngaro en su taburete.

—¿Y eso qué es?

—La inminente clepsidra de Tadeo, no bien logre formar dos conos apenas truncados y los suelde. Gajos de tiempo, Escriba, segmentos arbitrarios, un cacho de orden en la caos. La caos es hembra. Las mujeres lo sospechan, como tuve oportunidad de notar cuando de niño veía hacer bordado a mi madre, puntito tras puntito dando armonía a un espacio blanco, una sábana para no ir más lejos. La grappa la tenés a tus espaldas. ¡Como felino!

—En serio que no quiero emborracharme. Lo que pasa es que afuera hace un frío de órdago. No hay nada especial, Tadeo. Tenía ganas de charlar.

—Vos sos muy Casanova de las palabras, creo. Un amante bárbaro. Amante de la vida, del esfuerzo continuado, de las recompensas, del orden laboral sos amante. Sembra que anche de las mujeres sos amante. Tadeo, deduzco, por la carucha que traés, digo: ¿líos con Sofía?

—No sé. No toquemos el tema.

—¡Ja! ¡Hoy no te llamó!

—A veces sos agotador. —Ezequiel agarró la botella por el cuello y sorbió un poco de grappa. Después se quedó mirando la flor de vida dibujada en la etiqueta—. Sofía dice que se va a Recife a hacer de secretaria de un biólogo marino. Es mejor trabajo que el que tiene ahora.

—El aire marino es una bazofia, Tadeo, juro. Excita los nervios, reseca la piel. Lamentable hecho. Lo siento. Pero no tanto. ¿Irremediable?

—¿Y a mí qué carajo me preguntás? Yo qué sé. Se va a Recife, que es lo mismo que Dakar o Río Cuarto. Pero es cierto, ya no va a ser lo mismo.

El húngaro inició un movimiento, quizá para sacarse los lentes, pero no lo completó, como si dudara de que valiese la pena ver más claro.

—Siempre fuiste muy apegado a ella. Cual estampilla, aun en la distancia. Y sin embargo, cuando decís que te importa cáptote mintiendo. No te duele nada, Escriba. Por cierto, te has ensombrecido.

—No me siento sombrío.

—Será el velador, pues. Explicame, ¿cuánto te costaría seguirla hasta el Brasil? Supe saber que es país de complaciente clima, despampanante lujuria. Ciudad maravillosa, todas lo son, ahí.

Ezequiel pasó la mano por la alfombra y la levantó gris de polvo y acero limado.

—Vos te imaginás mejor que yo que de acá no voy a salir nunca. A veces pienso que me va a tocar, o me olvido. Pero no llega. No llega.

—Bueno, Escribita, no te me emociones. Tadeo noto que estás encerrando un gato y el gato te ha meado el brazo. Tadeo soñé, además, que tenía muchos gatos en casa y no encontraba el alimento justo para hacerlos grandes, y se volvían chiquititos.

—Yo soñé que era un gallo.

—¿Viste a la mujer de la biblia?

—Sí. Vino a pedirme consejo.

—¡Algarabía! Hete aquí el gato.

—¿Qué estás diciendo?

—Fina mujer, ¿no, Escriba?

—Así es. Muy linda. ¿Pero sabés qué quiere? —Ezequiel se levantó sin soltar la botella y en dos pasos se topó con el escritorio. Como no podía seguir caminando, aceptó darse vuelta pero no se sentó. Frenético, confundido, meticuloso con la grappa, le contó la conversación con Selva Iribarren y también la historia de Alina Mendoza. El húngaro lo escuchaba sin hacerle mucho caso, limpiándose la suciedad de las uñas con un destornillador, como si esa misma tarde un locutor de radio hubiera expuesto las dos historias en un programa consagrado a la familia. Pero por entre los hierbajos de la barba, mitigada, desteñida en los labios, Ezequiel vio asomarse una sonrisa pudorosa.

—¿Es linda esa mujer, Escriba?

—Ya te dije que sí. Bueno, no sé si es linda. Pero yo la miré todo el tiempo. No paraba de mirarla. Te diría incluso que, según parece ahora, toda la vida no estuve haciendo otra cosa que recibir encargos de ella.

Tadeo rezongó. Sin levantar la cabeza, se aflojó un poco el cinturón.

—Hay que ver las ganas de macanearse que tiene la gente. ¿Y la nena?, Tadeo inquiero: ¿tiene pequitas y esos adminículos?

—Te juro que no entiendo qué tiene que ver.

—Mucho, acaso. O nada. Supongo que aceptaste ambos dos trabajos.

—Y, sí. Pero andá a saber si me convienen. ¿Cómo voy a hacer?

El húngaro le arrebató la grappa y se sirvió un chorrito en un vaso de latón. Cuando de nuevo empezó a hablar, se le formaron pompas de saliva en los labios.

—Trabajar como un marrano de luna a luna no es digno. Digno es interesarse por las cosas.

—¿Querés que lo anote?

—Non c'é bisongno. Ahora bien, Escriba, mientras brama el deseo Tadeo te pregunto: ¿se pueden maridar diferencia y solidaridad? Porque vos sos un individuo manifiestamente ambicioso.

—No estoy tan seguro.

—Y sin embargo, parecería que estás cambiando de piel —dijo el húngaro como si no lo hubiera escuchado, y se levantó de un salto bastante ágil para sus casi noventa kilos—. Es mi voluntad que me acompañes abajo. ¿Estamos?

El olor a ossobuco y grasa de cerdo de los caldos que cocinaban los mapuches, le pareció a Ezequiel, era como puro oxígeno después de la peste del departamento. Salieron a la puerta del edificio. En el muro de la escuela de enfrente, medio borrada por el obtuso trabajo de la Brigada de Limpieza, parte de la pintada del Empecinado seguía calando la oscuridad.

—Trabaja como una máquina —dijo Ezequiel con el tono resbaladizo de un párroco.

—Está pintando media ciudad, Escriba. Tadeo estoy al tanto. Hasta la puerta de la Catedral, enchastróla.

—Bueno. ¿Y qué?

—¿No te admira?

—Es raro.

—Qué farsante sos. Qué mariquita. De sopetón florecen mujeres con biblias, panfletistas, y ni se te ocurre preguntarte si no está pasando algo. Qué miedoso.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Un cocktail de agradecimiento?

—Nomás pido que te ocupes de la mujer. Atendeme: Tadeo perseguiré al Empecinado. Por caminos no euclidianos, en varias dimensiones. Con férrea decisión. Y ya voy venteándolo. Y alentador, curioso sin embargo, es que él me

envía señales, escurridizo el muy atorrante. Me pone a prueba. Me invita a correr. Yo soy su lector.

—Vos no sos capaz ni de correr un caracol. ¿Pensás agarrarlo?

—*Noooo*. Muy diferencia, Escriba. Muy diferencia. El Empecinado éste necesita a Tadeo; y yo, y nosotros, a él. Por cuestiones de respiración. Cualidades tenemos de gestalt, de equipo de trabajo inservible. Esta tarde casi lo pesco en Plaza Soberanía.

—Ma sí. Dejalo tranquilo. No puede pasar nada peor. Ni mejor.

—Lo que tenés de peor, Escriba, es que no te gusta la competencia. Pero para Tadeo ese Empecinado es el primer hombre libre de la ciudad.

Ezequiel entornó los ojos para distinguir las pocas letras que aún palpitaban bajo el velo de la llovizna. La brigada de limpieza trabajaba a conciencia.

—Puede ser. Pero yo no soy un hombre libre. Yo quiero irme.

Tadeo lo empujó contra el marco de la puerta. Los lentes mojados, el aliento ronco, se quedó observándolo como si Ezequiel fuera un motor sin desperfectos que se negaba a funcionar.

—No tenés convicción. Te creés mal tu papel. ¿Qué pasa? ¿Sos útil? ¿Servís a la comunidad? ¿Purificás el lenguaje de la tribu? ¿Te ganás la vida con un esfuerzo honrado? ¿De veras te pensás que hay algo como podría ser la sinceridad, digamos? A Tadeo el Empecinado me gusta, Escriba. En cantidad. No pinta máximas: hace observaciones.

Ezequiel le hundió una mano en la barriga para que se apartara. Después, mientras subían la escalera, entre el frágil resplandor de una bombita desnuda y el silencio ominoso de los indios, se detuvo para mirarle los ojos. Eran estragados, huidizos como los ojos de los locos. Pero no tenían la culpa de que él necesitase agarrarse al pasamanos para no caer rodando como una valija vacía; porque ese mareo que ya conocía era otra ventolera de tiempo: el asedio del

pasado verdadero. No bien llegaron al taller se apropió de la botella.

—Si me pongo a pensar —dijo— no puedo creérmelo. Pero a veces tengo la impresión de que me deben algo.

—No yo, Escriba; no Tadeo. Y no obstante te quiero bastante. Claro que he visto morir a más de uno alelado de haber sido siempre el mismo. ¿Eso no te da miedo, ser momia?

Ezequiel dejó la grappa sobre un cajón. Iría por el cuarto trago y ya estaba sintiendo acidez.

—¿Y vos te atrevés a preguntármelo? ¿Vos, que sos un vegetal? Esta ciudad de mierda no fomenta las iniciativas.

El húngaro se aflojó el nudo de la corbata como quien vuelve de una cena profesional.

—Dale, Escriba, te juego a las damas —dijo—. Más tarde te cabrá ver a la Selva susoscrita, ¿emboco?

Ezequiel contestó que iba a pensarlo pero no pensó nada. Ganó varios partidos que al húngaro parecían importarle tanto como el nivel de la nieve en los Alpes suizos, aceptó comer el potaje de garbanzos de incalculable antigüedad y más tarde se durmió sobre la piel de oso, arropado por el humo rancio de un cigarro. Lo invitaban a una fiesta en una casona neoclásica, pretenciosa, intrincada, donde la dotación de camareros zarrapastrosos perseguía a los invitados como si pretendieran envenenarlos antes de verse despedidos. Un mayordomo calvo, amarillento, con vidriosos ojos de cocodrilo, se le pegaba de tal manera que en un momento de distracción él le daba un codazo y, viéndolo doblado en

dos, se escabullía por un pasadizo adornado con paisajes boscosos y marinos. A la carrera, con un nudo en el estómago, desembocaba en una alameda encendida por el crepúsculo. Se trepaba a un árbol y en una rama altísima encontraba a una mujer de ojos claros y nariz respingada que hablaba de lo maravilloso que era nadar. Brevemente él sentía la frescura del agua, el escozor de la sal, y seguía mirando a la mujer. Llevaba una especie de caperuza o tal vez un rebozo blanco, aunque prestando más atención él se daba cuenta de que no era exactamente una mujer sino un estornino gris claro. Se le ocurría que con un poco de audacia podía conquistarla, pero ella, dejándole el adelanto de un gesto dulce, se despedía para alzar vuelo más allá de las copas de los árboles. La ascensión, muda y repentina, arrebataba miles de hojas, y las hojas, él lo notaba, eran pájaros también, y las ramas quedaban desnudas y de pronto era día pleno y despejado. Se lavó la cara y bajó a la calle dejando atrás los inconmovibles ronquidos del húngaro. Aunque ya no llovía, la luna era poco más que una mancha de verdín. En el umbral un mapuche miraba cómo dos perros hirsutos se disputaban una pila y enfrente, en la vereda, un maestro con el paraguas abierto sacaba a jugar a varios de los chicos del colegio. Ezequiel se detuvo a observar el edificio, un paralelepípedo de ladrillos con escaleras metálicas pintadas de verde que se enlazaban por el lado de afuera. Pese a que en la cumbre había un asta de la cual colgaba lacia la bandera de la ciudad, la construcción parecía más un monasterio para expertos en medios de información que un recinto de aulas, como si lo único que cupiera enseñarles a esos pibes titubeantes fueran diversas formas de dejar el futuro en suspenso. Casi al borde de la plaza del dolmen, un taxista le ofreció llevarlo a una sala de masajes exclusiva y alejada. Como no recibía respuesta, se puso dos dedos en la boca y chifló; desde una esquina llegó corriendo, medio descoyuntado, un travesti que propuso una felación en coche por cinco dólares. Era un travesti demasiado flaco; del bolsillo del chaquetón le asomaba una barra de pan. Ezequiel dijo que pre-

fería caminar. Hasta cierto punto era verdad y, sin embargo, apenas el coche se alejó con el travesti adentro empezó a arrepentirse. Apurando el paso llegó a las cabinas telefónicas que se sucedían en la avenida Rappaport. Ninguno de los cinco teléfonos que probó funcionaba, de modo que compró una lata de cerveza en un quiosco y la fue bebiendo camino a la Plaza del Desarrollo, entre presentimientos de atraco y una ansiedad que le dolía en la base del cuello. No supo por qué había necesitado más alcohol, él, que por lo general tomaba vino rebajado, hasta que con el oído pegado a un auricular al menos no destripado se preguntó si Selva Iribarren no estaría casada. Afuera de la cabina, desdibujado por chicles y retazos de propagandas, el Monumento al OVNI segregaba una elástica luminosidad de algas maceradas. Era un simple cilindro granate, alto y tachonado de clavijas, que sostenía un cuerpo amorfo de polietileno, transparente y grávido de gas e incandescencia. Cualquiera de los habitantes del barrio que lo rodeaba hubiera jurado que era un acto de justicia: con distintos grados de simpatía, todos habían recibido la visita distante de una nave iluminada; todos creían que las leguas peladas de la Patagonia eran el cosmódromo predilecto de muchos alienígenas. Pero Ezequiel pensaba que el memorial no pasaba de ser una ofrenda echa a la venganza por el miedo que los próceres habían sentido al escaparse de Krámer. Probablemente porque se habían forrado de un día para otro, los tipos tenían sus supersticiones, y la plaza entera había sido una propina, un regalo ni siquiera más valioso que los destacamentos internacionales. O que él mismo y Carmelo Ildebrandi, dos tipos llegados en tiempo de recesión camuflada con la vaga idea de prosperar en trabajos administrativos. A los dos la clausura de la ciudad los había pescado absortos en el esfuerzo de salir adelante; después, un poco de compasión mutua los había llevado a asociarse en un estudio, y la falta de respeto a convertirse en enemigos. Cuando con el tiempo, las afrentas y el detenimiento advirtieron que la gente iba perdiendo la costumbre de escribir y recurría a ellos, por otra parte

con una recatada ilusión, Ildebrandi pensó en pulir el estilo hasta la ostentación para hacerse con algún ahorro fuerte, mientras Ezequiel respondía al nuevo culto con disciplina y fervor, como si de veras alguien le hubiera legado una antorcha. Los dos se equivocaban. Si Ildebrandi llegó a juntar una buena cantidad de dólares, las cajas fuertes inviolables que después se puso a fabricar se vendieron menos que los diarios en esa ciudad de desmemoriados. Y Ezequiel, que no gozaba con la mala pata del ex socio, por su parte fue comprendiendo que su escritorio de asceta no era tanto un santuario como una trinchera donde crecían los hongos de la espera. Por supuesto que Selva Iribarren podía estar casada. Ni un mechón castaño ni una mueca zumbona traducían separaciones ni hastíos, al menos no tan literalmente como para correr el riesgo de amarlas a primera vista. El viejo que atendía el teléfono podía ser un padre esclerótico pero también un marido paternal, y por lo poco que Ezequiel sabía sobre los impulsos de protección, nada impedía que además fuese celoso. Vio la oficina devastada. Se imaginó con una herida en el labio y el pañuelo húmedo de pus. Salió de la cabina y se echó al garguero la poca cerveza que quedaba. Arriba de los edificios que reverenciaban al OVNI, el amanecer dibujaba máscaras votivas en una pantalla de nubes bajas. Entró a la cabina y marcó el número de Selva Iribarren; alguien descolgó el auricular en un punto ignoto de la línea, dando entrada a una retahíla de eructos y carcajadas y advertencias. Ezequiel colgó y volvió a marcar. Esta vez atendió ella. Dijo que claro, que no tenía problema en tomar un café con él en La Rosa del Desierto.

Una cosa iba a recordar bien Selva cuando llegara el después, y sería que la marihuana de Chalukián le había revuelto la cabeza. Había salido del restaurante cortando el hilo de una monserga sobre las oportunidades y el oportunismo, matizada hasta lo inaudito con gestos de contrición del armenio y toses imperativas de ésas que, le explicaría a Ezequiel, eran una de las especialidades de Lorna. Lo que necesitaba tener en claro sobre el valor de Ezequiel Adad ya lo había digerido antes de que la hierba la trastornara, y para ver cómo los gobelinos se iban derritiendo entre volutas de humo no valía la pena quedarse en la mesa. De manera que había salido a caminar bajo un cielo morado, asqueada, insegura, miedosa de la soledad. Había buscado primero un cine, después una cabina para llamar al viejo y por fin un bar con movimiento. Pero al rato de pasear por una galería, entre vestidos de saldo y patotas inofensivas y mesas plegadizas donde se jugaba al siete y medio, las náuseas o la necesidad de calor la habían llevado de vuelta a la peluquería. Mecánicamente, tarareando canciones de los Rolling Stones como quien mastica una vitamina, había lavado cabezas, diagnosticado seborreas, manipulado tijeras, lociones, ruleros, secadores y dinero y estrechado manos agradecidas, preguntándose mientras tanto por qué todo exigía tanto tiempo, convencida de que una vez renovado el inaprensible pacto con Chalukián todo lo que hiciera se iría prolongando, agotado o hecho polvo, hacia el tácito horizonte de las torres. No podía quedarse quieta ni aplicarle un freno a la rueda del miedo. Había decidido dormir en el sofá de la trastienda. Una banda de gángsters capitaneados por Barbara Streissand y una especie de basquetbolista negro forzaban la puerta de su casa para desvalijarla, a pesar de lo cual ella, con inquina y satisfacción, se revolcaba con uno de los asaltantes, un tipo retacón, en las baldosas del baño, y la sensación era fuerte, daba risa y ganas de morder, pero sólo hasta que comprendía que en realidad la estaban distrayendo para mortificar al viejo. Lorna, inclinada sobre el sofá, le había asegurado que no pasaba nada. Incluso le había

puesto en la frente un pañuelo perfumado, con tanta bondad, con tal lentitud encandilada, que Selva había creído recuperar la emoción de quererla. Abrazadas, las dos habían llorado en silencio como si todos los líquidos de los cuerpos se les hubieran convertido en licor y después se habían regalado una noche de descanso. Pero a Selva descansar no le gustaba, o no se lo permitía, o había olvidado cómo hacer para permitírselo. De la peluquería a los plátanos podados de la placita Irigoyen, del paisaje subterráneo donde tocaba una banda de heavy metal al cielo azabache del barrio Santa Cruz y el Parque de los Confines, con el reloj en la mano y los párpados bajos se había auscultado los ritmos de la sangre, los reflejos, la memoria, deteniéndose solamente para tomar jugos de fruta, hasta presentarse llena de energía a la clase de karate. Con algún cargo de conciencia, no obstante, porque hacía tiempo que no se entrenaba y el karate era una parte trascendental del entrenamiento sistemático, lento y pertinaz que quería administrarse; el resto estaba hecho de intrincados cálculos de ahorro, cursos de inglés por radio, nociones de diseño de modas y una entrega confiada al desenfreno, como si la vida afuera de Bardas de Krámer prometiera ser una exhibición de oportunidades amenizada por fiestas rutilantes. Porque si de algo Selva estaba segura era de sus ganas de huir de la ciudad, y no, se diría Ezequiel más tarde, como huye un gemido del pecho del canceroso, sino con la fresca, violenta integridad con que la boca de un chico despide el soplo que apaga las velas de cumpleaños. Después de los porrazos de la clase se había metido en el sauna y al salir había caminado desde el gimnasio hasta su casa envuelta en una levedad que, le sorprendería recordarlo, le había devuelto la conciencia enamorada de tener una piel. Del silencio y la oscuridad incompletas había visto surgir un hombrón canoso, desharrapado, macizo como una puerta antigua y embrutecido de intemperie que le había salido al paso enseñando un cartel intermitente que parecía colgarle del esternón: LA DROGA ES MUERTE, titilaban las letras como lamparitas de Navidad, con tal

maníaca insistencia que Selva, descubriendo en un zaguán la cara cuadrada de un espía, se había obligado a dedicarle una inclinación. Se había librado del brete con soltura pero no sin rabia, y la rabia se había transformado en repulsión, y la repulsión nuevamente en odio. Unos metros más adelante se había dado vuelta para gritarle al espía que ya se iba a arrepentir o hacerle un corte de manga, no estaba muy segura. Teniendo en cuenta que después del almuerzo en el Biarritz las mejores perspetcivas volvían a depender de Chalukián, no sabía bien a qué le venía esa audacia ridícula. Sólo lo supo cuando antes de darle el abrazo de bienvenida el viejo, los ojos castigados por la conjuntivitis, le dijo que un señor había llamado dos veces, que había dejado el nombre de Adad. Selva había pensado en la biblia, en el hombre que se la había dejado, en el que ahora la protegía, y había rogado por la lealtad de los dos a su dios particular, una foto a todo color de James Dean que sobre la cabecera de su cama representaba la persistencia de las cosas vivas. Eso hasta el amanecer, cuando el viejo había empezado a mojar el parquet con la misma laboriosidad con que en otros tiempos regaba las plantas de un jardín, y a ella apenas le había alcanzado el tiempo para arrebatarle la regadera, sacudirlo suavemente y atender el teléfono que ya sonaba por segunda vez.

El café escaseaba, como escaseaba el azúcar y era imprevisible la clase de mermelada que a la única fábrica de conservas se le ocurriría producir cada mes. Así que Ezequiel tomaba mate cocido, la mirada repartida entre los desolados

espejos del mar, las guardas de las alfombras y el parco ajetreo de la calle. Un aire salado y cristalino multiplicaba los ruidos: escapes de motos, barredoras, chillidos de un patio del colegio, el chapoteo de los pies de un grupo de aerobistas dando vueltas a la plaza con pulóveres que proclamaban LA SALUD ES DECENCIA. Hubiera podido decirse que la ciudad estaba viva de no ser por la radio que desde el mostrador diseminaba macabros compases de sinfonía. *Un tumulto de tractores o algo peor: la demolición de una catedral por obra de una topadora.* Era la segunda vez que Ezequiel oía esa música y, aunque empezaba a entender las palabras del coro, Veni creator spiritus, no le resultaba tranquilizadora. *Mahler. ¿Será Mahler? ¿A qué infradotado se le ocurre?* Le costaba sostener la taza sin temblar. Pero no era culpa de Mahler. Volvió a mirar la calle. Por la esquina de la avenida Europa, con un sacón de astracán, pantalones negros y una larga bufanda roja, Selva Iribarren avanzaba a pasos cortos, como si tuviera miedo de perder las historias que se inventaba o entre su altura y el frío existiese una ecuación difícil de resolver. La vio cruzar dos calles, entrar arreglándose el pelo marrón, sentarse frente a él, pedir té, entretener la mano derecha con la pulsera de bronce que le apretaba la muñeca izquierda. No sabía qué decirle, y debió demostrarlo.

—Vi la torre Eiffel —dijo ella de golpe, casi en el mismo tiempo que le insumió encender un cigarrillo—. Yo conocía de casualidad a un ascensorista y él me invitaba a trepar. Con las manos y los pies, así, ¿ves? Pero a medio camino me caía. Al Sena, me caía, por suerte. Vos me mirabas desde la orilla, pero más entretenido te parecía el diario que estabas leyendo.

—Yo no sueño con gente conocida. Bueno, muy difícilmente.

Ella soltó el humo por la nariz y sin crisparse dejó de jugar con la pulsera.

—No te estaba contando un sueño.

Fugazmente, Ezequiel pensó que le costaba entender a

esa mujer, no sólo porque fuera mujer sino porque era virtualmente incomprensible, como si un mecanismo mudo de adaptación la hubiera llevado a imitar aspectos arbitrarios de la ciudad. Por ese camino iba a seguir cuando se dio cuenta de que la estaba impacientando.

—Claro, a veces es difícil distinguir. En mi caso siempre son sueños. Hace un rato, a la noche, estaba en una fiesta, en una mansión inmensa, y los mozos se me pegoteaban. Tenía que escaparme.

—Qué poca valentía. Me parece, ¿no? O a lo mejor te dan miedo los hombres.

—Hasta cierto punto es cierto. También la torre Eiffel me da miedo.

—Por lo menos sos sincero. —Más atrás del humo, Selva se cubrió la sonrisa con la taza. Si alguien la hubiera observado mejor que Ezequiel, habría descubierto que luchaba por empezar a divertirse—. ¿Sabés una cosa? Venía dispuesta a no abrir la boca hasta que no hablaras vos. Pero después pensé que así nos iba a ir mejor. ¿Te molesta que te tutee? Vos también podrías.

—Claro que puedo. —Ezequiel movió el cenicero, sabiendo que en realidad no era tan simple. Notó que el cristal tenía costras de parafina. Alguien lo había usado para asentar una vela—. Tengo la impresión de que desde el otro día cambiaste —dijo con esfuerzo.

—No, no. Estaba cambiada el otro día. Yo soy así, como ahora.

—Y además no me explicaste todo.

Selva volvió a acomodarse la pulsera. Después se echó atrás el mechón que le tapaba la frente.

—Te juro que no entiendo nada.

Hubo un silencio muy largo. La sinfonía se interrumpió en medio de un clamor de trompas y la radio empezó a transmitir un partido de algún deporte.

—Selva... Te voy a llamar Selva, ¿de acuerdo? Bueno, vos no me dijiste que había más partes subrayadas.

—No veo qué tiene de importante. ¿Cuáles más?

—El *Eclesiastés.*

—No sé qué es eso. Ni lo había mirado —dijo ella con una media risa ronca—. Yo leí solamente la parte del esposo y la esposa. El señalador estaba ahí y me pareció precioso. Así hay que quererse, ¿no? Es... extraordinario. Compara a la mujer con un lirio de las llanuras.

Ezequiel trató de imaginarse cómo habían sido los ojos de ella mientras leía el *Cantar* por primera vez.

—Sí —dijo—, pero el otro libro es diferente.

—Yo no te di dos libros.

—Cada parte de la biblia se llama *libro,* no sé si me explico. El capítulo anterior, digamos. Es el *Eclesiastés,* dicen que lo escribió el rey Salomón. Es muy distinto. También está subrayado, me entendés, y es muy distinto.

La taza de té aterrizó en el plato y la cucharita manchó el mantel.

—Claro que entiendo, Adad. No soy estúpida. Si es distinto, vos te arreglarás. Para eso te voy a pagar.

—Muy bien, veo que estamos de acuerdo. Lo mejor va a ser que me vaya a trabajar y te llame cuando tenga alguna novedad.

—Sí, va a ser mejor. ¿Qué pretendías? ¿Que te diera una carpeta con informes?

—Evidentemente, no.

Iba a levantarse impulsado por una clase de desaliento que desconocía, cuando sobre la mano con que estaba tocando el cenicero sintió la mano laxa de ella, el frío de la pulsera, una señal reticente que daba la impresión de provenir del aroma del té.

—Perdoname, Adad. De verdad, perdoname. Yo también quiero saber más.

Ezequiel sacó un cigarrillo. Usó la mano que ella había tocado, cosa que estuvo a punto de no perdonarse.

—¿Quién era el que te dio el libro? —dijo, mal preparado para enfrentarse con una sonrisa repentina.

—Salgamos de acá —dijo Selva—. Esta mesa es enorme.

Mientras sostenía la puerta abierta para que ella pasara, Ezequiel tuvo la sensación de que algo formado con partes de los dos quedaba mal unido en el bar amplificado por los espejos. Una vendedora de lotería clandestina se les acercó en moto, envuelta en la luminiscencia verdosa que proyectaba el OVNI de nylon. La primera en alejarse fue Selva. Ezequiel buscó una señal en el giro del sacón negro y la siguió hasta la esquina. La avenida Fraternidad los tragó a los dos en una relente de sol indeciso; era la calle más ancha de Krámer y como no tenía árboles la perspectiva dejaba ver, por un lado, una agrupación de torres de petróleo inertes contra el cielo como marionetas inarticuladas y, por el otro, el ocre de unas lomas azotadas por la sal. No habían avanzado cincuenta metros cuando de la mano que a Ezequiel le colgaba del cuerpo se aferró otra mano, errante y sin embargo imperativa, fría solamente por el frío del aire, que le chupó la fuerza, la decisión y el poco pasado que se atribuía. Había en la palma un sudor leve de excitación, le pareció, de excusas desoídas, y él no sabía qué hacer, si apretarla o besarle las uñas o probarle un guante. Siguieron caminando callados. Adelante, a unos cien metros, una muchedumbre escasa y compacta chillaba ante una enorme pantalla de vidrio instalada en el centro de la calzada. Estaban transmitiendo un partido de fútbol, probablemente el mismo que Ezequiel había oído en el bar, y la gente abandonaba el trabajo como cada vez que tenía un argumento para abordarse mutuamente con preguntas. Se le ocurrió que podían pararse un rato a mirar: quizá así llegarían a decidir algo. Pero Selva ya estaba hablando.

—Hace mucho, bueno, hace bastante, yo estuve casada —dijo, sin dejar de enseñarle el perfil. Todo lo que Ezequiel veía era el viento que le enmarañaba el pelo—. Francamente, no me acuerdo bien, pero estoy segura de que no era mal tipo, mi marido. El único defecto grave era que se quejaba. A mí la gente que se queja me revienta, y él, no sé, se pensaba que era San Sebastián y la gente vivía clavándole flechas.

—Yo soy hijo de judíos.

—Pero igual conocerás las vidas de los santos.

—No lo digo por eso.

—¿Y por qué lo decís?

—Está aceptado que los judíos son especialistas en golpearse el pecho y echarle la culpa a los demás. Una especie de tradición.

Por un instante Selva volvió los ojos, tal vez para protegerlos de los aullidos de dos ambulancias que se precipitaban rumbo al gentío.

—Mi marido tenía sus razones para quejarse. Estaba convencido de que me amaba más que yo a él. Era muy fogoso... *Fogoso,* se dice, ¿no, Adad? Muy tierno... Muy honrado. Yo siempre me negué a tener hijos. Los chicos no me gustan. Bueno, lo que pasa es que no me gustaría viajar cargada de mamaderas, y como sé que tarde o temprano me va a tocar salir... Si no lo supiera me tomaría un frasco de Valium y hasta otra. Con el pobre hombre fui malísima. Él me pedía amor eterno y yo no decía nada. Así que cuando un día lo nombraron en el Parte, se fue sin saludarme, el ganso.

En ese momento, no antes, Ezequiel tuvo urgencia de que de la boca apenas entreabierta saliera una pregunta, algo como una ofrenda mínima o un arrebato grabado en una medalla. Pero ella seguía hendiendo el viento, la barbilla hundida en la bufanda roja.

—¿El te dejó el libro?

Selva paró e hizo girar el cuerpo. Las puntas de la bufanda, el pelo arremolinado, los faldones del sacón ondearon en un mimbo, o eso creyó Ezequiel, como aletazos oscuros de pájaros creados por la luz. Se les soltaron las manos y quedaron frente a frente.

—No, Adad. El libro me lo dio una persona extraordinaria.

Más tarde Ezequiel pensaría que alguna mueca compungida debía haber hecho, como si le estuvieran achacando ser una verdadera piltrafa, porque Selva dio un paso atrás

y, con la espalda pegada a la pared, se defendió con una sonrisa inconclusa. De los párpados tensos, del brillo de mica en los ojos y de la boca recta atraída por la comisura, hubiera podido asegurarse que estaban pendientes de algo común, a veces inadvertido, como el comienzo de la lluvia o los movimientos de la arena en un médano. Las manos hundidas en los bolsillos, Ezequiel optaba por distraerse en otras cosas. La pared era lo que quedaba de una farmacia derruida; sobre el revoque agrisado se había formado un gobelino de afiches trabajados por el clima: botellas de Martini, la cara de una muchacha rubia con bigotes, una mezcla de telas, vasos, cigarrillos, sexos de tinta verde, desgarraduras, ampollas del papel y el cemento que podían transformarse en bayas, frasquitos, cascarones, amperímetros o estropajos según la voluntad de dirigir el ojo. Ezequiel pensó que sólo los pómulos de Selva tenían sustancia verdadera. No del todo aterrado la vio despegarse del escenario y acercarse a él. También una pintada se distinguía aún en la pared: TENGO HAMBRE, se iban esfumando las palabras color naranja. Las dos ambulancias volvían levantando un revuelo de papeles a fuerza de sirenazos, pero la boca era firme, exigente, activa, y Ezequiel tuvo que ocuparse de recordar cómo era un beso. Después se dejó llevar igual que un hombre confiado en las zonas de ruina o de inocencia que sólo su doble puede intuir. Debajo del pelo, el cuello de Selva se abría como un cofre, algo para husmear y reconocer. Ella se prestó un momento al abrazo y volvió a separarse. Ezequiel extrañó en seguida la presión de los pechos a través de la ropa. Cuando ella dijo que a su casa no podían ir, él, sin entender, bamboleándose empezó a caminar hacia el gentío. Ella lo siguió casi a la carrera. Volvieron a pasar las ambulancias. Por alguna razón, Ezequiel reparó en que arriba, en el cielo, un sol pálido se enfrentaba a una luna de lavandina. Dobló en la primera esquina y paró un taxi. En el asiento se siguieron besando espiados por el chófer y fumaron sin ganas para no tocarse. De pronto el tipo insultó a un barrendero. Sobresaltado por

el grito y el bocinazo, Ezequiel asomó a otros estratos de la realidad por entre un ramaje de olores ácidos. El taxista se reía. Selva apoyó la cabeza en el respaldo como si descansara de una carrera en un laberinto y se restregó la frente con la mano de Ezequiel. Bajaron en la puerta del edificio de la calle Sinatra. En la vereda de enfrente, entre el polvo troquelado y las fachadas relucientes, el camboyano y Ramiro jugaban a los dados con un muchacho medio idiota que vendía chupetines. Aunque el partido fuera lento, Ezequiel los había visto otras veces y sabía que se vanagloriaban de no estafarlo; se llevó aparte al secretario y le explicó que podía tomarse libre un rato largo, que en realidad tenía la obligación de no volver a la oficina en todo el día. La forma extravagante y altiva con que Ramiro torció el cuello le hizo castañetear los dientes; que había trabajado *como un tanque,* argumentó el secretario, que en ausencia del jefe había sudado atajando a la clientela, y repitió tres veces: *Usted no suele ausentizarse tanto.* Ezequiel lo ignoraba. Volvió a cruzar la calle, agarró a Selva del brazo con suavidad, con una profusión de tartajeos que ella parecía no oír, y subieron a la oficina. Mientras ella espiaba papeles, jugaba con las teclas de la máquina de Ramiro y distraídamente se sacaba la ropa, Ezequiel se preguntó si no sería cortés mostrarle algún libro. También de eso dudaba, de manera que pasó del despacho de Ramiro al suyo y de nuevo a la salita bajando persianas, despejando sillas y vaciando ceniceros en los canastos, como si combatir contra las apariencias del desorden le asegurara que entre él y esa mujer ahora silenciosa iba a flotar una pura armonía. La voz de ella le recordó con una reconfortante placidez que no se había sacado el tabardo. Entonces lo colgó del perchero, y como aún le quedaba convertir en cama el sofá de los clientes se apuró a separarlo de la pared con una retahíla de tropiezos. Y ya estaba por preguntar si ponía o no la radio cuando ella lo abrazó por atrás, clavándole los dientes en el cuello, arrugándole el pulóver, sofocándolo con hebras de pelo retinto, o castaño, nunca llegaría a distinguirlo, re-

gándolo de sabor a tabaco y a té y a saliva ácida. De alguna forma él consiguió darse vuelta. Riéndose, despeinada, desnuda del todo, Selva extendió la cama, dijo algo sobre los prólogos y lo empujó al colchón. Después, Ezequiel pudo haber sido más feliz con sólo desoír esa música, rústica, atiplada, que desde el centro del cráneo le repetía que las piernas de una mujer eran más poderosas que cualquier sueño de voluntad, que tener sensaciones, alentarlas y dejarlas vivir en paz no era un trabajo sino una de las bellas artes. No llegó a librarse de la cantilena, ni del clamor de engranajes que la acompañaba, hasta que Selva lo besó con la boca ya muy seca y le dijo que no se riera pero que necesitaba darle las gracias. Ezequiel se impuso el tacto de no preguntarle por qué. La dejó dormir y, oyendo la respiración acorralada, mirando el reflujo de los pezones, los hombros un poco estrechos, los riscos blancos de las caderas, se quedó dormido él también. Sordo, emperrado, el teléfono sonaba para que él atendiera y escuchara una voz amarga que le vaticinaba días de frío y de cansancio; casi al mismo tiempo entraba a la oficina una mujer escuálida, de dedos larguísimos y vientre vaporoso; compadecido, él se ponía a su disposición aunque secretamente temía que ella le propusiera un trato sexual. De repente, junto con el puente Fitz Roy, un barrio entero de la ciudad se derrumbaba entre polvaredas de terremoto. Pero no había terremoto ni destrucción, y el polvo volvía a asentarse y la mujer se desvanecía en el aire menudo de la oficina, entre clips y telarañas y manchas de lacre, y él empezaba a sentirse débil. Lo despertó el frío: Selva lo estaba abrazando, las piernas cubiertas con el tabardo, el flanco iluminado por la resistencia de la estufa. Intentó pensar qué tenía ganas de hacer, pero como si el esfuerzo de él la hubiera expulsado del sueño, Selva abrió los ojos. No habló: gritó. Sabía que era la hora del Parte. Ezequiel encendió el televisor y fue a sentarse en el sillón de Ramiro, con los codos sobre el escritorio y los ojos atisbando por encima de la máquina.

Vio cómo Selva se arrodillaba en el colchón, cómo apoyaba las nalgas en los talones. Con la espalda recta y los ojos aguzados, la cabeza ladeada como la de un chico que observa los incomprensibles juegos de un gato, enredaba y desenredaba un mechón de pelo que le caía sobre el hombro. Tenía en las pupilas un brillo de betún y en las clavículas un sudor oleoso. Escuchó en trance una propaganda de licuadoras alemanas, escuchó también dos compases del himno de Krámer y si al aparecer en la pantalla la cara del alcalde se apretó el torso con los brazos no fue por el frío sino por la unción que nacía de una turbia correspondencia. El alcalde, que parecía saber siempre que todos eran él, recitó diez apellidos con sus nombres. Mientras la imagen se borraba, Selva, incorporándose, apagó el televisor.

—Hijo de puta —dijo—. Basura inmunda.

Después caminó hasta Ezequiel y se le sentó en las rodillas. Lo besó como si buscara esconderse en el sótano de cualquier cuerpo que no fuera el suyo.

—¿Tenés sed? —dijo él.

—Quiero que me ayudes —dijo ella con una risa anacrónica—. Y que sepas que la persona que me dejó la biblia no tenía pensado regalármela. Se llamaba Leopoldo, ese hombre, sabés, Adad. Yo estaba enamorada de él. ¿Vos estabas enterado de que en Krámer hay gente que organiza fugas?

—Lo que sé es que la Alcaldía da quinientos dólares de recompensa a los que denuncien movimientos en las orillas. Pero me parece raro que alguien quiera escaparse. Se ve que prefieren seguir esperando la lotería.

—Estás mintiendo. Vos sabés de todo. Y si no sabés, en el fondo importa muy poco. Yo conozco a uno de ésos que organizan, lo hace porque le gusta la plata pero también por simpatía. Leopoldo era un manojo de nervios. Era... No sé, tenía una fuerza fabulosa. Le gustaba reírse, comer bien, probar de todo. Era como que para él cada momento estaba repleto de placer. Bueno, y yo conocía a

este hombre, un empresario, que será un poquito tenebroso pero no se chupa el dedo.

—¿Qué quiere decir que no se chupa el dedo? —Ezequiel no dejaba de acariciarle la espalda, alucinado, absorto, pensando que tener una mujer desnuda en las rodillas era todo una responsabilidad.

Ella miraba los lomos de los biblioratos.

—Leopoldo no hubiera aguantado quedarse en esta ciudad podrida, y yo tampoco quería. Nos íbamos a volver... dos calaveras. Dos escuerzos. Las cosas frustradas son repulsivas, entendés. Como teníamos dólares ahorrados y a mí mi vieja me había dejado unos diamentes, le pedimos a ese hombre que nos sacara. Leopoldo tenía que salir una noche y a la noche siguiente me tocaba a mí. Pero la cosa no funcionó bien. No funcionó, puta madre, no sé por qué, no me preguntes. Y me quedé igual que antes, sola con una biblia subrayada. Es lo único que tengo de él; me la había prestado. Ahí debe estar lo que no tuvo tiempo de contarme. —Agarró la cabeza de Ezequiel con las dos manos y la sacudió como si fuera un cuerpo completo, con corazón y temblores y estómago—. Pero te juro una cosa, eh: yo no me doy por vencida. No, Adad. Ahora menos que nunca.

A Ezequiel le estaba costando mirarla a los ojos. Tenía pavor de que sonara el teléfono y vagamente, como si fuera una cuestión a resolver por bedeles, se preguntaba si la oficina seguía siendo la de siempre. De golpe las manos lo soltaron. Selva se levantó y él oyó los pasos descalzos y las bisagras de la puerta del baño. Después, escuchándola orinar, se dio cuenta de que el murmullo blanco, metálico, sostenido, acallaba los otros ruidos como en un concierto la música suspende los comentarios. Sonó el teléfono y Ezequiel decidió dejarlo sonar hasta que se cansara. Al tercer timbrazo, sin embargo, Selva se plantó al otro lado del escritorio. Se había puesto un pulóver de Ramiro.

—¿No vas a contestar?

—No.

—Cómo me revienta la gente que se asusta —dijo ella, y descolgó. A dos metros de distancia Ezequiel pudo oír el chasquido en la otra punta de la línea y la renovada nota neutra—. Colgaron. ¿No se cansan de meterse en la vida de todo el mundo, esos cornudos?

—Seguro que no eran espías, Selva. Debía ser mi mujer. Hace mucho que no la veo. Mucho. Creo que ahora vive en Brasil.

—¿Creés? —dijo ella, y empezó a vestirse.

Ezequiel se sintió suficientemente tranquilo como para responder moviendo la cabeza. Entonces se acordó de que habían estado hablando de otra cosa.

—Selva, eso que me contaste, la fuga, ¿cuándo pasó?

—No sé —dijo ella estirando el pantalón—. Vos reíte, pero no tengo la menor idea.

También Ramiro se preparaba para instantes de esplendor, qué duda cabía, aunque con menos denuedo, y siempre con esa clarividencia de pelagato que le permitía no entregarse maniatado a la limosna de la puerta abierta al mundo. Por eso trabajaba también en algo que a veces llamaba la bodega y otras el frente interno, traficando antibióticos para redondear el sueldo, espiando a los espías para acumular ristras de datos que les regalaba a sus amigos como certificados de invulnerabilidad, rastreando chismes, coimeando funcionarios, barriendo tinieblas y fundando amistades inquebrantables en borracheras donde además se apostaba por el olvido y los aspectos nobles de la vagancia. En los inter-

valos quemaba fuerzas en los autitos chocadores o frecuentaba una casa de masajes tailandeses o derramaba fruición en su hobby predilecto, un curso de informática por correspondencia que le absorbía las horas de melancolía y le llenaba los sueños de amplias oficinas amoquetadas en las alturas de Dusseldorf. Ezequiel sospechaba que el secretario no tenía confianza en esos sueños, pero ignoraba qué hacía con la desazón, motivo por el cual en el mismo después en que se pondría a atar cabos no conseguiría atribuirle un itinerario fijo para la mañana y la tarde que él había pasado con Selva. Probablemente se había dejado sobar por Chalukián. Más que seguro era que hubiese ayudado a montar un puesto furtivo de pase inglés a la salida de una función de cine, acechado a lo mejor por el húngaro, que a veces jugaba el juego de la contrainformación. Y en todo caso, y esto a Ezequiel le causaría risa y escalofríos, se habría encontrado con Carmelo Ildebrandi, por no saber en qué divertirse, por pellizcarle un poco de verbosidad, y le habría contado, *a la espera de una retribución aquilatada,* que su jefe se había agenciado una amante.

Cuando Ezequiel volvió a abrir la puerta encontró un felpudo de tarjetas hexagonales, de ésas que él mismo diseñaba e imprimía un amigo de Tadeo, que significaban hartazgo, urgencia y un trabajo que a la larga no podía desdeñar. Pensó que ya los llamaría y llevando a Selva del brazo se alejó por el pasillo donde dos clientes faltos de tarjeta se habían tumbado a dormir. En la calle ya era de noche.

Quizá porque caminaba afirmado en la cintura de una mujer a Ezequiel le pareció que Sinatra, las tiendas desveladas del Paseo Marsella y la explanada de la Plaza Soberanía estaban cargadas de augurios, como si por un acuerdo de principios los habitantes de Krámer hubieran decidido quemar la obediencia y el aire marino centelleara en la oscuridad. *Pero no puede ser verdad: devaneos de pánfilo. Ahora sería el momento de pararme a mirar lo que pasa y arrancarle algo.* Pero Selva se negó incluso a ver qué tenían de nuevo los vendedores de la catedral. Del otro lado de la plaza, en el amasijo de calles donde se aglomeraban los edificios públicos, entre colas de aspirantes y cámaras camufladas, se cruzaron con un rebaño de aerobistas munidos de sus correspondientes anuncios. Apretada contra Ezequiel, mortificada por los empujones, Selva apartó de un codazo en la espalda a un rubito sofocado. El muchacho sonrió y siguió trotando parejo, obligado por la multicolor propaganda de zapatillas que llevaba entre el pescuezo y la cintura. De la mano, casi corriendo ellos también, llegaron a la plaza De las Rotas Cadenas y ahí, en un restaurante griego, cenaron entre lámparas con pantalla de esparto. Mirando por la ventana, Ezequiel descubrió que enfrente, en la vidriera de una sastrería, una pintada en letras amarillas decía NO SEA FORRO: HÁGASE RESPONSABLE DE SU CARA. Para evitar que la comida se le atragantara seriamente, no hizo comentarios; se redujo a esperar que Selva no girara demasiado la cabeza. Como no encontraban de qué hablar pero tampoco podían separarse, más tarde se metieron en el cine Algueró, una sala alta y oblonga que en vez de butacas tenía divanes para que los espectadores eligieran entre la película de turno y sus sueños. A juzgar por las manchas dispersas en los tapizados, cuando no se soñaba con la película se hacía trabajar el cuerpo. La película, una comedia de enredos postmatrimoniales más o menos hipócrita, impulsó a Ezequiel contra los muslos que al lado de él, apretados por la loneta negra del pantalón, despedían un fulgor de barniz. A más que tocarlos no se

atrevió: Selva festejaba los desencuentros de la pantalla con carcajadas bruscas. Pero a medida que la comedia caía en el sopor empezó a restregarse contra él, menos por pedirle algo que por ofrecerle su olor. Esa ternura no duró mucho. Cuando los protagonistas empezaban a reconciliarse en una estación de esquí, de la garganta del foro saltó un gorgoteo de Interferencias, crujidos y carraspeos y el diálogo se transformó en una tromba de voces olímpicas, suplicantes, temerarias, después heraldos de un eclipse sobre montañas de hielo. Ezequiel pensó que era Mahler. Y si ya le estaba irritando reconocerlo, más le molestó perder el calor. Selva, cerrando los ojos, dijo que era una música muy hermosa. En seguida los protagonistas reanudaron su discusión como si un director les hubiera exigido que atacaran en lugar de los bronces. Ellos ya se habían cansado de cine, de modo que salieron a un cielo negro como una toga. Sólo entonces, porque Selva le explicó que ya no podía quedarse, Ezequiel supo que trabajaba en una peluquería de la calle Venecia. La acompañó, y el resultado fue sorprenderse del desparpajo con que entraba, segura de no recibir un solo reproche. Entendió algo más cuando ella le presentó a la dueña, una hija de ingleses, no de escoceses, llamada Lorna Mac Dermott que se manejaba con eficiente cordialidad, una mujer de una belleza tenaz, cultivada y madura y ojos amarillo verdosos como el Pernod. Era amiga de Selva: *muy amiga.*

—Lorna es la esposa de Orlando Chalukián —dijo Selva—. Y él es la persona que nos va a dar apoyo, Ezequiel.

Antes de ofrecer la mano, Lorna titubeó como si Selva hubiera revelado algo grave. La mano que le dio a Ezequiel fue la izquierda, porque la otra la tenía inutilizada. No hubo nada más. Selva volvió con Ezequiel hasta la puerta. Con el mentón apoyado en el hombro de él, le acarició el pelo.

—Los hombres se creen que una necesita demostraciones, sabés —dijo con una voz baja y ausente—. Que le gustan los números de trapecismo, o los disfraces de gladiador. La mayoría son unos tarados. A vos te quiero porque

no te hace falta nada de eso. Vos sabés otras cosas y con eso te basta. Ahora sos lo que me ayuda.

—¿Estás segura?

—Me hacés sentir bien.

Retrocediendo por Venecia buscó la avenida Del Cabo y unas cuadras al oeste volvió a desembocar en la Plaza de las Rotas Cadenas. En la claridad espesa del amanecer, acre y amarillenta como crema cortada, los tilos rehuían la perspectiva como verdes copos de lana metálica. La grava, las veredas y el pavimento estaban cubiertas de escarcha y Ezequiel se internó en las callecitas del centro administrativo con la impresión de que esa alfombra transparente multiplicaba la exaltación que podían robarle las paredes de piedra. No quería perderla: lo ayudaba a recordar. Con las manos hundidas en los bolsillos del tabardo, haciendo bolitas con pelusas y papeles viejos, intentaba silbar algo, una melodía parecida a la de *Piel canela,* mientras repasaba el perfil afilado de Selva, los valles de las caderas de Selva, el perfume de la nuca, la risa insensata, categórica, los cuencos de las axilas, el vello de las axilas, la amalgama de tozudez y oferta que descansaba en los labios finos de Selva. Decididamente era un silbador calamitoso, pero no iba a permitir que ese fracaso le rebajara la dignidad. Porque de la dignidad le estaba llegando la alegría punzante, más dolorosa al mezclarse con el cansancio, y no de las horas que había pasado amando un cuerpo sobre un colchón desparejo. *O quizá de las dos. De las dos, si tengo en cuenta que primero ella me prendió fuego como a un cacho de estopa y después me habló bien, como*

yo esperaba desde hacía tanto tiempo, tanto, aunque no me lo confesara, de pelear por mantener cierta grandeza contra el tiempo molido y el perdulario Ildebrandi. Asedios. Atonía. Confabulaciones baratas. Si durante años no le hubiera tocado escuchar confesiones desapasionadas, tal vez no se habría dado cuenta de que tenía un ataque de soberbia; pero había visto muchos fanfarrones y sabía que si ahora volvía con ínfulas a encerrase entre misivas y suplicatorios era porque creía que una mujer no sólo lo amaba sino también lo admiraba. *Una boludez, a lo mejor; y sin embargo cuando se presenta el terremoto conviene ponerse bajo el marco de una puerta. Selva es una puerta. Yo soy una puerta. ¿Con picaporte? Quiere que la ayude, yo que hago sordera con las reglas de sintaxis y servicio cívico con la pena y con el mundo de ahí afuera una beca que nunca se me ocurre reclamar. Cuánta inercia, Dios mío. Ella rompería a pisotones la limosna, la dádiva, la beca, el don, divino y todo, lo devolvería sin darse cuenta. Lo que le gusta es asaltar. ¿Me equivoco? Preferentemente con arma blanca. ¿A qué quiere que le ayude? El río que bordea esta ciudad está casi seco, y no hay fondeaderos con barcos que brillen como cráneos desnudos, barcos que esperen o salgan a pescar, y pasa una película entintada de petróleo rancio, y en los travesaños de las torres flamean esqueletos de una estirpe de virreyes, y es a lo lejos donde se hincha el resplandor de la vida que decide, las ciudades donde pasa algo. De este lado, antes de los pantanos las lomas y los cañadones y el óvalo astral del horizonte, de este lado de los montes enanos, del canto de plata de las calandrias, mucho antes de las olas que abaten palos mayores y del estrecho que suelda dos océanos y de los vientos huracanados y de las playas complacientes, en la frontera de los glaciares, un paso antes de insalvables fallas geológicas, de bruces contra el asfalto rugoso, entre cimientos húmedos hurtados al carbón fósil y los quebónidos, aquí donde volaron pterodáctilos y nueve mil siglos después levantaron sus toldos los onas y quinientos años después las gaviotas se acercan a picotear inmundicias, yo sólo*

conozco la aceptación. Señor don Jorge Alberto Míguez, Paseo del Velódromo 125, 8.º H. Estimado amigo: tal como le anticipé con anterioridad, el inmueble que usted viene ocupando, sito en la calle Granada, 842, y que ha pasado a propiedad de mi hija Birgitta Svensson, debería estar en condiciones de. Mierdas, pavaditas hechas con la alta dedicación que nunca me retribuyen. Estima. Ella me da lástima. Es lógico que pida ayuda. Pero bueno, ¿a qué quiere que le ayude? ¿A escaparse? ¿A odiar Bardas de Krámer? ¿A escaparse del odio? Quebónidos. Fémures de plesiosaurios. Una bala en la carótida de un indio. Cuajarones de sangre en las morenas. Así se levantaron edificios. Nunca pensé en esto. ¿Qué quiere, ella? No sabe. Pelandruna. Y además no sabe el miedo que me da verla nada pobre, el pánico con que le mordí los hombros, como si de una vez por todas de una vez por todas es decir una vez y nunca más porque en el fondo no hay veces los acontecimientos delicada palabra dan origen a las veces las paren, moldean y sostienen como si por una vez o evento u ocasión hubiera signos favorables, es decir: como si el esgunfio con que vivo en Krámer se hubiera convertido en ardor, en trama, en plan, en vileza y ganas de ejercer vileza. Eso es lo que ella vio. Seducción, gualicho, los de ella. La retama, la mandrágora, fibras de llantén, poción que rezumaban sus pezones, y yo a beber dale que dale y ahora ella se figura que sé lo que es el odio. Me toma por versado. En inquina. Yo. Nunca hice nada por salir. O no es que no hice nada: ni imaginármelo quise. Largas, jubilosas siestas sobre la gloria puerca que la ciudad me concedió, yo su azogue, yo la esfera invertida dando al espíritu de Bienvenido Krámer gracia y sinuosidad y a sus herederos el malentendido de la expresión yo Ezequiel el que a través de Dios fortalece olvidando su condición de exiliado limando las aristas del panal plantando la exigua perfección de la gramática entre los acostumbrados al desencuentro. Tiene un nombre de profesión: burocracia. Mimetismo. Y ahora resulta que no quiero: nada de criar gusanos y alimentar larvas de gusanos, nada de trans-

formarse en baba inaprensible, leve tornasol y más luego en seda. Ninguna seda será amable en este predio, en ningún predio donde se marchite el azar. Yo quiero salir. Lo estaban pisando. Había quedado detenido en el medio de una muchedumbre enervada que ante la puerta del consulado sueco esperaba órdenes de ingreso, y una mujer con un chico en brazos se le estaba estacionando sobre el zapato derecho. A empujones logró bajar a la calzada. Nunca terminaba de imaginarse por qué deambulaba esa gente entre puertas cerradas. Lo único claro era que alimentaban lobbies inocuos, se llenaban los bolsillos de folletos con paisajes, les daban de comer a unos agentes catalizadores que no aceleraban ningún trámite y, a veces, recurrían a él para que les llenara formularios, sobre todo el espacio dedicado a las observaciones, el más largo, el más enigmático. Un ordenanza vestido con los colores de bandera canadiense lo obligó a retroceder. Ezequiel se escabulló por una callecita de nombre problemático donde la luz creciente no atinaba a instalarse. Faltaba poco para llegar a la Alcaldía. Él también quería salir. *Y sin embargo, ¿quiero salir? ¿Quiero salir, mercachifles, cafishios del progreso económico, guanacos de la planificación social, fantoches, malparidos? He buscado la humildad, no pretendí otra cosa que no transar con la opulencia, me abracé a la sombra tierna del limonero en el fondo de la casa. Yo amé a Horacio, cuyo dulce cántaro nunca fue inclinado y creí creer que un dios prudente envolvía con la noche los sucesos del tiempo venidero, riéndose, el decrépito, y como Horacio quise ser dueño de mí mismo, o algún día en todo caso cruzar el Egeo en frágil botecito de dos remos. No era mala política. Pero mi Dios, no el mío, ése al que le debo el nombre, nunca fue prudente: tiene pueblos elegidos, y el que está entre los que él selecciona contrae deudas. Qué locura para un judío imitar a Horacio. A pesar de todo la humildad no era mala política. Tampoco muy resistente. La boca de musgo de una mujer alcanza para derrumbarla. ¿Alcanza? Claro que alcanza, qué va a alcanzar si no, qué va a valer la pena. Si*

me lo pidiera me fugaría con ella. Afuera, en el mundo, todo es nutricio, todo germina, dicen, y el tiempo golpetea en ciclos comprensibles. Puede ser. Faltaría saber si es eso lo que ella está sugiriendo. No fue clara. Lo primero que pidió, lo muy primero, fue que le dijera algo sobre un desconocido, un hombre extraordinario. En una de ésas ya lo olvidó. Puede que ni siquiera lo haya conocido. ¿Se lo habrá inventado? ¿Y por qué extraordinario? Veremos: lo tengo en un libro, en las manos, en rayas de lapicera. No lo tengo. Eso me pidió, antes de acostarnos. Y me dio placer por habérmelo pedido, como regalo después del regalo de un espectro, como grabándome algo en la cara: el tejido mutable y escabroso de que están hechos los espectros. Así me amó, y me lo merezco, después de tanto trabajar: como si yo fuera un polo de comparación, a lo mejor el puente mismo. Así se me acerca. Y no sabe que de espectros yo también tengo carradas. Entre espectros me lavo la cara, me afeito y bostezo y voy al cine, y lo que tengo de judío incluso es fantasmal. Ni siquiera entiendo bien la Biblia. Mi mujer, también, una visión; mis dos hijos; y además está Tadeo con su Empecinado. Nada material toco que no sean ristras de palabras y tal vez esta mujer. ¿Voy a ayudarla? Paso, aparecidos, o salgan a pelear: vengo solo, chillando, imbécil y desnudo como un recién nacido. Colada por nubes de estaño, una luz de nácar rebotaba contra la cabeza de Bienvenido Krámer. Ezequiel cruzó la Plaza Soberanía, dejó atrás un grupo de espías que simulaban matear junto a un buzón y avanzó hacia el hotel. En la planta baja había una confitería. Entró.

En el hall, detrás de una mampara, adivinó al hombre de nariz de buitre que ya había visto charlando con Ramiro en la calle Piaff. Pero de lo que siguió entonces, raramente, nunca llegaría a confirmar si había pasado esa mañana, la siguiente o una mañana o una tarde cualquiera de las que se irían encadenando. Según el gusto decretado por el fundador, también la confitería del hotel estaba forrada de espejos. Como guardianes de un panóptico inabarcable, en una decena de cámaras inexistentes se repetían las lámparas decó de base pesada y corona triangular, los separadores de cristal opaco enclavados en bronce, las jarras espigadas y el sueño conjunto de los que verdaderamente dormían doblados sobre las mesas, oficinistas y pasadoras de apuestas y mozos empeñados, como casi todo Krámer, en confirmar que las horas del amanecer eran benignas para el descanso. Un naturista prohijado por el Alcalde se había llenado de dólares propagando esa teoría en consultas colectivas, pero como algunos recalcitrantes la rechazaban en el bar también había un televisor de cincuenta pulgadas que emitía una película italiana de terror. Ezequiel acertó a ver un vientre abierto en cruz y oyó un grito de espanto. Buscó una mesa apartada. Se equivocó: donde parecía no haber nadie, dormía una nenita que de a poco se iba resbalando de la silla al suelo. Era Alina. Fláccida, menuda, dos dientes asomándole por el labio de arriba, los brazos largos y flacos se le habían trabado con los de madera manteniéndole la espalda pegada al asiento. Maravillado, Ezequiel se dio cuenta de que movía los pies de un lado para otro, como si un hipnotizador le hubiera pedido que bailara claqué. Habría dado cualquier cosa por saber qué soñaba; a lo mejor todos sus héroes hablaban como ella y buscaban antipiedras filosofales para dejar la infancia atrás lo más rápido posible. Aunque no quería despertarla, le bastó tocar la mesa al sentarse para que la nena abriese los ojos y le dedicase un bostezo y un parpadeo. En seguida agarró el servilletero y empezó a golpear el mármol muy despacio,

tal vez porque no le gustaba verse tantas veces en los espejos.

—Buenos días —dijo Ezequiel.

Alina lo miró con brusquedad, torció los labios y, estirando una mano, le tocó la manga del tabardo.

—¿Ñuiim bien, Alina? ¿Uh, señor, así?

Ezequiel miró para los costados. Le había dado una pena encontrarla sola, pero ahora tenía miedo de que los interrumpieran.

—Soy Ezequiel.

—Pero ahí, ¡plic plic! Y chico, no. Verde nochó muchísimo, nochó no no, va en eso —señalaba con un dedo hacia arriba, más allá del techo y las molduras—. Y Alina viaammm. ¿Uh? Muñeco acá brazo viaamm, con cara, y sí. Pero ahí, plic plic.

—¿Plic?

Sin hacerle caso, la nena puso un ticket atravesado en la ranura del servilletero y la martilleó con las uñas comidas.

—Ah —dijo Ezequiel—. La máquina de escribir. En la oficina. Eso mismo.

—¡Eh! ¿Ñuiim, vaso chup, rojo, Alina más?

Se había acercado un mozo. Ezequiel pidió un té con leche. Antes de que pudiera preguntarle qué quería ella, Alina le estaba pateando las rodillas.

—Chocolor. Choco. Lor. Umpash, vaso psss. Rojo, ¿eh? Rojito.

Como todos los chicos conocía bien las marcas. Por las dudas, Ezequiel pidió también tostadas y miel, pero la nena armó tal escándalo que tuvieron que traerle mermelada. Después pareció extasiarse con la mezcla de cacao y jarabe de moras que había en la botella. Tan contenta la vio Ezequiel que prefirió no esforzarse en preguntarle por qué estaba ahí. Por lo demás, no hizo falta. Estaban los dos mirando el final de la película cuando entraron Belarmino Mendoza y su mujer y, sorteando cuerpos, llegaron a la mesa.

—Es un placer, señor Adad —dijo Mendoza tocándose

el ala del sombrero. La mujer se apuró a sacar una servilleta y limpiar la boca de Alina.

—Ése va a ir plic. Alina, en otra. Y nochó, no, será, verde.

—No te entiendo, hija —dijo la mujer.

—VEEERDE —gritó la nena, y repentinamente se tapó la boca.

—¿Se les ocurre muy seguido dejarla sola? —preguntó Ezequiel.

—Yo trabajo en una fábrica de productos lácteos, señor Adad —dijo Mendoza—. Necesito ahorrar. No tengo mucho tiempo libre, y hoy es mi feriado. Hemos ido de compras.

—A lo mejor a la nena le hubiera gustado ir con ustedes.

—¿Ella? Mire, revuelve mucho, lía todo, si lo sabré yo. Además estaba dormida. Ya se la llevaremos.

Ezequiel intentó mirar la calle por entre las cortinas de hilo. Había salido el sol.

—Hagamos una cosa. La nena se queda conmigo y a eso del mediodía ustedes la pasan a buscar por acá. Lo digo para no postergar el tratamiento. ¿Qué les parece?

Se despidieron. Ezequiel cruzó la plaza llevando de la mano una mano dócil y sudada, y en la vereda de Bolena paró un taxi. Tenía la idea de que en el barrio del Río, donde empezaba la rampa del puenta Fitz Roy, había un parque para los hijos de los oficiales de la guarnición del norte. Lo encontró. Las veredas con falsos alerces desnudos, las cercas de madera, las terrazas de césped inglés artificial se parecían a los de cualquier urbanización de gente rica, por mucho que atrás de los tejados, contra el zócalo del cielo, se alzaran defensas, torretas y paneles de acero templado con escudos de medio mundo. Fuera de las mujeres que a ratos entraban a una iglesia, no se veía movimiento, ni siquiera chicos jugando en el círculo de arena. Alina se colgó del trapecio, comió tierra y varias veces intentó trepar los muros de cerámica del laberinto. Quizá porque necesitaba más compañía se puso a charlar con los albatros

de mosaico que adornaban los bordes del tobogán: *Alalas frías shuuuup suben, mucho, ahí pero don más, oij, oij, y van a venir paf de Alina, uh,* decía, y muchas cosas más, concentrada, dictatorial como suelen ser los chicos con las cosas dibujadas y los animales y los muñecos, hasta que de pronto gritó *¿Qué ni? ¡Cut! ¡Cut!* y se ahogó de rabia, y a Ezequiel le costó trabajo calmarla. Charlaron bastante, al menos lo suficiente para que él descubriera que *cut* significaba *malo,* y que si quería entender algo más iba a tener que fabricarse un diccionario privado de onomatopeyas, porque ella era inteligente y no le gustaba delatarse con gestos. Estaba encerrada en sus sonidos como un misántropo podía encerrarse en una ermita o un rey débil en una fortaleza; la diferencia era que ella jamás había tenido siervos ni persuasión ni esbirros y se asía con más fuerza a la única herramienta de ataque que había encontrado. Nada de esto les contó Ezequiel a los padres: simplemente les dio una nueva cita y se desprendió como pudo de sus baboseos. Llegó a la oficina poco antes del Parte, tan excitado que se permitió invitar a Ramiro y al camboyano a escucharlo con él en una pizzería de la calle Piaff. No esperaba sorpresas, pero tampoco que el camboyano estuviera literalmente loco. Y mucho menos que, ante el televisor destrozado y los espías serenos y siniestros que se iban acercando para reducir a esa especie de kamikaze alfeñique, Ramiro fuera capaz de interponerse, pagar dólar sobre dólar un aparato nuevo para la casa y llevarse al portero a un zaguán donde no sin recibir algún golpe pudo zamparle una pastilla de opio.

Como si hubiera recibido trato de honor de un comité para refugiados, a partir de esa tarde el camboyano profesó un reconocimiento tan afanoso que por momentos Ezequiel llegaría a preguntarse si el Alcalde no le habría asignado un espía disfrazado de sirviente. Confió en él, no obstante, y en los encargos que le recolectaba en el barrio, y en las botellas de whisky que aportaba algunas madrugadas, y hasta le prestó el catre para que lo gozara con una holandesa torva y pechugona que se ofrecía a diez dólares en la calle Tehuelches. El camboyano empezaba a exhibir cierta astucia para espantar a los clientes pesados sin afrentarlos, y como además Ramiro parecía no encontrar distracciones duraderas, Ezequiel pudo dejar que los caprichos del tiempo le asolaran el despacho mientras él cumplía con sus deberes subrepticios. No se dejaba engañar, el tiempo, sin embargo: era bagual, como decía Ramiro sin tener mucha idea, pero también remolón, mostraba retoños, saltaba de estante a estante con las polillas y a veces, cuando Ezequiel miraba por la ventana, pasaba en forma de oficiales de limpieza o de camión oruga por el puente Fitz Roy, disperso en el aire yodado y las nubes malva de una hora siempre incierta. No debió pasar mucho, pero de todos modos hubo un envión firme y rendidor: varias mujeres se llevaron sus cartas de solicitud de puestos callejeros, el dueño de la mueblería su inventario, el cura de la parroquia del Puerto su sermón sobre la propiedad, el director del Zoo de Krámer un discurso donde agradecía a la Sociedad de Amigos del Islam la donación de un dromedario, el cónsul de Dinamarca una queja formal ante el hotel Hilton por el volumen de la música del bar, y una tal Hilda Ruiz una expresamente impúdica, esperanzada y según Ezequiel algo previsora declaración de amor a un supuesto espía. El no se sentía del todo conforme, pero al contrario que otras veces no eran las exigencias de estilo lo que le molestaba sino la sensación de que lo miraban por sobre el hombro. Dormido entre vapores de tilo y cabalgatas en el televisor de Ramiro, iba a parar, por ejemplo, a una capillita de techo agobiante y pa-

redes cubiertas de hiedra, al costado de una mina de carbón, donde ante una grey de turistas impávidos, un cura que era una monja y también era a veces la madre de Alina Mendoza exorcizaba a un chico muy sordo clavándole un tirabuzón en el cuello; no salía sangre y, sin pena ni gloria, la ceremonia degeneraba en un baile no del todo animado, la sotana en blusa y falda de antílope, el oficiante se retiraba a la cocina y a él le resultaba imposible seguirlo porque el pasillo estaba atestado de cazadores de autógrafos; pensando con pena que nadie era capaz de firmar, salía a respirar el aire compacto del campo y se encontraba con el gordito; no hablaban de la herida en el cuello ni del demonio, tal vez por solidaridad, sino del camino largo que había hasta el pueblo, si era que esas sombras al pie de las calinas socavadas eran un pueblo. Esta vez no sintió rabia al despertarse, sino cargo de conciencia. Y encima vergüenza. En un rincón del escritorio, abajo de un pulóver, como somero punto de apoyo de un plumero, estaba la biblia verde, un animal ominoso que guardaba los desvaríos de una persona extraordinaria, lamentablemente extraordinaria, pensaba Ezequiel, pero que también lo había guiado hasta el ombligo de Selva. Fue esa tarde cuando empezó a recordar, como si le subieran con la sangre distinta de una transfusión, versículos sueltos que el tío que había muerto en Rodas le había enseñado en una época para afirmarlo en su nombre. Ezequiel era un profeta del exilio. Le habían encomendado, le había encomendado Dios, fundar una ciudad. Giró la cabeza para preguntarle a los inconmovibles pilares del puente si acaso no veían venir desde el norte una gran masa de fuego trémulo, con un resplandor todo en torno y en el centro algo como al parecer de electro. Ésa había sido la visión del profeta. Flor de visión, pensó Ezequiel. El puente no decía nada. Apartó pulóver y plumero, colocó la biblia en el atril y dejó que el trabajo repetido de otras manos la abriera en el *Cantar de los Cantares. Tu cuello es como la torre de David, edificada en series de piedras, en la cual están colgados mil escudos, todos los escudos circulares de*

los hombres poderosos, había subrayado el tal Leopoldo con trazos negros y gruesos como eran los trazos vehementes, el producto de la abierta sinceridad; *tus dos pechos como crías gemelas de gacela que están apacentándose entre los lirios.* Y más abajo, muy difícilmente con otra intención que despertar palpitaciones de ternura: *Has hecho latir mi corazón con uno de tus ojos, con un colgante de tu collar.* Ni Selva Iribarren ni ninguna otra mujer doblegada por la espera hubiera podido oponer reticencia ni severidad al regalo de semejantes frases, rastreadas y escogidas para ella. Pero esa labor, que bien podía ser una indicación del azar o de un amigo de Leopoldo, no era para los escrúpulos de Ezequiel una vía de transparencia. A él simplemente lo fastidiaba. Elegir frasecitas, conquistar a una mujer por el oído, plantarle en la almohada efluvios, delicuescencias, era menos honrado que regalarle una rosa. Sin una prueba de que el tipo se hubiera conmovido antes de subrayar no había demostración posible de que fuera extraordinario. Ezequiel empezó a sentirse satisfecho. Resistiendo el sueño, con los pulmones hinchados de humo, se obligó a buscar las páginas anteriores, más manoseadas, hubiera jurado que transidas de fiebre. Que el Predicador proclamara que todo era vanidad, la bebida, el funeral, la cosecha y el descanso, que nada nuevo había bajo el sol, parecía no haber alterado la inteligencia de Leopoldo. Sin embargo más abajo el mismo trazo categórico había elegido *El ojo no se satisface de ver, ni se llena el oído de oír.* Era un libro extraño el *Eclesiastés,* sombrío y a veces cínico: despedía un leve olor a plumaje de búho, daba pena. Ezequiel pensó que una máxima de esa clase podía ser escudo legítimo de un vitalista más o menos inmaduro, un Hemingway de veinte años sin experiencia de guerra. La fuerza a primera vista indomable que Selva parecía admirar en Leopoldo, el espectro, no debía haber desdeñado enfocarse en ella, como los pibes afirmaban sus frenesís en los versos de Byron y sus tinieblas en los de Lautréamont. Quizá. Dudaba que los muchachos leyeran a Byron. Él mismo no estaba seguro de

haberlo leído. De repente tuvo la certeza de que por ese camino, más que entender a un hombre, iba a inventarlo, y de que como todos los inventos aquél sería poco original y capcioso. Por jugar sacó una lupa del cajón. Iba a ponerla sobre el versículo pero la retiró sin haber tocado el papel. Lo que seguía en la atención de Leopoldo, *No hay recuerdo de la gente de tiempos pasados, tampoco la habrá de los que llegarán a ser más tarde,* estaba subrayado con otra lapicera y con una línea débil, veloz y renuente, como si el que lo había leído no quisiera que lo sorprendieran mascullándolo o hubiera tenido miedo de reconocerlo. Examinó todas las páginas del *Eclesiastés*. Tal cual se imaginaba, los dos tipos de subrayados se repetían hasta el final. La responsabilidad de los primeros era la mano del mismo hombre que antes o después, muy probablemente antes, había flirteado con el *Cantar*; los segundos, los vacilantes, eran de otro hombre, o del mismo hombre pero vaciado de ambición y empujado por la Parca o por la respiración helada del tiempo. *Porque en la abundancia de sabiduría hay abundancia de vejación,* había subrayado ese hombre, *de modo que el que aumenta el conocimiento también aumenta el dolor,* y súbitamente Ezequiel sintió algo como el pinchazo de una raíz recién arrancada atacándole la médula, y le cayó encima una cosa oscura, un poncho pesado, una piel de foca, y ya no pudo respirar aire y tuvo que pedírselo al libro. Le pareció que nunca iba a poder desprenderse de esa chamuscada y grave voz de leño que advertía *Le dije a la risa, ¡demencia!, y al regocijo, ¿esto se logra?* Trató de cerrar los ojos. Se los tapó con las manos, después apoyó la cabeza en el escritorio. En una fonda donde se veía poca cosa más que jamones llorando lágrimas de aceite, sentada a una repulsiva mesa de plástico, alegre de cerveza, una mujer rubia le enseñaba la lengua a un vendedor de revistas y decía que en esa lengua estaban la experiencia amorosa y el rigor de la ley; el vendedor le daba la espalda; Ezequiel pedía que le facilitase una suscripción anual a *Time* con la idea de regalársela a Selva; alguien intentaba derribar la pared a golpes de ariete.

En la luz de agua de lima que la tarde derramaba en el despacho, Ramiro devolvía a su estante un archivador de hierro mientras Tadeo, desparramado en una silla, se abanicaba con un sobre blanco de aspecto oficial.

—Ah, jefe. Le traigo una cañita, ¿no? —dijo Ramiro atropellando—. No se me niegue. Es de rigor cuando uno está entreverado con una mina difícil.

—Ésta de ahora no era difícil —bostezó Ezequiel.

—A mí me pareció que sí. Porque le apuesto que yo estuve ahí, hace un rato nomás. ¿No que había mesas de plástico?

Ezequiel transladó una mirada inestable del fervor de Ramiro a los rezongos del húngaro y del sobre blanco otra vez al secretario. Nunca le había parecido tan inconcreto.

—No me gusta que me robes los sueños, Ramiro. Con la tele tenés de sobra.

—Usted estaba hablando, jefe. Y oyéndolo me quedé yo también como un tronco. Déle, tomemos una cañita en honor al cofrade Tadeo.

—Cofrade será tu suegra, mocito. A Tadeo la palabra no me cuadra. No rapiño nada, sueño poco y por mi cuenta. Tadeo pasaba por la vecindad, me imaginé que podía meter el hocico, conocer tal vez alguna nueva sobre la mocosa de sintaxis desquiciada. *¡Helas!* El Empecinado se me evaporó. ¡Un agujero en la tierra! Y sin embargo, antes tuvo la atención de dejar un mensajito. De gran relieve y lucimiento, esta vez, te juro, Escriba. Perspicaz. «La elocuencia es traición», puso en las baldosas de Plaza Autonomía. Con vitriolo, calculo. No pueden borrarlos los municipales y entretanto la gente se interroga. ¡Perpleja!

—No creo que nadie se interrogue demasiado— dijo Ezequiel.

—¿Qué quiere decir elocuencia? —preguntó Ramiro.

—Algo, algo van a cavilar —dijo Tadeo—. Les pica el mensajito, y a la vez que no se pueda borrar. ¡Intrigados! Ese Empecinado, yo te digo, está muy bien de la cabeza, el asesino de conceptos.

—Elocuencia es el don de la palabra conveniente —dijo Ezequiel.

—¿Eso es bueno? —preguntó Ramiro.

—¿Vamos al cine, Tadeo? —dijo Ezequiel.

—¡Nooo! No con vos, Escriba —el húngaro sacó un pañuelo hecho un bollo y desplegándolo dejó caer sobre el escritorio un purito nudoso y machucado. Sin encenderlo, lo apretó entre los labios violetas—. ¿Qué te apetecería ver?

—Creo que en el Icaro dan un *Hamlet* hecho por italianos. A lo mejor se puede aprender algo.

El húngaro soltó una risotada que mojó de saliva los papeles del escritorio.

—¡Jo! ¿Vos te creés que Tadeo preciso aprender? Tadeo, es como si hubiera leído todos los libros, Escriba. ¡Haceme el favor! De cow-boys, llevame a ver, o una donde salgan buenas pantorrillas. De bailarines, cómo no. Mi opinión, aquí: que si uno no se atreve a actuar, como el Hamlet ése, lo mejor será que escuche música o se ría.

—¿Sabés qué pienso? —dijo Ezequiel—. Que mentís como una víbora, que no sabés renunciar de verdad. Me tenés podrido con tus máximas.

Mientras Ramiro traía de la salita la botella de caña, el húngaro se puso una vez más a agitar el sobre blanco.

—Ni que fuera un abanico de plumas —dijo Ezequiel.

—Esto —dijo Tadeo esgrimiendo el sobre— lo encontré incrustado en el felpudo. Como Excalibur en la roca, una alegoría del destino, vaya uno a saber. Y pensaba que ha de tener su interés. Para vos será peregrino cliente, Escriba. Como que el membrete es de la Penitenciaría.

—Lo anduvo leyendo —dijo Ramiro sirviendo raciones gorgoteantes de caña—. Cómo lo juno. Seguro que abrió el sobre y leyó lo de adentro. Es infelible.

—Infalible —dijo Ezequiel, todavía atontado, y después repitió—: Leíste lo de adentro.

—¡Y con placer! Pues Tadeo, sepan ustedes, prefiero señales a infortunio. El sobrecito me llamó mucho la atención.

Ezequiel se lo arrebató. Al desplegar el papel doblado en ocho se preguntó si sería capaz de entender una carta que parecía agregarse de improviso a un sueño truncado, pero en seguida supo que ese problema era menos difícil de resolver que los que se avecinaban. Un preso de la Penitenciaría del Carmen solicitaba una entrevista urgente. Se llamaba Roy P. Santamaría y, como cualquier ciudadano de Krámer, por escrito era incapaz de explicar otra cosa. El húngaro esperaba el desenlace arrugando la cara.

—No voy a ir —dijo Ezequiel cerrando la biblia.

—Mentira —dijo el húngaro—. Yo te conozco la piedad humanitaria, Escriba. Por añadidura, perderías mi estima de valetudinario, curioso y cansado Tadeo.

—Si es por no dejar sola a la novia, jefe, yo le puedo hacer guardia —dijo Ramiro sin despegar los ojos de la carta.

—¿Cómo? ¿Ya enarbolamos novia? —se interesó Tadeo—. Menudo movimiento voy a asimilar cuando me cuentes. Y de la nena ésa tenés que hablarme, de la astuta.

Que en ese momento Tadeo había perdido el rastro del Empecinado, deduciría Ezequiel más tarde, sin duda era cierto; pero no podía haber sido ése el único saldo de sus últimos paseos. A fuerza de pensarlo. Ezequiel no tendría más remedio que imaginar que, la mañana en que él se había encontrado con Alina en el bar del hotel Lobería, el húngaro no sólo lo había visto subir a un taxi con la nena, sino también había descubierto que ese hombre atildado, narigón y ostensiblemente frío que poco después se daría a conocer por el nombre de Chalukián no se había perdido los pormenores de aquella rara forma de trabajo. Más aún: tanto los pormenores como el trabajo le habían interesado lo bastante para echar mano de otro hombre, más joven y menos sobrio, amigo o amanuense, y sugerirle con alguna firmeza que tomara él mismo un taxi para seguir al de Ezequiel. No se antojaría lógico que al húngaro todo ese tráfico hubiera podido quitarle el sueño; al contrario, lo más

sensato sería pensar que había considerado a Ezequiel bastante grandecito como para arreglárselas solo, y eso siempre y cuando fuera a caerle alguna desgracia sobre la espalda. De manera que, contento de escapar una vez más a los análisis, habría dado media vuelta para seguir con su simulacro de investigación alternativa, una tarea repentinamente insatisfactoria porque, como Ezequiel sabría a la larga, aquél había sido el corto período en que el Empecinado era imposible de ubicar. Los afanes de Chalukián, en cambio, habían sido menos estériles. Además de informarse de que Ezequiel y la nena habían pasado la mañana jugando en un parque, él mismo los había visto regresar a la Plaza Soberanía para encontrarse con los padres de ella, todo lo cual, como convenía a su prolijo temperamento, sin derroche de desplazamientos propios y en un lapso tan breve que antes de la noche ya estaba en condiciones de enviar a otro de sus contactos a que interceptase a Selva. El contacto, eso Ezequiel lo sabría de primera mano, aunque tarde, cuando la precisión ya no tuviera sentido, había alcanzado a Selva a medianoche, bajo una medialuna ominosa, mientras ella se cargaba de esperanzas haciendo jogging por los alrededores de la Estación Central, y con una sudorosa solvencia, preocupado por no pisarse el cinturón del sobretodo, había conseguido ponerle un papelito en la mano. Esa misma noche, con la nerviosa displicencia que aplicaba a los momentos de incertidumbre, Selva había obedecido al mensaje; y Chalukián, en la otra punta de la línea, carraspeando porque seguramente le tenía cariño, porque aún se sentía culpable o le divertía agasajar a las amigas de Lorna, le había dicho que no perdiera la fe, que si ella sabía moverse con atrevimiento y flexibilidad, eso había dicho, flexibilidad, la recompensa no tendría la medida de sus sueños sino una dimensión superior: la de su entrega, la de su temple, con suerte la de los desengaños que no merecía. Así había hablado Chalukián antes de cortar, y Selva se había quedado pensando qué significaba aquella sanata, y todavía lo pen-

saría un tiempo, con más bienestar que aprensión y desde luego, al menos eso afirmaría, sin saber que Ezequiel estaba por recibir un sobre de la Penitenciaría.

Veinte cuadras al este del mercado Jacobici, sobre el final de un baldío salpicado de raquíticos árboles frutales, una tranquera de alambre que ya nadie se preocupaba por electrificar abría el paso a una avenida de asfalto desparejo. Por esa avenida, justo cuando el lomo poluido de la ciudad empezaba a quedar atrás y se empezaban a divisar los lamparones de óxido en las torres, se llegaba a la Penitenciaría del Carmen, un edificio bajo, pulido y cilíndrico de granito blanco diseñado para Krámer por un sociólogo francés. Ezequiel apenas tuvo tiempo de pensar que parecía una caja de sombreros. En la única puerta de hierro había un boquete como de obús y por ahí surgió un guardia desentrazado que corrió a cerrarle el paso. Ezequiel le mostró la carta. A través de un pasillo habitado por familiares de presos que roncaban a destajo, entre olores de caldo y fritanga, el guardia lo condujo a una oficina donde un funcionario bajito quiso entretenerlo contándole un sueño con payasos.

—Es colosal —dijo Ezequiel, pensando que el tipo no era tan pedante como bruto—. Muy imaginativo. Parece el mundo visto por un espejo deformante.

—No diga pavadas. Los payasos son tristeza. Tristeza interior. Algo debe haberme ido mal y yo no le hice caso.

—Claro, exactamente. Bueno, acá tengo una carta del preso Roy P. Santamaría. Es urgente, por favor.

—No sea guarango, caballero. Acá no entendemos de urgencias. Además, ya puede ir volviendo otro día, porque para ver al recluso está obligado a escribir un petitorio.

—Puedo escribirlo ahora —dijo Ezequiel.

El otro dudó entre tirarle un lápiz y arreglarse los gastados puños de la camisa.

—Mándese mudar, charlatán.

—Lo digo en serio. Yo me dedico a estas cosas. Me llamo Adad.

El tipo recibió la cédula sin abrir la boca y la contempló con una dolorosa veneración. Dejándola con cuidado en un casillero de aluminio, le entregó a Ezequiel una placa luminosa para la solapa. Después llamó al guardia y le ordenó que acompañara al señor a la celda 44 de la galería C2. El guardia renqueaba. Siguiéndolo a dos metros por las galerías de baldosas, entre cocinas desvencijadas, atos de ropa, baúles con vajilla y pilas de revistas de historietas, Ezequiel tuvo la impresión de que la estructura íntegra de la cárcel era la sustancia de un pensamiento absurdo. No había demasiadas rejas intermedias ni controles, como si a nadie se le ocurriera que los presos pudieran escaparse realmente. El guardia puso la llave en la cerradura de la celda sólo para comprobar que no le hacía falta usarla. Le advirtió a Ezequiel que tenía quince minutos y se alejó. Adentro, boca arriba sobre un colchón floreado, un muchacho rubito, indolente, flaco como un palo de escoba, fumaba descargando sobre la pared opuesta una furiosa mirada defendida por quevedos. Enfrente de él, sentado en un banquito, había un negro cuarentón con uniforme de infante de marina. Se estaba cortando las uñas con un alicate, pero cuando vio entrar a Ezequiel se levantó y lo llevó para un rincón.

—Roy Santamaría soy yo, señor Adad —dijo con acento caribeño—. Hasta no hace mucho, sargento de la Tercera Compañía de la Fuerza Interamericana.

—Mucho gusto. Lamento verlo acá. No sé... Usted dirá.

—¿Qué?

—Lo que necesita, ¿no?

—Ah, sí. No vaya a creerse que es algo excepcional. Muy simple: hay una persona que necesita hablar con usted en privado. Nada que ver con la cárcel.

—Bueno, me hubiera llamado.

—Es que hacía falta tomar ciertas precauciones. Es un poco secreto.

—¿Cómo un poco? —Ezequiel miró al chico tumbado en el colchón, persuadido de que estaba registrando palabra por palabra.

—Por ése no se preocupe —dijo el negro bajando la voz—. Se pasa el día fumando canutos. Está en la estratosfera. Es un culeado.

—Sin embargo tiene pinta de despierto.

—Pinta. Mire, Adad, ese chico no mata una mosca. —Santamaría aferró un barrote como quien agarra la vara para emplazar a un discípulo y se acercó más a Ezequiel—. Bien, ¿está de acuerdo?

—Y, en principio no.

—Fíjese usted que me dijeron que le convendría acudir si le interesa averiguar algo sobre el Parte de Salidas.

Ezequiel dio un paso atrás y se encontró con la pared. Estaba caliente, detrás del yeso debía pasar algún caño.

—¿A qué vienen tantas vueltas, Santamaría?

—Cuando uno es negro siempre tiene que cuidarse más que el resto de la gente.

—En parte lo comprendo. Yo soy judío, sabe.

—Ah, no, Adad. No es lo mismo. Lo suyo ya dejó de ser grave.

—Pero si no le entendí mal, la reunión no sería con usted. ¿De qué se cuida?

—Dejemos eso para después, ¿OK? No, la reunión no sería conmigo.

—¿Y entonces? —Ezequiel notó que el chico se había incorporado.

—No me envuelva, Adad. Le aseguro que no es peligroso.

—Está bien, explíqueme.

—Yo no tengo nada que explicarle —el negro sacó del bolsillo del pantalón un papelito verde doblado en cuatro—. Aquí tiene. En lo posible, vaya usted mañana por la tarde.

Ezequiel agarró el papel con dos dedos. Por un momento lo mantuvo alejado del cuerpo, considerando lo que las diagonales y las arrugas podían sugerir.

—¿Usted conoce a Selva Iribarren? —preguntó de golpe.

Desconcertado, el negro se puso a armar un cigarrillo, como si en la mesura para responder le fuera la libertad condicional.

—No sé, Adad. La verdad sea dicha, creo que no. En fin, puede usted llamar al guardia.

Se despertó de noche. Tenía un aviso de lumbago en la cintura y una sola mano enguantada, como si antes de caer en el banco hubiera querido encender un cigarrillo; pero lo extraño no era el guante sino la sospecha de no estar volviendo de parajes inopinados. *Es que vengo de la cárcel, no del sueño, o a lo sumo de un sueño donde me acorralaba un infante de marina negro.* No obstante tenía el papelito verde en el bolsillo del tabardo, de modo que en la Penitenciaría había estado de veras y sólo después el tiempo le había escamoteado alguna etapa. Pero si lo intrigaba ignorar cómo había recalado en un banco naranja, en una plaza incompleta con un limonero y la escultura de un aljibe, entre monoblocs semiocultos tras la ropa tendida, mucho más le urgía terminar de hundirse en las turbulencia que

lo iban envolviendo. *Destellos, pétalos, efervescencias a flor del remanso. Seguro que la serenidad ya no vuelve. Seguro.* Lo que faltaba averiguar era si había un monstruo removiendo los fondos barrosos o todo era un artificio de la luz, una fiebre de los huesos, contracciones del tiempo. *¿Un útero? Ojalá. Pero no: una trampa hecha con latas de conservas.* Le dio rabia pensar en la palabra trampa, como si pudiese contaminar la idea que tenía de Selva. *¿Qué idea?* Se frotó los ojos. Decidió no pensar más en el salto de tiempo. *Un hiato. Como muchos. Siempre falta algo, algo se pierde por el camino.* Y ahora se descubría mirando a las mujeres que rodeaban a un arpista vestido de paraguayo, un tipo con poncho, casi compungido en su dignidad, que se había instalado en una esquina de la placita. Medio protegido por un atril sin partitura, tocaba los arpegios de *Pájaro Choui* persiguiendo prolijamente a la orquesta que atacaba por el altavoz conectado a un grabador. Lo que a Ezequiel lo subyugaba, sin embargo, eran las mujeres, sus hieráticos contoneos, como si todas, incluso las dos bastante viejas que ahora se agachaban a dejar monedas en la funda del arpa, fueran indicios de la ausencia de Selva. Pensó en llamarla. Ahora tenía algo impresionante que contarle. *Impresionante,* repitió disgustado y desplegó sobre una rodilla el papelito verde. Lacónicamente, decía *Nairobi 314, P.B.* Pero un vector mellado tendía desde aquel punto a los entretelones del Parte de Salidas, o eso al menos había dado a entender Roy Santamaría, y a Ezequiel el mínimo latido de la tinta le alcanzó para levantarse y hacerle honor a la noche. Mientras se alejaba por una calle de adoquines, oyó que la orquesta guaraní se rompía como un cedazo sobrecargado y liberaba un ejército de voces prepotentes. *Veni, veni creator,* se rasgaba la aurora boreal, y después un silencio. No pasó mucho sin que el coro volviera a la carga. Convertido de golpe en un vuelo de flamencos asustados, huyó de los timbales, y los timbales, por fin, se dejaron triturar por diversos ruidos pastosos. El arpista interrumpió su canción. En las horas oscuras, todos los orificios de Bar-

das de Krámer supuraban la misma sinfonía, y Ezequiel estaba empezando a detestarla: no por estridente sino por ladina. Encontró una cabina y llamó a Selva. Como en el fondo no se atrevía a contar que estaban a punto de iniciarlo en un secreto importante, sólo le dijo que tenía algo urgente que consultarle. No había esperado que ella se negara. Estaba obligada a velar por el sueño del padre, que podía tener catarro, bronquitis o una simple jaqueca, pero que de todos modos se quejaba entre las mantas y la retenía. Con una voz declinante, como si se estuviera alejando en una góndola, le ofreció la mañana, la tarde siguiente; al final pareció arrepentirse y aseguró que ya lo llamaría ella. Ezequiel se impidió adelantarle que había estado trabajando por los dos. Habría roto el auricular si no se le hubiera ocurrido que tal vez una noche auspiciosa le tocaría volver a llamar desde la misma cabina. Por supuesto, no era improbable que esa nueva noche lo atendiera el hombre de la voz gangosa. Ya se veía dudando hasta la eternidad. Porque si la esencia del primer gesto de Selva había sido instalarle un espectro en el escritorio, bien podía ser que el viejo que a veces contestaba las llamadas fuera una segunda fábula. Hundió las manos en los bolsillos con tal violencia que sintió ceder la tela. En los alrededores del mercado Jacobici entró a un remate y vio cómo una de sus clientes, una francesa muy morocha, muy locuaz, se adjudicaba una horrible oca de porcelana. El ayudante del martillero envolvió la pieza en papel de diario y la mujer se la llevó hacia la noche con el temeroso entusiasmo de una amante perseguida. Él retrocedió hasta el mercado. Había en el suelo de linóleo una alfombra de lechuga podrida, agua de hielo y cajas de cartón aplastadas. Paró en el bazar y compró un farolito de kerosene y varios juegos de mechas. Con la bolsa de plástico colgando del codo salió y bajo el alero pidió un sandwich de chorizo. Lo fue masticando por la avenida del Progreso con la sensación de que también a él se lo estaban comiendo. En la primera bocacalle, apoyadas en la carrocería de una camioneta, dos mujeres jóvenes se miraban

sonriendo; la más alta, que aún tenía una correa ajustada arriba del codo, le pegaba pataditas a una jeringa de plástico. Ezequiel vio una gota de sangre en la aguja. Veinte metros más adelante tiró el sandwich a una alcantarilla. Le costaba caminar. Del inexpresivo cielo rosáceo caían cristales mansos como las caras de los espías. Arriba, en la marquesina de la torre de televisión, fluían letras digitales, raramente discernibles, acarreando noticias a lo mejor relevantes: CADO DESCENSO DEL NIVEL DE LOS HIELOS GROENLANDESES — — INICIARSE EL JUICIO DEL ESPAÑOL QUE ATENTÓ CONTRA EL PRESIDENTE NORTEAMERICANO — — REMO ARISTONDO DEFIENDE HOY LA CORONA MUNDIAL DE LOS WELTER — — DECRETAN ESTADO DE EXCEP. Los que se informaban no hacían comentarios. En casi todas las caras se entreveía ese compromiso entre las ilusiones y la astenia que les daba un fulgor embrutecido, bovino. Esquivando cuerpos, Ezequiel pensó que se había equivocado como un imbécil, que en el fondo Selva nunca le había exigido otra cosa que el aplicado afán de un catedrático y él, en cambio, pretendía apadrinarla. *Pero entonces queda otro asunto por aclarar. ¿Quién le dio poderes para que me trate como un pinche? No es justo, ¿no?* ¿Solamente agudeza esperaba de él, o quería mezclarlo en sus fábulas de vigilia? Porque la verdad era que no le faltaba tesón. Y a fin de cuentas, por el momento se había limitado a pedir. Eso lo calmó, porque le permitía, si no considerarla buena, al menos restarle egoísmo. Tres o cuatro cuadras después, bajo la opalina claridad del Shopping Center Bernasconi, un operario pegaba carteles de la nueva campaña municipal de limpieza. Ezequiel cerró los ojos. Dios le hacía tragar un rollo de papiro; el cuerpo se le iluminaba por dentro como uno de esos hombres de acrílico transparente que servían para estudiar anatomía; pero en su cuerpo no había esófago ni espinazo, sino un árbol de plata, el destino de una comunidad mal asentada. Sin dejar de caminar se despertó abrumado de escalofríos. Se apoyó en un jacarandá, y el jacarandá era plateado. No paró de correr hasta la calle Sinatra.

Ramiro no estaba en la oficina, cosa que lo alegró. Se sentó ante el escritorio dispuesto a leer lo que muchos años atrás, no podía saber cuántos, un tío no del todo comprensivo le había cosido a las pesadillas. Agarró la biblia y buscó el libro de Ezequiel. *Por lo tanto,* contaba el profeta, *abrí mi boca y Él gradualmente me hizo comer el rollo. Y siguiendo me dijo: «Hijo del hombre, debes hacer que tu propio vientre coma, para que llenes tus intestinos mismos con este rollo que te estoy dando». Y empecé a comerlo y llegó a ser para mí como miel por lo dulce.* ¿Dulce? Había que tener mucho cuidado. Mucho. Él conocía paranoicos de muchas clases: no era difícil despertarse un día creyéndose profeta, sobre todo cuando la vida todos los días se volvía complicada. Le dolía el estómago, tenía acidez. Quizás estuviera ligeramente enfermo, aunque no de comer sino de incertidumbre. Y hubiera salido a comprarse un reloj inútil, ampuloso, con calendario, cronómetro y coordenadas ortogonales, de no haberle importado un bledo apegarse a la enfermedad. A Selva no iba a tenerla del todo hasta que no le devolviera el fantasma ya confeso y purificado de una persona extraordinaria. Había que trabajar. Apenas movió la biblia, las hojas se acomodaron a la altura del versículo tercero del *Eclesiastés*. Ahí un Leopoldo había subrayado *Y he visto que no hay nada mejor que el que el hombre se regocije en sus obras,* y otro Leopoldo, receloso, no podía no ser así, riéndose de sí mismo, puteando, mordiéndose la lengua, se había hincado, con una línea errática, inconclusa, ante *Y felicité a los muertos que ya habían muerto más bien que a los vivos que vivían todavía.* La persona extraordinaria, empezó a comprender Ezequiel, eran dos pedazos de emoción mal hilvanados: igual que todos, peor que todos, no estaba de acuerdo con él mismo. Por lo menos eso era una noticia. Sintió ganas de llamarla a Selva, pero en ese momento sonó el teléfono. *Esto también es vanidad y un esforzarse tras viento* alcanzó a leer. A Sofía le debió doler que se le riera en la oreja.

—Qué contento, Ezequiel. ¿Estás con gente?

—No, estoy solo.

—Entonces te estarás volviendo loco. ¿Pensás seguir siempre ahí, trabajando como un desenfrenado?

—No veo otra salida. ¿Por qué? ¿Vos vivís del aire?

—No te enojes.

—No me enojo. Perdoname. ¿Cómo te van las cosas?

—Estoy ahorrando. Acá ya no me exigen tanto, y con el calor como menos. El doctor Fonseca... Es mi jefe, sabés... Nada más quiere que me ocupe de hacerle preparados, ordenar el laboratorio y los apuntes, y a la tarde...

—Sofía, vos creés que yo no le hago caso al Parte, y eso no es cierto.

—No, ya sé. Pero no tenés esperanza.

—Mirá, Sofía. Hace un tiempo me dieron una biblia. No es de la persona que la trajo sino de otra.

—¿De qué me hablás, Ezequiel? Te estás volviendo loco.

—Es la segunda vez que me lo decís.

—A lo mejor estoy un poco nerviosa. Bueno, voy a volver a llamarte mañana, ¿eh?

No llegaría a estar seguro de que toda la conversación hubiese sido aquélla, pero era la parte que se autorizó a recordar. Cuando colgó estaba amaneciendo. Se tiró en el catre. Encontraba a Sofía en una sucursal de correo, operando la espalda de una mujer joven; había palabras, pero se le confundieron con los ruidos de la calle. Se despertó encogido, volvió a dormirse y ya no soñó.

De nada le valió bajar fragante y afeitado: esa tarde estaba todo el mundo histérico. No bien pisó la vereda, memorizó la dirección y por las dudas rompió el papelito verde. En la esquina de Sinatra y el Paseo Marsella, entre las rotativas que todavía no se habían llevado, Ramiro blandía un taco de billar ante un sujeto pálido que lo miraba fijamente, como a veces los espías, dejando que el otro se imaginara las preguntas. A Ezequiel lo sorprendió que el tipo obligara a Ramiro a mostrarle la cédula de residencia. Retrocedió hasta quedar pegado a una azafata de sauna. La chica le explicó que, desde una moto, dos encapuchados le habían robado la cartera a una vieja que estaba comprando maníes. Ramiro había salido del billar a perseguirlos con el palo, pero un enjambre de autómatas de mirada compasiva le había cerrado el paso en pocos segundos. La chica deducía que los ladrones también eran funcionarios. Y si no era normal que uno de esos tipos fanfarroneara pidiendo documentos como un policía cualquiera, más raro le pareció a Ezequiel que, al leer el nombre de Ramiro, despachara a sus colegas y a regañadientes mandara despejar la vereda.

Como sometido al viento que revolvía ramas, plumas de gaviotas y neumáticos cortajeados durante todo el viaje en el Octavo, Ezequiel sintió el trabajo del rencor. Le parecía que avanzaba sobre dunas hacia un garito lleno de ropavejeros. Bajó en Nairobi y Villafañe, frente a un negocio de ropa interior y un cine de mala muerte, y tuvo

que retroceder cincuenta metros. En el 314 había una puerta de doble batiente, color verde manzana, hendida por dos ventanas estrechas como ojos de esquimal y adornada con una calcomanía: apoyado en una seta, un gnomo enarbolaba un pene desmesurado. Aunque alguna vez había entrado a un pornoshop, Ezequiel no esperaba el tufo de desodorante ambiental que se le abalanzó al empujar la puerta. No había nadie mirando las revistas ni los consoladores de los estantes. Solamente detrás del mostrador, con el codo apoyado en una almohada, un pelirrojo con gorra de visera e impermeable verde oliva miraba una película de karatekas. Daba la impresión de que la sangre que corría en la pantalla se le reflejaba, más que en los iris, en la brillante frente pecosa. Ezequiel se le acercó.

—Una persona me dio esta dirección —dijo.

—¿Perdón? —dijo el pelirrojo con acento inglés—. ¿Es por algún servicio en especial?

—No. La dirección me la dieron en la Penitenciaría. Yo me llamo Ezequiel Adad.

El pelirrojo se echó la gorra hacia atrás y apagó la televisión.

—Señor Adad. Qué estupendo. May I...? Le pido... Si fuera usted tan amable de esperar un momentín.

Aparatosamente puso pie en tierra. Ya estaba por dar vuelta al mostrador cuando en el fondo de la sala se agitó una cortina y apareció Lorna Mac Dermott, la mujer que Selva le había presentado a Ezequiel en la peluquería, resuelta, fulgurante, vestida con un traje sastre gris. Acercándose, le tendió la mano izquierda.

—Es una inolvidable emoción, señor Adad —dijo, presionando ella también las vocales—. Quiero decir, que usted haya venido tan pronto.

A Ezequiel le costó explicarse, no sólo por desconfianza sino porque nunca había visto una belleza tan espúrea y tan palpable como la de esa mujer. Del pelo rubio, de los ojos amarilloverdosos, la mala luz del negocio arrancaba todos los matices de un bosque fotografiado al final del verano.

Y sin embargo esos colores no daban calor. Se le ocurrió que si no hubiera tenido ojos, igual habría seguido siendo hermosa por la pura aura helada que le nacía de las líneas del rostro.

—¿Selva está con usted?

—Oh, no, no —dijo Lorna riéndose de golpe a fuerza de voluntad—. Sólo está mi primo, ya ve. Bruce fue sido expulsado del cónsulado irlandés. A causa de que él dicen que ha conspirado.

Quizás porque lo fascinaba la inane justificación, Ezequiel no notó que el pelirrojo se apartaba, volvía por atrás de él y desplegaba un mantón. Con ese mantón le envolvió la cabeza. Torpemente, Lorna soltó palabras tranquilizadoras, pero Ezequiel no sintió más que el aliento rancio de cerveza que el irlandés le volcaba en la nuca. Por lo demás, no supo cómo defenderse y los brazos del otro eran como vigas. Una vez que consiguieron sacarlo a la calle, lo tumbaron en algo que parecía la caja de una furgoneta. Unos quince minutos después le pidieron que bajara y lo guiaron por una escalera, en medio de un olor a desodorante más fino que el del pornoshop, mientras Lorna le susurraba inacabables disculpas y alabanzas con una voz de tafeta nevada. Cuando le sacaron el mantón, mientras le desataban las manos, se encontró sentado en un sofá de pana acaramelada, en una habitación enchapada en madera, abundante de dibujos eróticos nepaleses. No tardaron en ponerle un vaso de whisky en la mano y una cigarrera dorada ante la nariz. Él negó con la cabeza. Alcanzó a ver que Lorna tenía las uñas bien cuidadas pero sin pintar. Ella, dando dos pasos al costado, descubrió un escritorio de caoba detrás del cual se erguía el hombre nariz de buitre que Ezequiel había visto un par de veces, una de ellas abordando a Ramiro y Carmelo Ildebrandi.

—Le ruego encarecidamente que no me juzgue mal —dijo el hombre apoyando los codos en el escritorio.

—¿Cómo no tiene vergüenza? —dijo Ezequiel.

—Señor Adad, voy a ser concreto —siguió el otro. Te-

nía una voz baja, bastante monótona y sin embargo sacudida por un vibrato, como de alguna manera la seguridad que transmitían los ojos negros y las cejas espesas estuviera amenazada—. En primer lugar, quiero que sepa que me enorgullezco de conocerlo, aunque el trato dispensado en principio sugiere otra cosa. Pero, en fin, veremos cómo me reivindico. En segundo lugar, no espere más disculpas. En tercer lugar, presentaré mi personalidad y objetivos. Me llamo Orlando Chalukián. Creo estar enterado de que usted oyó mi nombre por lo menos una vez.

—Selva te nombró ante el señor Adad —dijo Lorna con una infrecuente mezcla de precisión y redundancia—. En la peluquería. No recuerdo bien. Creo, la otra noche.

—Sí que te acordarás —dijo Chalukián con una sonrisa generosa. A Ezequiel esa sonrisa lo desubicó, porque la cara parecía no darle cabida, enjuta, parca, afligida y solemne como era. Fuera de ella, los únicos signos de movimiento interior eran una arruga en la calva y una manera de fruncir la nariz con hondura, como si estuviera venteando jabalíes. Pronto pudo saber de dónde le venía: Chalukián abrió una caja de porcelana y, hundiendo una cucharita, la sacó cargada de coca para llevársela a la nariz. El paso siguiente fue convidar a su mujer. Por fin, aceptando la negativa de Ezequiel, siguió hablando, metódico y ceremonioso—. En cuarto lugar, amigo Ezequiel, estoy organizando una conspiración.

Ezequiel se movió en el sofá. No sabía dónde apoyar el vaso y ya había terminado el whisky. Le pareció que Lorna le servía más.

—¿Quiere que le diga la verdad, Chalukián? A mí todo este circo me revienta. No me gusta que me empujen, y lo peor es que no sé defenderme. Otra cosa que no me gusta es la coca, ni las cosas arrevesadas, ni no saber.

Chalukián juntó los dedos como un cura.

—Mi más ferviente deseo es que nos llevemos bien, Ezequiel. Porque yo a usted lo necesito.

—¿Sí? ¿Y también necesita a Ildebrandi?

—¿Carmelo Ildebrandi?

—Oh, usted es mucho más. Superior —terció Lorna—. Y nosotros lo apreciamos —se pasaba los dedos por el pelo y el pelo relucía como si lo hubieran sembrado de lentejuelas.

—Mi esposa se lo está diciendo, Ezequiel. Sabemos, a buen seguro, que usted es un gran profesional.

—No se imagina cuánto le agradezco el elogio. Ahora, si me dejara volver a mi oficina... Mire, yo acá no me siento bien.

—No tengo el menor inconveniente en ponerlo... en libertad, digamos. Pero es mi opinión que sería una oportunidad perdida.

—¿Usted quién es? —Ezequiel se inclinó hacia adelante y, poniendo el vaso en el suelo, apoyó los codos en las rodillas.

Chalukián dejó escapar algo que podría haber sido una risita autocompasiva pero más se acercaba a la tos. De todos los ciudadanos de Krámer que Ezequiel había conocido, no era el que menos futilmente perseguía alguna forma de naturalidad. Pero la naturalidad había demostrado estar reñida con las técnicas de supervivencia.

—En un tiempo de mi vida yo vendía corbatas. Antes había vendido otras cosas, por ejemplo sacacorchos, aunque de las corbatas tengo mejor recuerdo. Con el correr de los años me hice fabricante. Le parecerá extravagante, pero todavía me gusta estrenar una corbata por semana. Distorsión profesional, que le dicen. En fin... Era viajante y fabricaba. Cuando llegué a la madurez, el azar me sorprendió en esta ciudad, anclado, con un capitalito y lleno de inquietudes. No quería anquilosarme, si usted me comprende. Así que para ir ganando tiempo, cambié de rubro. Usted habrá visto que tengo un pornoshop. Bueno, la verdad, tengo más de uno, y algunas casas de masajes, una de ellas en este mismo edificio. De paso: por supuesto que si después se le ofrece una chica, bueno, estamos para lo que usted ordene.

—No veo qué tengo que hacer yo en una casa de masajes.

Lorna se dejó caer en un puff, y al sordo sonido del aire comprimido los dos hombres le miraron las rodillas descubiertas.

—Nuestro amigo está muy más allá de esas cosas, Orlando —dijo estirándose la pollera—. ¿No es así, Ezequiel? Pero voy a explicarle algunos más detalles. Orlando era... despierto, agudo. Y voluntarioso. Yo, mi padre era joyero. Estaba de viaje por la Patagonia cuando heredé. De modo, así, que tenía dinero y nunca había conocido un caballero interesante. Cómo es esa palabra que usan... ¿Flechazo? Si le comento, Ezequiel, que estos muebles se compraron hace mucho tiempo con dinero mío, es para justificar mi presencia. Más nada.

Ezequiel no pudo digerir la historia porque Chalukián siguió hablando.

—Creo que usted me preguntó por qué hice mención a las casas de masajes. No a ésta, sino a otra de mi cadena, Ezequiel, viene periódicamente a satisfacer sus caprichitos el Alcalde. Él, al margen de ser un mequetrefe y un zanahoria, es un ser humano de carne como todos nosotros. Ahora bien, yo... lo aborrezco, con perdón de la tilingada.

—La mala cosa es lo que ese hombre representa —dijo Lorna con una envarada fogosidad.

—Sigo sin entender de qué juego yo en todo esto.

Chalukián se administró un poco más de coca.

—Estoy en condiciones de asegurarle que si yo matara al Alcalde, o lo hiciera morir, como si dijéramos, me sería muy fácil tomar posesión de la Alcaldía.

—De eso no me cabe duda. Hasta que vayan a sacarlo.

—No puedo explicarle por qué, pero lo cierto es que no me sacarían. Y yo estaría en condiciones... Vale decir: yo, mi mujer, un grupo de amigos y colaboradores, y hasta usted mismo, por qué no, estaríamos en condiciones de hacer de esta ciudad, no le voy a mentir que un vergel, pero sí algo más humano.

—Lo único humano que conozco acá es irse a otra parte.

Desde el puff donde estaba Lorna un tintineo de vidrio le impidió seguir. Colorada, los labios apretados, ella se servía whisky, con el vaso sobre la falda y la botella en la mano izquierda, temblando como si estuviera desnuda.

—Solamente los débiles se preocupan de retroceder, Ezequiel —dijo mojando un dedo en la bebida—. Nosotros estamos... somos diferentes. Aquí en la ciudad hay mucha obra por hacer, mucho progreso por la gente. A mí nadie me podría pedirme que viese la agonía con los brazos cruzándome, ¿comprende usted?

—Tenemos buena materia prima —agregó Chalukián—. Miles de individuos que esperan estímulos, alicientes. Tenemos que pedir créditos para mover cosas nuevas. Revitalizar las industrias que quedan, hacer programas de entretenimientos sanos por la televisión y formar coros infantiles en las fábricas desmanteladas. No sé... También hay que mejorar los transportes.

—¿Le parece?

—Bueno, a lo mejor es más importante restaurar edificios. Eso ya se discutirá.

—¿Y el Parte de Salidas? —preguntó Ezequiel sin mucho interés.

—Eso no depende de nosotros. Sea como sea el desarrollo de nuestra... aventura... nuestra maravillosa aventura, en Krámer estamos bajo control de la Fuerza Interamericana. Pero precisamente usted...

—Todavía no dijo nada que me toque de cerca.

—Bah —dijo Lorna—. Usted está jugando a hacerse el desentendido. Escribe palabras, ¿verdad? Escribe documentos, cosas así. ¿Cómo podrá ser irresponsable?

Ezequiel había descubierto que clavando las uñas en la pana del sofá podía proporcionarse cierto alivio.

—¿Me contestaría una pregunta, Chalukián?

—Con el mayor agrado, siempre y cuando esté dentro de mis posibilidades.

—¿Quién era Leopoldo?

—Eso está dentro de mis posibilidades —dijo Chalukián, aparentemente sin alterarse—, pero no de mis atribuciones. Yo no hablo de asuntos ajenos.

—¿Y Selva Iribarren?

—¿Me está preguntando quién es?

—Cuando te vienes irónico eres despreciable, Orlando —dijo Lorna.

—Le pregunto cuánto sabe ella de todo esto.

—Selva no está enterada de nada, salvo de que usted es para mí una persona muy estimable. Y a ella, dicho sea de paso, usted no le cae nada mal. Pero no quisiera excederme.

—Mejor no se exceda.

—Macanudo. Entonces íbamos diciendo...

—A mí estas cosas me ponen muy nervioso, Chalukián. No sirvo. No me gustan y ya veo que no nos vamos a poner de acuerdo. ¿Por qué no me deja tranquilo? Le prometo que no voy a abrir el pico.

—Pero si no se trata de eso. Además, lo entiendo muy a fondo. Vea, yo descubrí hace tiempo, así, en un chispazo, que tengo pasta de hombre de estado. Para qué vamos a andar con falsas modestias. Yo barrunto... Hay una frase... Zapatero a tus zapatos, eso me está queriendo decir. Pero justamente, ¿le parece bien mi planteo, la idea de que en Krámer hay que hacer otra cosa?

—No soy una autoridad en la materia.

—Faltaba más. Ya se va a ir interiorizando. Pero bueno, convengamos que en principio le parece bien. De acuerdo. Yo voy a llevar esto a cabo. Ya lo puede ir sabiendo. Voy a matar al Alcalde y tomar el poder. Pero necesito que usted colabore.

—¿Que colabore cómo?

—No se chupe el dedo, Ezequiel. Alguien tiene que escribir el programa de gobierno, los bandos, las alocuciones en un lenguaje claro, fluido, ameno, florido y comprensible.

Ezequiel soltó una carcajada sincera.

—Para mí eso no existe. Yo escribo cartitas... Qué sé yo. Petitorios, publicidad.

—¿Y le parece poco? Mi alternativa está entre usted e Ildebrandi —dijo Chalukián levantándose. Rodeó el escritorio y con una calculada soltura se apoyó en el borde, como si a medio metro de Ezequiel le lucieran más los pantalones de terciopelo—. Hace un rato soñé que era maestro de escuela. Era tristísimo, sabe, porque yo era consciente de que no podía escribir en el pizarrón.

—Pero si ya lo has dicho —se apiadó Lorna—. Zapatero a tus zapatos. ¿O es que ahora vas a retroceder?

—Yo soñé que presenciaba una operación —dijo Ezequiel—. Era repulsivo.

—Pero en mi sueño usted me soplaba lo que tenía que dictarles a los alumnos. Y yo le daba un premio.

—¿Tan magnánimo era?

—Depende de cómo se mire. En general me considero bastante desprendido, es decir, en la vida verdadera. Por eso le ofrezco el permiso de salida para usted y Selva Iribarren, sin rodeos ni subterfugios, a cambio de que colabore con nosotros.

El corazón de Ezequiel dio un salto.

—No me chicanee —dijo, atónito—. ¿De dónde sacó que Selva y yo queremos salir juntos?

—De ninguna parte. Lo único que yo sé es que los dos quieren salir. Claro, es una imaginación como cualquier otra. Y suponiendo que sea cierta, pueden aprovechar la oferta como se les dé la gana.

Más tarde, no al final porque nunca encontraría correlaciones para encuadrarlo, aunque sí en un momento con peso y amplitud como una maciza bola de plomo, iba a preguntarse si era eso que reconstruía todo lo que había llegado a conversar con Chalukián; y se diría que de todos modos era suficiente, y que además tenía un recuerdo inconfundible, de ésos tan ligeramente exactos que seguían a la gente como una aureola o un moscardón. El recuerdo sería que, antes de despedirlo, Chalukián le había dado un abrazo, de modo que él, hostil y sin embargo pasivo, no había podido esquivarle el olor. Era un olor alcalino, filantrópico, parecido al de ciertos farmacéuticos que fumaban con boquilla. Aunque lo tuvo en la nariz mientras volvían a vendarlo, después, en el fondo del coche, el mareo se lo fue transformando en una noción remota. Como la marca de una frenada en el asfalto, se superpuso al de Lorna, que era de lavanda, y al de madera de saúco y clavo y encono del cuello de Selva. Haciendo ese inventario consiguió no dormirse. Cuando el irlandés le sacó le venda, Ezequiel se encontró con la estructura metálica del monumento al OVNI. Lorna le abrió la puerta sonriendo y lo dejó bajar. Solo con su turbación, él contempló al coche alejarse en el crepúsculo incoloro. Le pareció que Lorna le había dicho algo, quizá que esperaban mucho de él. Dio media vuelta. Sobre la avenida Fraternidad, en la ventana más ancha de La Rosa del Desierto, el Empecinado, no hacía mucho a juzgar por la gota que iba resbalando desde la última letra, había escrito PASE AL FRENTE. SOLIDARÍCESE CON SU MEDIOCRIDAD. Más allá, en la pared, al lado de una valla, decía QUISIERA ESTAR SOLO PERO SOY VACÍO, y abajo, como una posdata, QUIERO UNA MUJER. Abotagado, Ezequiel empezó a acercarse a la cuadrilla de limpieza que a veinte metros de la esquina estaba bajando de un camión. Sólo frenó al darse cuenta de que no era ningún derecho lo que pretendía defender, sino su propio, tardío y paralizante descubrimiento de que en Krámer había alguien más en condiciones de idear frases coherentes. Era una lástima no poder disfrutarlo. Últi-

mamente todo el mundo lo cargaba con una montaña de promesas, alabanzas y espejismos que pesaban como ataúdes. Como siempre que empezaba a indignarse, tomó un taxi hasta la casa de Tadeo. Encontró la puerta abierta y la barricada venida a menos, todavía sin recomponer, como sometida a onerosos proyectos de restauración. Saltando por encima de un Napoleón de yeso con un estilete atado al brazo, entró al quieto caos de la sala de meditación. El húngaro estaba doblado sobre un tablero de dibujo, escrutando dos conos de vidrio que había puesto sobre una toallita almidonada. Era evidente que las visitas lo inquietaban menos que el estado de la nieve en las pistas de esquí del Tirol, y Ezequiel, más por agotamiento que por cautela, se quedó espiándole el martilleo tosco de los dedos, las brechas que cada suspiro abría en la barba, hasta que el calor de la estufa se le metió entre la ropa y lo venció. El húngaro encendió un mechero bunsen y lo acercó a uno de los conos. Ezequiel vio el departamento entero incendiado.

—Me secuestraron —dijo.

—¿Qué decís? —preguntó Tadeo.

Ezequiel no pudo esperar que el húngaro terminara la ceremonia de cambiarse de anteojos para girar en el taburete. Como si ya hubiera testamentado, cayó redondo al suelo, a medias entre una capa de aserrín y la piel de oveja. Puede que nunca antes el húngaro hubiera visto una persona temblando con tanta pasión, pero también era la primera vez que Ezequiel lo descubría en cuclillas, la panza contra los muslos, mordiéndose el labio, parándose de nuevo para ir a buscar caldo, y grappa, y una manta con olor a naftalina y una almohada para ponerle bajo la nuca. Al poco rato pareció comprender que el cuadro no era de fiebre sino de impotencia, de modo que, acercando una silla, asumió una expresión de nodriza desconfiada.

—Escriba —dijo—. Escribita. ¡Carajo! Qué alma mala tenés, mirá cómo te maltrata el cuerpo. ¿Qué más pasaba ahí, en lo oscuro?

Ezequiel tragó un sorbo de caldo y dejó el tazón al costado.

—Ma qué en lo oscuro. Me secuestraron de veras. Con una venda en los ojos y haciéndome dar vueltas por la ciudad tirado en un coche.

—Como en una novela de Stevenson, celebro. A Tadeo nunca me pasan aventuras. ¿Y torturas chinas? ¿Hubo?

Ezequiel le pidió pan, comió toda la flauta que el húngaro le ofreció y contó sin mucho orden la conversación con Chalukián. A medida que se enteraba, Tadeo iba hundiendo los pulgares en los mofletes, dejando que sólo los ojos líquidos se le movieran detrás de los lentes como queriendo unir imposibles puntos de fuga. Al final se puso a limpiar los anteojos con un pedazo de papel higiénico, y Ezequiel se dio cuenta de que estaba triste.

—Bueno, che, no es para tanto —le dijo—. No viene mal un poco de movimiento, aunque es una pena que el combustible llegue desde altas esferas. La puta que lo parió. Yo creía que tenía un trabajo en la vida, y ahora veo que en realidad me lo enchufaron. Estaba tranquilo porque no había elegido nada.

—¿Y de golpe te toca dar una respuesta? ¡Jajá! A Tadeo no me convence el planteo, Escriba. —El húngaro sacó un pañuelo, se sonó la nariz y después lo dobló con toda prolijidad—. Malicio que los poderosos te tienen sin cuidado, ni un gramito. Que te juzgás a salvo de la alcahuetería. Ese complotador es un botarate, ¿no?

—A lo mejor. Pero yo creo que no lo va a parar nadie.

—¿Y entonces? Lo que te desvela no es el programa político, ni la honradez, ni ocho cuartos. Decime, ¿qué es? ¿Que se entienda con Ildebrandi a escondidas? ¿La ética de tu misión? Nanay, Escriba. Qué va. Tadeo veo que te atormenta el futuro. ¡Atormenta! Bueno, esa mina Iribarren...

—No la quieras mal, Tadeo.

—Si ni siquiera la conozco.

—Ella vive para salir, ¿no te parece?

Ya hacía un rato que el húngaro se rascaba la espalda

y luchaba sin éxito por encontrar una posición cómoda. Cada vez estaba más preocupado. Resoplaba.

—Quién sabe si no es eso lo más sabio. Tadeo no me engaño, Escriba: en el futuro, al final, está la Parca. Digamos: la verdad. Y Tadeo le tengo miedo. Los que quieren salir no, o no saben que con las muchas posibilidades también viene la de crepar, que es la única segura, como relleno de bombón. Francamente, opto por apoltronarme en Krámer, que flor de tapón tenemos respecto de días venideros. ¡Como si no existieran!

—Pero para estar acá hay que ser como las torres de petróleo. Una conserva llena de hongos, hay que ser. Una pelusa, un travesti.

—A Tadeo no le pongas nombres, oyendo, ¿eh? Tadeo no me visto de nada.

Ezequiel miró para otro lado. Incorporándose, se apoyó en un codo.

—Sabés, últimamente siempre pienso que estoy perdiendo el tiempo.

—¡Literalmente! —se iluminó Tadeo con un súbito zapatazo en el parquet—. Entiendo adónde vas apuntando. Pero no es que vos lo pierdas, al tiempo, o yo, a esos mapuches, o el Alcalde. Es que está perdido. Por eso cada cual se las arregla para darles encuentro. Verbigracia: Tadeo me fabrico una clepsidra, casera nomás, fruto de cálculos duros, para intercalar algunos lapsos de clara silueta en la bruma. Otros hacen distinto. Vos has elegido enamorarte. El amor es como un metrónomo.

Ezequiel se subió la manta hasta el cuello, como si toda calidez se fugara por la boca de azufre del húngaro.

—No es eso solamente. Me empezaron a aparecer marcas, mojones. Cosas que no están en la voluntad.

—¡Al carajo! —El húngaro escupió con saña, como si quisiera desafiar a un aristócrata—. ¿Todo tiene que ser voluntad, para vos? ¿Qué querías? ¿Que de pequeñito, al nacimiento, te hubieran dictado tu destino entero para tener previsto cada paso? Y bueno, no es así. No sabemos la ven-

tura, hermano, ni hay gitanas cerca. El azar llueve a puñados, acá, lo tiran como maníes a los monos. Algo se sabe, no obstante. A Tadeo, por ejemplo, la política no se me da bien.

—No me cabe duda. —Ezequiel aceptó que nada podía darle entrada a la contemplativa tozudez del húngaro. Ni palancas ni escalpelos iban a servirle, y era un peligro, porque no era en esa operación donde él tenía que mostrar agallas. Trató de gobernar el temblor—. Pero no sé si te fijás que es a mí al que le proponen hacer carrera. Y no estaría mal que el narigón ese... Porque después de todo una empresa, una forma cualquiera de reconstruir, también puede servir de reloj. Lo que me pica es que me dé todo servido. Lo pinta demasiado fácil.

—Podrías ir preguntándole qué va a haber que propagandizar. No es lo mismo poner orden que convocar asamblea. Es un decir.

—Yo tampoco sirvo para la política.

—Pero aspirás a esa Selva Iribarren.

—Depende lo que cueste.

—¡Cachorro de fascista! ¿Y ella no cuenta? Pero además mentís. A esa la querés a cualquier precio. Tadeo sé que los débiles somos así. Adirittura, conozco cuánto te gustaría tomarte el raje.

—¿Y vos nunca te preguntás cómo te iría en otra parte?

El húngaro se dio vuelta y movió los conos de vidrio sobre el tablero. La luz de la lámpara les pintaba vetas irisadas. Por fin los dejó para volver a enfrentar a Ezequiel.

—¿Vos sabés por qué me escondo?

—Será para darle un susto al Empecinado.

Lentamente Tadeo se sacó los anteojos y los puso junto a los fragmentos de la futura clepsidra. Durante un rato estuvo silbando algo no muy diferente a *Siboney,* hasta que con un chasquido de los labios se interrumpió para prender un purito. Si alguna vez, siglos más tarde, llegaba a entrar a Krámer una expedición arqueológica, pensó Ezequiel, iba

a encontrar al húngaro sentado en esa silla, silencioso y hermético como un oso polar.

—A vos el Empecinado no te importa mucho —dijo—. ¿Será porque te escuece la competencia? Chi sà. Pero él no se presta a los embustes. En vez de consentir, juega, el asesino. ¿Eso te duele?

—Puede ser —dijo Ezequiel ansioso—. Algo me molesta... Yo podría haber hecho lo mismo que él.

—No se te habría ocurrido nunca, Escriba.

—Bueno, seguí persiguiéndolo, entonces.

El húngaro asintió con un descoyuntado movimiento de cabeza.

—¿Y cómo te va con la investigación? —dijo después de una pausa—. Del que le dio la biblia a Selva, aludo.

—No mezclés, Tadeo. Eso es otro asunto.

—¿Es otro asunto?

—El punto se llamaba Leopoldo, según ella me dijo. Y yo creo que no era buen lector. Más bien leía al tuntún, buscando frases sueltas para repetir por ahí, hasta que un día fue empezando a entender. Si lo mirás bien, el *Eclesiastés* es bastante deprimente. Y Leopoldo, en fin. No sé si era un farsante o creía de veras que todo es vanidad. A lo mejor tenía miedo.

—¿De Iribarren? ¿Del complotador?

—No está nada claro. Todavía no sé si no es invento de Selva.

Levantándose con un impulso reumático, el húngaro se caló la gorra hasta las orejas.

—Bueno, Tadeo tengo que ir a cambiar una válvula de televisor. Pero meteré la mula. No voy a reparar un pimiento. —Le pasó a Ezequiel un cenicero y el purito baboso a medio consumir—. A Tadeo... me parece que no siempre las cosas pasan en otra parte.

—¿Lo decís por el complot o por el Empecinado?

—Ésos son sólo ejemplos.

No bien oyó el portazo del húngaro, Ezequiel se dejó caer en una resaca espumosa de peces muertos. Olas bajas

lo arrastraban a la orilla; la lluvia le golpeaba la ropa. Se despertó con dolor de cabeza. Volvió a dormirse. Había una habitación con radios, teletipos, consolas, divanes y vitrinas con minerales, sin ventanas, sólo aireada por un extractor, en donde campeaba un mal difuso y abstracto; se quedaba inmóvil, pegado a una estantería, y desde ese rincón veía entrar una muchacha, quizá novia de Ramiro, decidida a hablar por teléfono; y, tal como él ya sabía sin saber, apenas un índice de uña larga discaba el primer número, uno de los muchos mecanismos arteros escondidos hacía caer una máquina de escribir en la cabeza de la chica. Se despertó de nuevo. Después, a la madrugada, un rumor de camión de basura se le mezcló con palabras de Chalukián y de Selva y una sonrisa de su madre, no de ella realmente sino del umbroso enigma de una foto que alguien le había sacado en las barrancas del Paraná: una mujer de lívidos labios gruesos y mejillas de pecas grandes. Entonces sí que se despertó. *Algún aniversario. El rebote de una fecha, la punta de un recuerdo.* Pocas veces soñaba con ella. Se resignó a usar la ducha y las dos toallas del húngaro, desayunó unas tostadas y bajó a la calle. En la vereda, sentados en cajones de vino alrededor de un araucaria enjoyada de rocío, seis o siete mapuches con raídos sobretodos militares asaban chorizos en una fragua. De una rama colgaba un parlante unido con un cable a alguna radio oculta en los fondos de la portería. Como la radio estaba mal sintonizada, en el aire cortante se oía una mezcla de ritmos de discoteca y canción napolitana. Ezequiel ya enfilaba para la esquina cuando un acorde de trompas y clarinetes y flautas le dio entre los omóplatos. Denso, despótico, un tramo del primer movimiento de la octava sinfonía de Mahler se adueñó de las baldosas, los parterres y las puertas descascaradas de tal forma que él, que ya no podía confundirse, no quiso pensar en el resplandor de un cometa. Porque esa música se imponía sin alegrar. Era falso furor; no llegaba del aire sino de la gruta de basalto donde en un tiempo había fermentado el petróleo.

A la salida del Barrio Sur tomó el trolebús hasta Plaza Soberanía. Hacía frío en los asientos de hule, aunque más frío le daban los nervios, la vergüenza y la duda. No sabía bien qué cosa había querido decirle el húngaro: esa retórica contrahecha no era una forma de pensamiento sino adorno de la tozudez. Y sin embargo de algo habían estado hablando, y se le ocurrió que en todo caso no del deber, porque el único que creía en el deber era él; *y encima más por miedo a las represalias que por sentido de la responsabilidad.* El húngaro, a lo sumo, había mentado la imaginación; y era una suerte. Que improvisara, le había estado diciendo, que no fatalmente tenía que venderle el alma a Chalukián por tratar con él, y que si de verdad andaba buscando inspiración más le valía cambiar las ideas sobre sí mismo. Pero también que la fantasía no respiraba bien a la sombra de las transacciones. *¿Todo eso me dijo? En el fondo, que me cuide de negociar. Pero sobre todo que le ponga cascabel al tiempo, porque como va pasando de rápido, de mezclado, las cosas se me hacen humo antes de tomarles gusto.* Bajó frente al campanario de Nuestra Señora del Golfo. Dos o tres familias se apretujaban alrededor de los vendedores con la ostensible esperanza de comprar objetos no del todo inútiles: paraguas de mango retráctil, azúcar morena, galletitas inglesas, licuadoras ultrasónicas. Ezequiel luchó por mantener los párpados abiertos y, masajeándose la base del cuello con una mano aterida llegó al solar del parque de diversiones. A la izquierda de la casamata de tiro al blanco había varias mesas con sombrillas; se desplomó en un sillón de hierro for-

jado y, antes de que le trajeran el vino que pidió, la oscuridad terminó de engullirlo. Después bajaba por el Paseo Marsella entre anuncios de liquidaciones y una pintada del Empecinado que decía ¿Y A MÍ QUÉ ME IMPORTA?, pero cuando estaba por doblar por Sinatra, el camboyano, limpio, alborozado, jadeante, se asomaba a la puerta de los billares La Onza para invitarlo a un café. Ezequiel se metía atrás de él en un ambiente saturado de tabaco y vapores humanos; el camboyano, ofreciéndole una tostada con miel, lo incitaba a admirar la parsimoniosa destreza con que una mujer conseguía una serie de diecisiete carambolas a tres bandas. Era bajita, elástica, de huesos chicos, blanquísima de piel, con el pelo renegrido. El camboyano, que apostaba a favor de ella contra el rencor de los habitués, le contaba a Ezequiel que era italiana y novia suya desde la noche anterior. En seguida se esmeraba en explicarle las incomodidades de amarse en el suelo, y le preguntaba si él no podía prestarle el catre de vez en cuando, no la oficina sino el catre solamente, asegurándole que ya se encargaría él de bajarlo y subirlo. Como entretanto ya le había presentado a la italiana y ella era activa y simpática, y contestaba enseñando los dientes a los pellizcones que le daba el camboyano, Ezequiel respondía que sí, que por supuesto usara el catre cuando quisiera, salvo si lo veía entrar a él con alguna muchacha; y la palabra *muchacha* quedaba en el aire mecida por una bizarra camaradería. Con la bendición de los amantes se iba del café, seguro de que si no llegaba pronto a la oficina podía perder a Selva. Al abrir la puerta se encontraba a Ramiro con los pies sobre el escritorio y el teléfono en la oreja, los ojos estrábicos por el placer de alguna información, olvidado de los clientes que dormían contra los Atlas y, peor todavía, de la nena que arrodillada en el sofá dibujaba una avioneta verde en el papel de la pared. No le hacía falta cerrar de un portazo para que el secretario colgara: daba toda la impresión de un tipo descubierto y enchinchado. Pero cuando Ezequiel le preguntaba qué hacía Alina en

la salita, del balbuceo fraguaba tristeza para mostrar un sobre abierto. Dentro del sobre había una hoja de papel cebolla y en el papel una nota: «Mujer y yo nos marchamos. Alabada sea la Fortuna. Mas la niña no es hapta. Usted, cuídela. Agradecidamente.» La firma de Belarmino Mendoza no era tan sostenida como el aliento de su estilo, pero a Ezequiel le bastaba para sentirse miserable. Con todo, Ramiro le daba ánimo y entre los dos se las arreglaban para sentar a la nena en el escritorio, entre mordiscos y chillidos, hasta que Ezequiel recordaba una palabra, la palabra *cut,* y la repetía varias veces, y de golpe a Alina se le encendían los ojos, y torcía la boca para soplarse el flequillo, y ella también gritaba: *cut.* Un camarero impecable le dio una palmada en el hombro. Ezequiel hubiera jurado que ya lo estaba viendo antes de abrir los ojos doloridos. Pagó el vino que no había probado. Hacía tanto tiempo que no soñaba un sueño tan largo que al alcanzar la esquina del Paseo Marsella y Sinatra temió encontrarse con el camboyano. Pero por más que hasta la oficina no le saliera nadie al paso, adentro sorprendió a Ramiro hablando por teléfono, a tres clientes dormidos contra los anaqueles y a Alina garabateando la pared con un lápiz verde. Al lado de ella, en un rincón del sofá, había una valija de cuero labrado y un sobre con el remitente de Belarmino Mendoza. Dentro del sobre había un cassette.

—Es del padre, me parece —dijo Ramiro colgando—. ¿Quiere escucharlo, jefe?

—¿Para qué? Supongo que ya lo habrás escuchado vos.

—Desde cierta medida.

—*En* cierta medida. ¿Con quién hablabas?

—Señor más juggurí. Zuiiimmmm, ¿eh? —dijo Alina.

Ezequiel se dio vuelta como si se le hubiera caído una credencial invisible.

—Zuim —repitió Ramiro—. ¿Usted cacha algo?

—Qué favor te hicieron, Alina —murmuró Ezequiel mientras intentaba evitar que la nena siguiera saltando.

—¿Más usted zuiiimmm? Ahí Alina, pero no. Flaco, uh!

—Soy Ezequiel.

—Ezeco.

Repentinamente extasiado, Ramiro abandonó su trinchera y se sentó en el sofá. Alina se dejó caer de costado y le apoyó la cabeza en las rodillas. El pelo castaño se esparció sobre el pantalón como un manojo de bayas.

—No me diga que la entiende, jefe.

—No. ¿Qué dice el cassette?

—Que el tipo y la mujer salieron en el Parte antes de último, y que la nena era una estorbación. No se la podían llevar.

—*Un estorbo* —dijo Ezequiel. Se preguntaba dónde iba a guardar la ropa que había en la valija.

—Oj, plub Alina, más, fuuusssh —dijo Alina y se fue corriendo para el baño.

—¿Vas a hacer algo, pedazo de inconsciente?

—Pero si fue a orinar, jefe. No le puede pasar nada.

—Qué desastre. ¿Y ahora?

—A mí no me meta. Yo me la encontré igualito que usted —dijo Ramiro—. Pero no se preocupe. Le enseñaremos a hablar y de lo demás se puede ocupar el camboyano. ¿No le conté que se agenció una minita?

—¿Italiana? —dijo maquinalmente Ezequiel.

—Sí. ¿La conoce? Se llama Mirella Samoná. Es un genio del billar, le juro.

Antes que nada, aunque sólo fuera con un gesto desgarbado, tenía que restaurar su autoridad. De manera que le encargó a Ramiro que buscase al camboyano, llevándose de

paso a la nena por un rato, y despertó a los clientes para despacharlos con toda la competencia posible. El primero, un muchachón avinagrado y femenino, quería una carta dirigida al agregado cultural de la embajada de Francia solicitando una beca para estudiar oceanografía. Como Ezequiel objetó que en Krámer los agregados culturales solían escasear, el otro insistió en que hiciese la carta para quien se le antojara, pero que en todo caso fuese enérgica. Por debajo de los parcos argumentos se le traslucía la huida de un amante a las costas de Bretaña o algo peor, esa nostalgia de los que vieron el mar una vez y después lo tuvieron prohibido. Ezequiel escribió rápido: le dio el gusto de irse con la carta en la mano. Los otros venían juntos. Litigiaban por la propiedad de una partida de fruta en conserva, que a esas alturas debía ser carne de botulismo, y necesitaban tener los respectivos argumentos escritos para odiarse con rigor y, si cabía, querellarse. Para no pasar por grosero, Ezequiel tomó apuntes con diligencia mientras los ojos se le iban hacia la biblia postergada. Cuando los tipos lo dejaron solo, se quedó mirando los torsos que se movían detrás del parapeto del puente. Más allá el sol descargaba plumazos de cobre contra la paciencia de las torres. El desierto no sugería nada. Se preguntó si estaría bien aceptar la propuesta de Ramiro. Esa mañana había entrevisto que el chapurreo sincopado de Alina, antes que insuficiencia, era una defensa contra la anemia de la ciudad más orgullosa que cualquier huida, y para tener a la nena paseando sus arcanos por el edificio le faltaba confianza en el secretario. Al fin y al cabo él lo había visto hablando con Ildebrandi. A lo mejor era el otro el que lo había abordado, pero no se podía correr el riesgo de que cualquier badulaque tramara cuentos de tráfico negro con la pibita. Habría decidido meterse a tutor permanente si en ese momento no hubieran entrado el camboyano y una mujer menuda, de pelo negro y piel muy blanca, los dos desorbitados, envueltos en una suerte de lujuria samaritana, y atrás de ellos Alina absorta en revolver un paquete de

caramelos, pero sobre todo si no hubiera tenido unas ganas quemantes de ver a Selva.

—Mi novia, monsieur Adad —dijo el camboyano.

La mujer estrechó la mano de Ezequiel con una fuerza que parecía nacerle de la minúscula nariz aguileña.

—Es un vero piacer —dijo—. Mirella Samoná.

—¿Y Ramiro dónde se metió? —preguntó Ezequiel.

—Ha dicho fue a hacer diligencias —dijo el camboyano—. Pero no hay intranquilidad, monsieur Adad.

—Es que yo tengo cosas urgentes que hacer.

—Hacerlas, entonces. Mirella y yo podemos cuidar de la niña mientras tanto.

Después de dejar dinero para las compras, Ezequiel se preguntó por qué estaría Alina tan callada. Quizá supiera que en esa réplica de lo que él había soñado no le tocaba decir una palabra. Apaciguando los miedos se puso el tabardo, bajó a la calle y tomó un taxi hasta la peluquería de la calle Venecia. Los ojos de pernod de Lorna Mac Dermott lo saludaron con una mezcla de reciedumbre e incredulidad. Ezequiel le advirtió que no traía ninguna respuesta: solamente quería ver a Selva. Aunque Selva no estaba, Lorna, tal vez por razones de estrategia, sacó del bolsillo un bloc sobre el cual, con la mano izquierda, escribió una dirección. Tras palmear el hombro de Ezequiel como una guerrera embriagada, volvió a ocuparse de la melena de una cliente. El papel rosado olía a laca y desenredante y decía: Corfú 1214, 3.°-B. Eso quedaba cerca de la avenida Magallanes, donde las naves de las fábricas se abrían a los antiguos conjuntos residenciales de la población petrolera. Cuando Ezequiel llegó al monobloc la vereda estaba llena de viejos con casco y ropa de trabajo amarilla, reliquias de la época de frenesí, que ahora vegetaban subvencionados por fondos de la Comunidad Interamericana. Con pedazos de durmientes habían alzado una especie de pira que sostenía un televisor de veintiocho pulgadas, y alrededor de ese túmulo provisorio parecían venir reuniéndose desde hacía mucho tiempo para mirar el Parte. Ezequiel se detuvo. Varios hombros le

impedían distinguir al Alcalde, pero alcanzó a oír que ninguno de los diez nombres señalados era el suyo. Repartiendo codazos a mansalva consiguió meterse en el edificio justo cuando empezaban a sonar los acordes del himno de Krámer y los viejos, chillando como monos, hacían pedazos el televisor a golpes de casco. El hombre que en el tercer piso le abrió la puerta tenía los mismos ojos voraces que Selva, aunque atenuados por las bolsas de los párpados y los pómulos contusos donde sombreaba la barba. Llevaba una regadera en la mano derecha. Ezequiel se quedó mudo, no porque hubiera descubierto que Selva vivía con el padre sino porque de pronto supo que ni ese viejo de sonrisa boba, ni los que ahora estarían pisoteando el televisor, ni él ni ninguno de los que entregaban su cordura al congelado sueldo del Parte iban a salir nunca de la ciudad.

—¿Lo asustaron los de abajo? —dijo el viejo con una voz de pistola oxidada, y Ezequiel pestañeó—. No les haga caso. Se gastan la plata en televisores, y no saben que los toman por idiotas. ¿Qué busca?

—Tendría que hablar con Selva Iribarren.

—¿De parte de quién?

—De Ezequiel Adad.

El viejo abrió más la puerta y moviendo la regadera le indicó que entrara. En el comedor había sillones mal cubiertos por fundas claras, una mesa provenzal pintada de negro mate, varios retratos de cantantes de rock hechos con carbonilla y, sobre el antepecho de una ventana que daba al monobloc de enfrente, un amontonamiento de macetas con ciclámenes, azaleas, potus, palmeras, palos paraguayos, helechos, hiedras, jacintos y margaritas que atisbaban la penumbra como rehenes en una choza. Arriba de las plantas, en el marco, había un almanaque colgado de un clavo. Sobre la decadencia, sobre el vacío y la vejación, se imponía la severidad con que Selva se consagraba al futuro.

—No sé dónde está Selva —dijo el viejo. De espaldas a Ezequiel, inclinaba la regadera sobre una hiedra, y de la regadera no salía nada.

—Se olvidó de poner agua.

—¿Cómo? Le digo que Selva no está. Pero no vino de balde: yo sé quién es usted.

—¿De veras?

—Selva lo anduvo nombrando mucho. Y yo, que velo por ella, sé que es persona de bien.

—Se agradece. Oigame, esa regadera no tiene agua.

—Ni falta que hace. Ya las regué esta mañana. Pasa que en un tiempo vivíamos en una casa con jardín, allá por el barrio del Este, y había mucha hoja que mojar. Cuando llegaron los soldados nos tuvimos que mudar acá, y francamente yo no me acostumbro. Por eso hago como que riego, para tranquilizarme. El cine y la tele no me gustan, comprende. Selva me compró un video, pero yo prefiero las historias que me cuenta ella.

—¿Qué historias?

—Ah, no, amigazo. Un padre no debe ser soplón— dijo el viejo. Tenía una voz grande, rapsódica: de los paseos por el río, en la época en que el río acarreaba agua, habría aprendido el rumor de las piedras—. Además las historias esas son para mí. Ella las piensa por la calle y me las trae de regalo.

Ezequiel pensó que no iba a poder pelear mucho más contra la sensación de que nada de lo que pasaba en esa casa le pertenecía.

—Bueno, hágame el favor de decirle que pregunté por ella.

El viejo volvió la cabeza. Como tenía cataratas en el ojo derecho, para mirar atrás por sobre ese hombro forzaba los músculos del cuello.

—Aguante un poco —dijo, intentando infructuosamente reírse—. Se lo aconsejo en serio: aguante. Selva se va a ir el día menos pensado, no bien le toque la suerte. Y para eso no falta mucho.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque ya me llevó a visitar una clínica geriátrica. Yo no soy bobo, y encima ella no lo escondió. Mi hija no es ninguna fayuta.

—¿Cuándo lo llevó a visitar la clínica?

—No me acuerdo. Y no es cuestión suya, señor. Vea, a mí no me importa que se vaya. Por el momento me hace compañía y se deja querer. Lo mío es ayudarla, entonces.

—Es lo que suelen hacer los padres.

—Sin embargo usted no es hijo mío y también me dan ganas de darle una mano.

—¿De veras?

—¿Y por qué no? Mire, no vaya a creer que Selva lo esquiva. Al contrario, señor Adad, al contrario. Si hasta me dejó un encargo —el viejo empezó a rascarse una oreja con lenta meticulosidad, a ver cuánto tiempo se podía desperdiciar así—. Dijo que esta noche va a andar en un concierto de ésos de rock que hay por Plaza Churchill. Yo no sé qué es un concierto de rock. Ahora, creo que la plaza queda en el barrio del Puerto. Selva dijo que lo va a esperar.

—Ojalá —dijo Ezequiel. Sacó un cigarrillo ignorando si valía la pena encenderlo—. Gracias.

—De nada. Y ahora que está enterado, váyase a fumar a la calle. No es por mal carácter, entienda. Pero usted no vino a gastar saliva conmigo, y a mí el humo me hace muy mal.

Al contrario de lo que Ezequiel había supuesto sin fundamento, Selva había dejado aquel mensaje por teléfono. Hacía días que no se presentaba en la casa más que para llevar comida, conversar un rato o hacer la limpieza, y no porque hubiera decidido ganar más dinero o estuviese tra-

mando algo insano, sino porque no entendía cuáles eran los lugares del cuerpo que la ataban a Ezequiel, cuáles a Leopoldo, a las promesas de Chalukián o a las insinuaciones de Lorna, y las tres habitaciones infectadas por la bronquitis del viejo le parecían demasiado angostas para pensarlo con emoción. Por otra parte siempre había estado convencida de que, si la gente se apropiaba de rasgos de carácter como si fueran vestidos, los únicos despreciables eran los que buscaban gozar considerando posibilidades. No le gustaba elegir: como la suerte sólo era amiga de la seguridad, el que caía en el pantano de las decisiones se volvía inválido para siempre; y en cuanto a ella, ni siquiera los intrincados umbrales del mundo de afuera podían llevarla a titubear. Todo eso le contaría a Ezequiel más adelante, sin quebranto, más bien serena y jactanciosa, antes de concederle que tras un período de no dar la cara, no sabría cómo de largo porque para ella, aunque se preocupara por fecharlos, los días tenían menos consistencia que para él, Chalukián se había apersonado en la peluquería con una orquídea. Apelando a su mejor voz de barítono, pomposo y alerta, le había dado a Selva la caja transparente mientras decía que en el jardín de su espíritu la orquídea era por antonomasia, y eso Selva no lo olvidaría, la flor de la esperanza y las cosas perdurables, agregando que en ese caso no significaba tanto un voto por el fin de la desventura como una prenda de colaboración. De Ezequiel poco había dicho. Al final, con un paso atrás de patriarca lúgubre, en el fondo medio desplazado por alguna directiva de Lorna, las había dejado atrás con las clientes, disponiendo los cepillos, las tinturas y el siroco de los secadores. Arrastrada a un parloteo sobre pañales y pucheros que la molestaba sin implicarla, Selva había sentido crecer, como un yuyo invasor, un minucioso odio admirado, no porque Chalukián siguiera negándose a sacarla de la ciudad sin el apéndice de un hombre, sino al contrario, porque nuevamente el hombre que la había llevado a reclutar no merecía que le hiciera daño. Claro que Chalukián no iba a lastimarlo a propósito, aparte del hecho de que Ezequiel no

era un bebé, pero quién podía asegurar que esa forma de repartir las promesas, a escondidas, con labios disciplinados, no provocara recelo y mortificación. Así era Orlando, el castigo que ella soportaba por amor a lo desconocido. Como calculaba, era el único que tal vez pudiera: había que aceptarle que diera quitando. Pero por el momento Selva no había recibido nada y esa tarde la falta se le estaba haciendo monstruosa: flotaba como ballena muerta en aguas detenidas, mucho más después de que el Parte trajera nuevas decepciones. Poco a poco fue acordándose de Leopoldo, de lo que aún no sabía de él, hasta que tuvo que pedir permiso para irse a la calle a entonarse con historias. Caminó contra el frío, envuelta en la luz sucia de la tarde, creyendo pasear por el Jardín Botánico que Krámer ya no tenía. A orillas de las avenidas de polvo de ladrillo crecían acacias, castaños y encinas, tipas, enebros, chaguaramos vencedores del invierno de la Patagonia, y todos los nombres ella los sabía pronunciar porque eran enseñanza de su tío Andreas, el hermano menor de su madre, tan muerto como ella pero restituido al Botánico por las corrientes del duermevela. En el corazón del jardín, del otro lado del estanque de los camalotes donde meaba un angelito desnudo, había un claro con forma de rombo; siguiendo la mirada de la gente grande, Selva consultaba el cielo, primero con miedo, después con asombro, hasta que las nubes se deshacían para multiplicarse en águilas, panteras, mulitas, estorninos, canguros, iguanas, jabalíes, venados, corzas, petirrojos, teros, linces y bisontes, todos chatos como azulejos y como azulejos del mismo tamaño, movedizos, leves y devorándose. Cuando abrió los ojos estaba de pie junto a un banco de la Plaza de las Rotas Cadenas, amenazada por el escobillón de un operario de limpieza. A menos de diez metros había una cabina. Llamó al viejo, le contó el sueño y el silencio la dejó tan perpleja que, respirando hondo, pegó los labios al micrófono, cerró los ojos y dejó que el resto de la historia se internara en el tubo como si la animara otra voluntad. Le contó que mientras un sinsonte mataba a picotazos a una boa, otras bestias in-

tentaban aparearse, y que tanto a él como a la madre y al tío Andreas las desproporciones les causaban risa. Así seguían caminando hasta la casa de un carpintero. El hombre los esperaba con la mesa preparada en el medio de la calle. Comían sopa de garbanzos, aunque lo más atractivo era un perro que el carpintero mantenía atado con una cadena larguísima y durante todo el almuerzo se esforzaba por encaramarse a las ancas de una oveja recién esquilada. El viejo dijo que la historia no le gustaba nada. No estaba enojado pero quería cortar. Volviendo al banco, Selva se sentó y cerró los ojos. El tío Andreas todavía estaba ahí, ahora harto de comer garbanzos. Largo, curvo y elegante, alejaba al perro porque, de tanto forcejear, la oveja se había golpeado la cabeza contra los adoquines y la lana se le estaba tiñendo de rojo. Selva se incorporó temblando. A la oveja le había crecido la lana muy rápido. Lo que le hacía falta no era dormir sino darle movimiento al cuerpo hasta supurar todas las impurezas que persistían después de aquella y de otras historias. Volvió a la peluquería. Por un instante sintió ganas de quedarse, como si no valiera la pena ignorar el alivio que el trabajo le proporcionaba, los chasquidos de la tijera, el manejo de las tinturas y el leve rastrilleo con el peine. Eludió los fustazos de la mirada de Lorna, no obstante, y en la trastienda se puso la ropa de gimnasia. A la carrera llegó hasta el parque abandonado que había detrás de la Estación Central, donde, empapada, empezó a reconocer que el solo esfuerzo no la purificaría, que de nuevo necesitaba, sin por eso ofrendarse, querer a un hombre que fuera un lazo con el mundo, pero que el lazo no debía anudar la herencia de Leopoldo. Estaba haciendo flexiones cuando la distrajo un silbido. Era Graciela, una pelirroja enclenque a la cual Selva más de una vez había intentado no quebrar en las clases de karate. Salía de atrás de unas matas como si hubiera estado vivaqueando en el parque. Corrieron juntas un rato pero muy pronto Graciela pidió descansar, y no sólo eso: con todo el pelo sobre la cara se largó a llorar porque esa mañana se había despedido de un sobrinito que era como su segunda vida.

Lo único que Selva sintió fue envidia del chico. Incapaz de calmar a la pelirroja, se despidió sin brusquedad y sin dulzura, sabiendo muy bien que por lo general no soportaba el dolor de los demás. Esa tarde ni siquiera hubiera podido afrontar las quejas del viejo. De modo que volvió una vez más a la peluquería, escuchó una breve selección de delirios urbanísticos de Lorna y más tarde, bajo el agua caliente de la ducha, pensó en la timidez de Ezequiel Adad. Si algo había sabido siempre de Leopoldo, contaría al final, cuando ya no sirviera esconder, era que la deseaba, y ese deseo le había labrado el cuerpo con muescas, cifras y canales que el invierno no gastaba. Del escriba, en cambio, sólo sabía que parecía leerla de reojo, con temor, siempre turbado. Por eso el escriba podía ser la llave. Al salir por tercera vez a la calle un viento que olía a caucho y quemazón la llenó de pena. Como no estaba dispuesta a sobrellevarla, repasó lo que podría alegrar al viejo y en la esquina de Venecia y Cincinati entró a un supermercado. No bien empezaba a recorrer las estanterías indigentes, un espejo convexo le impuso la cara de un espía. Se estaba riendo: le transmitía advertencias. Selva calculó que estaría del otro lado de una pirámide de latas de atún y lo insultó. Por entre las rendijas le contestaron que ya se iba a arrepentir. El frasco de café que tenía en la mano se hizo añicos contra el suelo. Iba a llorar y no sabía por qué. Ya retrocedía conteniendo un escalofrío, exigiéndose una historia súbita, algo que empezaba a transcurrir en el balcón de un departamento de San Francisco, cuando dos manos callosas le apretaron la cintura. En el espejo la sonrisa del espía se licuó en carcajadas. Y en la nuca de Selva otra risa, ronca, tórrida, se confundió tan naturalmente con una sarta de obscenidades que cuando pudo darse vuelta sólo ofreció un rostro amnésico. El que la tenía agarrada era un tal Nito, un tipo ocurrente, fanfarrón e irresponsable que pintaba coches viejos en un tallercito del barrio del Puerto. Lo había conocido en la peluquería, cortándole el pelo al cero, y más de una vez se había ido a dormir a su casa porque los inverosímiles chismes que él sabía, y que la mayoría

de la gente en Krámer no tenía el humor de propagar, le ahorraban el remordimiento de las resacas. Esa noche la invitó a un concierto de rock que había en la Plaza Churchill. Selva no tenía razones para negarse. Al contrario, le hacía falta un poco de ruido. Tuvo que probar siete teléfonos públicos antes de conseguir comunicarse con el viejo y dejarle un mensaje para ese amigo que, seguramente a Nito no se le había escapado, se llamaba Ezequiel Adad.

Desde los inicios de Bardas de Krámer al barrio del Puerto le habían robado la proximidad de las dársenas. Era un triángulo incómodamente afincado sobre el estuario del río: los diez kilómetros de vías que antes lo habían unido con el mar y los barcos y los depósitos y las grúas habían ido desapareciendo bajo la arenisca, sobre las dunas habían crecido lirios del desierto y la poca población fija que quedaba se había protegido del viento yodado alzando empalizadas poco más allá de los últimos bodegones. Terco dentro de sus fronteras, el barrio se había extendido hacia arriba, única zona de Krámer donde podían guarecerse los que nada esperaban del Parte. Pero como ni siquiera el apego al presente corregía las aberraciones de una imaginación cercada, sobre las terrazas de los edificios adustos, de invariables tres pisos, dispuestos a lo largo de veredas mezquinas, se habían ido sumando dúplex hechos con uralita y madera de cajón, buhardillas de aglomerado, casetas de lata y unos cuantos búnkers de hormigón que un consecuente neurótico de guerra se emperraba en copiar de los que Hitler había construido

en el Báltico. Cansado de interrogar los pechos de las putas en busca de augurios, Ezequiel frecuentaba poco esos aguantaderos; cuando se dejaba caer era porque ahí, encerrada como en una jaula de vidrio, persistía una relente de algas, o por calentura, o por tentación de fundirse del todo con el corazón de la claustrofobia. Esa noche, sin embargo, bajó a zancadas largas por la avenida Palermo, bordeó los pilares del puente Fitz Roy y entró con otra clase de ansiedad a las callecitas como nervaduras de una hoja galvanizada. Al nivel de la mirada la oscuridad se dividía en estratos aislantes de vapores cada vez más claros, lagunas imantadas hechas de neón, café recalentado, jugos de asadura, estufas de gas y deseo en bruto donde confluía la música de los cabarets y las disquerías siempre abiertas. Como narcótico, esa música no era ineficaz: algo en las caras demostraba con desenfado que en el barrio del Puerto el hambre se soportaba mejor. Algo más arriba se balanceaban faroles orlados de verdín que convertían en carbunclos los ojos de las mujeres. Pero de los cuerpos que se movían como fosforescencias ninguno llevaba ropa de marinero, y Ezequiel se preguntó si para subsistir los dueños de los quilombos no habrían inventado que los soldados de la Fuerza Interamericana eran víctimas de un almirante que había incendiado su escuadra. En la esquina de Odessa y Barragán tuvo que adosarse a un farol para no chocar contra una pareja que avanzaba trastabillando; vio que el hombre tenía la cara bañada en sangre y la mujer, que se dejaba arrastrar, intentaba restañársela con un pañuelo blanco como la leche. Las manos en los bolsillos del tabardo, Ezequiel dobló por Barragán. No esperaba encontrar un museo de la desobediencia. El Empecinado había estado trabajando duro y parejo: desde las ventanas de la primera pizzería hasta la puerta vaivén del drugstore de la otra esquina, había convertido la cara de la calle en una enorme tableta de mensajes. El primero decía EL ALMA ES UN PAISAJE PRESTADO; el segundo, DERROTADOS DEL TIEMPO, ESCÚPANLO. A mitad de cuadra, sobre la vidriera de un negocio de ropa para novias, había escrito EL PARAÍSO ES

EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DEL FUTURO; y como por todas partes otras manos habían agregado palabras cercenadas y dibujitos y jeroglíficos, a medida que Ezequiel iba avanzando le crecía la sensación de haberse metido en un carnaval furtivo. Se preguntó cómo era que no conocía a ninguno de esos que disfrutaban enchastrando paredes. Cien metros más adelante, justo donde un centenario ex combatiente palestino solía pararse a vender diarios viejos, las inscripciones se interrumpían de golpe. El hecho de que la última, UNA MUJER ES ALGO CON, estuviera inconclusa, lo puso al borde del descalabro. Por hacer algo con la inquietud compró el *Herald Tribune* y siguió caminando. Occitania estaba paralizada por una huelga general y el ejército francés había implantado la ley marcial en Aix-en-Provence. En un pliegue de las turbulencias del aire una figura rechoncha y barbuda le llamó la atención: le pareció que entraba a un bar y, saliendo en seguida, se perdía entre un grupo de punkies. Si efectivamente era el húngaro, ahí estaba la prueba de que se tomaba su trabajo mucho más en serio que él. Apuró el paso. Donde terminaba la calle Barragán, sobre el pentágono de mosaicos de la Plaza Churchill, apenas había una barra de veinteañeros bebiendo cerveza junto a sus motos. Un poco separados, un pibe de pelo verde y una muchacha de medias azules se besaban blandamente recostados en una toma de agua. Ezequiel tuvo pánico de perder el rastro de Selva. Con todo, de algún lado llegaba un amortiguado estruendo de instrumentos eléctricos. Y como si la desidia, la errancia y todos los anonimatos se hubieran condensado, de repente la noche descargó una llovizna ácida que muy pronto se volvió granizo. Vio que la barrita corría hacia una esquina para meterse en una boca de subterráneo. Mientras los seguía por la escalera advirtió que a la entrada, al lado de un cartel con una flecha verde, había una tétrica navaja dibujada en neón malva. Sólo a medio descenso se dio cuenta de que la escalera bajaba paralela a una rampa para coches. A esas alturas el agua que llevaba encima empezaba a hervir por el efecto de una

guitarra y un bajo prisioneros en algún lugar, al fondo del túnel, como gatos en la caja de un ascensor. Una barrera astillada señalaba el fin de la boca; al costado, detrás de los vidrios de una cabina, la pareja que antes se había estado besando ocupaba una sola silla. Ezequiel dio un rodeo para eludir la barrera y bajó por una escalera en espiral. Por el enrejado que formaban las rampas oblicuas, las vigas de cemento y las columnas de la playa de estacionamiento se filtraba un fulgor de focos tachonado de cabezas rapadas. Siguiendo la voz hepática de un cantante no muy versátil, sorprendido de oír el eco de sus pasos contra las paredes, avanzó entre líneas blancas, flechas de dirección, camiones y charcos hasta donde la nave se abría a la izquierda. Al fondo de ese corredor, moviéndose en un resplandor de cal sobre un escenario bajo, un trío de rock tocaba para una flaca muchedumbre en trance. Mucho antes, cerca de donde estaba Ezequiel, unos cuantos descansaban sentados en el cemento como negligentes porteros de un mundo gutural. De los muchos coches que la ciudad había dejado olvidados ahí, uno era un Chevrolet Impala color verde oliva, abollado, sin ruedas, que parecía hundirse en el cemento como un saurio en una ciénaga. Selva Iribarren estaba dentro de ese coche, la mirada puesta en un tipo de pelo muy corto. Ezequiel avanzó con la sensación de que algo le sobraba. Se metió el diario en el bolsillo, y estaba por sacarse el tabardo cuando la puerta del piloto se abrió envolviéndolo en un vaho de calefacción y tabaco. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que hacía un frío criminal. Perplejo, atisbó los movimientos en la sombra del asiento delantero. Una campera negra se deslizó entre la palanca de cambios y una chispa escarlata, hubo un burbujeo de risas y las piernas de Selva emergieron para tocar el cemento como dos cintas de papel tornasol. A Ezequiel lo invadió un sopor repentino. Selva le hundió los dedos en el pelo y, después de besarlo con un beso como un empujón, retrocedió para mirarlo.

—Yo sabía que no te ibas a perder, Adad —dijo. Tenía puesto un pulóver granate y llevaba sombra ocre en los

párpados y purpurina en las ojeras. Sobre el labio de arriba la piel estaba moteada de gotas de sudor.

—¿Por qué me llamás Adad?

—Porque así me gustás más.

—Si no hubiera sabido que ibas a estar acá me habría cansado mucho antes. Sos muy difícil de encontrar.

Ella inclinó la cabeza a un lado; un grueso chorro de pelo castaño escondió el hombro derecho.

—¿Tenías algo que decirme?

—Si no me equivoco, es distinto a lo que esperás.

—Vení, subamos al coche.

A punto de recordarle que adentro había un hombre, Ezequiel optó por callarse la boca. No podía apostar que el tono no fuera a traicionarlo. Un momento antes había estado por irse: de Leopoldo, de lo que Selva había edificado sinceramente seducida, se sentía incapaz de celar; pero cualquiera que ahora estuviera cerca de ella, sobre todo si era por una sola noche, le parecía un usurpador. En seguida se encontró frente al volante, compartiendo con ella y el otro tipo dos butacas y un joint, contemplando a través del parabrisas grasiento las crispadas caricias que el cantante le prodigaba al micrófono.

—Estás muy abrigado, viejo —dijo el amigo de Selva—. Te vas a morir de calor.

—Se llama Ezequiel Adad —dijo Selva. Tocando la cabeza de Ezequiel, agregó—: Él se llama Nito.

—Mucho gusto, Nito.

—Me parece que yo te oí nombrar —dijo el otro—. ¿Vos hacés escritos?

—Eso dicen.

—Y muchas cosas más —dijo Selva encogiéndose de hombros como si estuviera lejos de los dos—. Pero vos tenés prohibido hacer preguntas. Después andás por ahí soltando impertinencias.

—No, si es un honor —dijo Nito.

Ezequiel le miró de reojo la cabeza de galeote. Soltando

el humo que le colmaba los pulmones, habló entre dientes para el perfil de Selva.

—Estuve con Chalukián. Bueno, digamos que me hicieron estar con él.

—Me gustaría saber cómo lo veías —dijo ella con la mirada en el escenario—. Si no le cambiaste un poco la cara, el sueño no debe haber sido muy lindo. Yo estuve viendo un montón de animales chatos en el cielo. Los veía desde un jardín botánico.

Casi sin darse cuenta Ezequiel le puso una mano en la rodilla.

—No me entendés, Selva. Es de veras. Chalukián quería hablar conmigo.

—¿Ya? —dijo ella sacudiendo el pelo.

Había apretado los puños de tal manera que Ezequiel temió que se lastimara las palmas. Era imposible discernir si los ojos se le habían llenado de alegría, de culpa o de pavor porque, vuelta hacia Nito, parecía repetirse muchas veces la misma frase. Aunque al principio el otro contestara con bromas, recostando la cabeza en el respaldo para chupar la colilla del canuto, al final no le quedó más remedio que bajarse. Cerró la puerta sin escándalo y se quedó de pie al lado de la ventanilla. Ezequiel no veía más que el cinturón y un poco de la camisa de cuadros, pero supuso que estaría atento, apoyado en el techo.

—No escucha —lo apuró Selva—. ¿No ves que no escucha, Adad? Dale, contame todo.

Él reprodujo la charla con Chalukián, incluida la propuesta, si no tal como había sido, al menos como se la había relatado al húngaro. Al terminar se dio cuenta de que Selva le había agarrado las manos; y en el mismo instante supo que si por confusión o venalidad esas manos se le perdían en un huracán, sería a causa del único error que habría cometido a conciencia. Ignoraba cuánto podía importarle. Quiso mirar a Selva como si la estuviera descubriendo desde lejos, los ojos devueltos a un punto de partida que él desconocía, las líneas de la cara mimetizadas con un futuro que debía pa-

recerle armonioso. Lo que más quería, en realidad, era besarla, aunque en ese momento fuese como besar una maqueta.

—Es increíble, Adad —la oyó decir—. Es fabuloso. Porque Chalukián a veces da repugnancia, pero te juro que no improvisa. Y lo que a vos te toca es fácil. Es lo que sabés hacer, ¿no? Bueno, entonces ya está.

Ezequiel tardó en contestar. Pensaba que si Selva temblaba de alegría era porque probablemente no tenía nada que ver con la barata estrategia de Chalukián y, al mismo tiempo, que la sonrisa de mármol que enseñaba era como la seguridad misma de que él iba a aceptar.

—Pero yo no sé si vale la pena —dijo de pronto en voz demasiado alta.

Ella le soltó las manos. Se frotaba la nariz con los nudillos.

—¿Cómo decís?

—No estoy seguro de que valga la pena.

—¿Entonces no estás hasta el cuello de este basural? ¿Vas a regalarle la oportunidad a otro?

—Me da mala espina lo que Chalukián pueda hacer después, qué me va a exigir.

—No te va a exigir nada. Chantajista no es.

—Es un político. Y para colmo tiene vocación de filántropo. A mí no me gusta que me traten como a un mendigo.

Selva recogió del fondo de la guantera un retrovisor roto y se examinó detenidamente los ojos.

—Todavía no me contaste una palabra de lo que pensaba Leopoldo —dijo—. Y te contraté para eso.

Ezequiel sacó del bolsillo el bollo mojado en que se había convertido el *Herald Tribune*.

—Lo siento. Te lo voy a decir cuanto antes. Y ahora... —con la mano en la manija de la puerta, contuvo la rabia y volvió a caer en el asiento—. Además, si te interesa saberlo, no estoy tan seguro de que en otra parte haya un mundo distinto. Mirá, mirá lo que dicen los diarios.

Selva le arrancó las hojas y estrujándolas del todo las tiró por la ventana.

—Cuando quiera practicar inglés te voy a avisar, Adad —dijo mirándolo de cerca—. A mí también hay cosas que me molestan. Me molesta enterarme de oídas; cada vez lo soporto menos. —La cabeza se le fue cayendo hacia adelante hasta encontrar la solapa del tabardo. Volvió a agarrar las manos de Ezequiel y se cubrió la cabeza con ellas—. Yo quiero ver. Aunque no valga la pena. Pero quiero ver yo misma. Para no cansarme. Hay mucho para ver, ¿no?

Al menos para ella, se dijo Ezequiel, era un argumento ágil y contundente. Pensó en un bombardero despegando. De repente advirtió que Nito se había esfumado, seguramente hacia donde no valía la pena perseguirlo. Se puso a jugar con las pocas hebras cobrizas que se abrían paso en el cabello de Selva, mientras el lacerado blues que golpeaba contra el parabrisas le palpitaba en las manos. Entonces, cuando ella se incorporaba respondiendo a la música, se le impuso entera la realidad de que esos pibes del escenario, enajenados por un haz azul zafiro, estaban cantando, y no dudó de que ellos mismos habían escrito las letras. *Tengo plantada una higuera/que da el toque de oración,* se desgañitaba el bajista, y era una forma zumbona, un yaraví o una copla macerada en canales cuadrofónicos: *Y en las noches de verano/me pide que le haga el amor.* ¿Hacer el amor con una higuera?, pensó. ¿De dónde sacaban la inspiración? ¿Qué delirio los mantenía en pie? Y entendió que lo que había en ese sótano no eran reencarnaciones, ni nietos a pilas de colonos con espuelas, sino derrotados del calendario: tipos que, antes que él, iban a sobrevivir aliados a un tiempo propio, un albergue sin indulgencias, pasajero y suficiente como un alero que da sombra o un leño lento en consumirse, contento, mientras dura, de efundir una leve fragancia. Eran de la casta del Empecinado: una visión de Tadeo. Hubiera querido explicárselo a Selva, pero ella había bajado del coche. Rozando con los corvas el guardabarros descascarado, ondulaba entera como un junco. No pudo estar mu-

cho rato mirándola sin inquina. Como no sabía bailar, la tomó por la cintura.

—¿Querés que nos vayamos? —preguntó ella.

Afuera había dejado de llover. Dos cuadras al este de la Plaza Churchill, una andaluza de edad indefinible conservaba una fonda con cena y habitación, construida en los altos de un cine. Comieron sentados al borde de la cama, vigilados por varias reproducciones de mujeres de Romero de Torres, antes de abrir cada uno el cuerpo del otro como si fueran puertas vivas. Más tarde, mientras en las ventanas el amanecer descubría las siluetas límpidas de las torres, Ezequiel jugó a mirar por entre las pestañas el cuerpo desnudo apoyado en el postigo. Pensó que si lograba descubrir la raíz de los arrestos de Selva, qué significaban sus silencios, Leopoldo, la biblia y las canciones de los rockeros del sótano, obtendría gajos de tiempo más tangibles, más perdurables que la clepsidra de Tadeo. Un rayo finito aclaraba la curva de la cintura de Selva. Abrió del todo los ojos con la idea de llamarla de nuevo a la cama. Después de todo la carne no era tan perecedera: libre de palabras, tenía una ley capaz de ausentarse furtivamente de los celos, las balandronadas y la culpa, y entonces se convertía en lo mejor. Selva se volvió con el rostro en blanco. Él cambió naturalmente de actitud y empezó a hablar de Alina. Habló con rapidez, procurando no sorprender, mezclando nociones. Ella opinó poco; pero como no creía que alguien pudiera decir algo que no fuera prestado, decidieron volver juntos a la calle Sinatra. Al pasar por Barragán, las pintadas del Empecinado trabajaron la somnolencia de Ezequiel como si estuvieran hechas con pentotal.

—Yo tengo dos hijos —se le ocurrió decir mientras miraba las paredes—. Creo que no te lo había contado.

Selva, tiesa, le clavó los ojos hasta obligarlo a darle la cara.

—Está bien. También eso quiero verlo —sonrió.

—Va a ser difícil. No sé bien por dónde andan. Quizá estén muy lejos. Y ni siquiera sé lo que estoy diciendo. —Sin

una razón especial Ezequiel había parado. Dudaba tanto que tuvo que prender un cigarrillo aunque no le dieran ganas. Fue el fósforo lo que pareció animarlo—. Selva, tenés que asegurarme que Leopoldo existió de veras.

Ella cerró la boca y la risa explotó con un rocío de saliva.

—Qué cabeza más arrevesada, Adad —dijo, furiosa y apurada por terminar—. ¿Qué te creías? ¿Que era una trampa de Chalukián? Claro que existió. ¿No te das cuenta de que eso es lo terrible? No que haya existido y ahora no esté más. Lo terrible es que yo no haya sido capaz de inventármelo. Hubiera sido mejor que todos los cuentos que pienso para mi viejo, pero no supe inventarlo. No pude. Y fue una lástima, porque no sé si tengo que aclarártelo, Adad, pero yo sigo estando enamorada de ese hombre.

Tal cual Ezequiel sospechaba, el lugar indicado para encontrar a Alina eran los billares La Onza. No bien se acostumbraron al humo, parapetados detrás de una abúlica hueste de agiotistas, traficantes, fulleros y macrós, pudieron condolerse a gusto de la embobada alegría con que la nena miraba rodar las bolas sobre el paño. El camboyano la había llevado a montar guardia con él mientras Mirella desplumaba a varios profesionales, y por azar había acertado: el mismo Belarmino Mendoza, recordó Ezequiel, había sabido pasear a la nena por los billares con la esperanza de que se entendiera con los parroquianos chinos. A lo mejor por eso parecía divertirse; y al fin y al cabo el ambiente más crapu-

lesco era menos nocivo que la ocurrencia de contarle que su madre verdadera había sido loca y asesina. *Menos mal que te fuiste, Belarmino,* se dijo Ezequiel, y súbitamente oyó la voz de Selva.

—¿Cuántos años tiene?

—Nueve, si mal no recuerdo.

Más allá de los rufianes, con todo, la simple atmósfera agria y mal iluminada no era lo más aconsejable para una huérfana. Asustado, Ezequiel se repitió la palabra *huérfana,* intentó reemplazarla por otra, quizá *expósita,* o *abandonada,* las desechó todas y se concentró en el flequillo marrón. *Nada de huerfanita. Es una nena de nueve años que confunde a medio mundo con un montón de palabras desquiciadas.* No era poco, y podía ser mucho si los que la habían recibido llegaban a interpretarla algún día. Ezequiel no quiso preguntarse qué iba a suceder cuando Chalukián saldara la deuda, siempre y cuando él aceptara contraerla, y se le abriera la puerta-trampa. Sintió las manos y el mentón de Selva en el hombro. La dejó hacer, pero con ganas se hubiera ido: a ella no la entendía mejor. Alina, subida a una silla, vigilada a medias por el camboyano, daba la impresión de lamentar que el paño se mantuviera siempre verde. No festejaba los prodigios de Mirella; con la pierna derecha adelantada, las manos en la cintura y el vaquero arrugado, presidía el partido como una embajadora de un reino de gnomos. Ezequiel se rió. El camboyano, que tenía el oído fino de los veteranos del sobresalto, alzó los ojos de la libretita donde anotaba las apuestas. Alina lo notó y giró la cabeza. Como si hubiera estado esperando una excusa, saltó al suelo y a empujones se abrió paso hasta Ezequiel.

—Choc uf mucho, plac palo, rojita flodu Mirella, más —dijo sin perder la seriedad.

—Rojita y dos blancas —aventuró Ezequiel—. ¿No estás cansada?

—¿Señor va oj, y Alina?

—¿Cómo *señor?* Yo soy Ezequiel.

—Ezeco.

—Y ella se llama Selva.

Alina se revisó todos los bolsillos del vaquero hasta encontrar medio dólar. Agarró la mano de Selva, la obligó a abrirla y después de dejar la moneda un momento se la volvió a guardar.

—¿Ezequito pasos más a oj, con Alina? —dijo—. Prup. ¡Alina va oj, ya, ya! ¡Oj!

—Oj —repitió Selva acuclillándose.

—Creo que eso quiere decir casa —dijo Ezequiel—. O estar cómodo, o un sillón. Y cuando dice ya...

No pudo terminar. Alina escupía sobre la risa frenética de Selva un diluvio de gorgoteos, sin rabia ni impotencia pero con una suerte de malvada altanería. Ezequiel se dio cuenta de lo imposible que les sería entenderse; porque si en los misterios que se le cruzaban Selva buscaba peldaños que la llevaran al otro lado, dejando el pasado en claro, la nena usaba las palabras como dardos que, sin mano impulsora y sin historia, volaban bajo a conquistar lo cercano: atención inmediata, paseos, chucherías. Las dejó gritándose y fue a pedirle al camboyano que no volviera muy tarde. Ya no tenía la menor idea de lo que significaba volver tarde, pero prefería no ponerlo en cuestión justamente cuando Alina empezaba a señalar el tiempo elemental. Remontó la calle Sinatra detrás de las dos. Iban haciendo eses y no dejaron de vociferar hasta que un vendedor de pochoclo le ofreció a Selva parte de la solución. En la oficina, Ramiro acababa de entregarle a una monja una carta confidencial para el cónsul de la India. Cuando la monja se fue, estuvieron los cuatro jugando a la caótica versión de las damas que la nena les imponía, hasta que a media mañana Selva decidió volverse a la peluquería. Ezequiel la acompañó al corredor.

—¿Sabrá lo que le pasa? —dijo ella al borde de la escalera.

—Más de lo que te pensás. Esta piba no está enferma, Selva; no es un caso para científicos. Ella combate, como vos. Pero te lleva una ventaja: exige lo que está a mano como si también faltara. Se emperra en recuperarlo.

—Te juro, Adad, que a veces no se te entiende un pepino.

—No sé hablar de otra forma.

—Yo quiero recuperarte a vos.

—Entonces algo entendiste.

—¿Por qué? ¿Sos algo que está a mano?

—Así parece.

—Y como seguís trabajando para mí, junto con vos puedo recuperar lo que hay adentro de la biblia.

—De eso no estoy tan seguro.

Selva le dio un golpe suave en la mejilla.

—Mentís —dijo. Se hundió en la oscuridad de la escalera, pero unos escalones más abajo paró para gritar—: Y además me parece que ya estás cansado de este trabajo. Es una suerte para todos lo poco que te va a durar.

Escrito está en mi mente vuestro gesto, se dijo Ezequiel mientras volvía a la oficina. *Bueno, escrito es poco: acompañado con prescripciones, consejos sobre la hora propicia para venerarlo, contraindicaciones y dosis máximas, está el gesto ese. Y yo, ¿nací para andar como bola sin manija? Había una vez en que yo gozaba plácidamente del sueño. De los barbitúricos. ¿Y ahora? Correveydile. Polvo seré. Mas polvo enamorado.* En el corredor había tal tufo a acaroína que no era imposible que los clientes terminaran encargándole productos químicos de la imaginación. Al fondo, debajo de una claraboya tapada con cartones, hubo un chirrido de bisagras. La puerta de lo que había sido una

agencia de la Scandinavian Airlines se abrió entre penachos de luz y dos sombras torvas avanzaron enlazadas, dando tumbos contra las paredes. Ezequiel encendió un fósforo. *Como si fuera un faro. El vilipendiado coloso de Rodas. Me cacho en diez. ¿Y acá, en esta cloaca voy a criar a la nena? ¿En este ministerio de horrores?* Desde luego, iba a tener que enviarla al colegio. Los gabinetes audiovisuales se encargarían de reducirle las rabietas y una fonoaudióloga competente le enseñaría a recitar de memoria, sin tartamudeos, algún poema de Amado Nervo. Nunca se enterarían de que no tenía problemas de dicción. *Lo mejor va a ser que cuando salga me la lleve, a ver si con un cambio de aires depone las armas. Porque saber hablar, seguro que sabe. A mí no me engrupe.* El fósforo se apagó. La pareja, ahora más nítida, se detuvo como extrañando la llama: eran dos mujeres; tenían cierta cualidad de murciélagos, pero también de luciérnagas enamoradas, como si no confiaran más que en el mutuo sostén que se proporcionaban. Ezequiel pensó en lo que había pensado, y lo que había pensado era que, llegado el día de la partida, debía llevarse a la nena. *¿Pero adónde?* Apoyó una mano en el pomo de la puerta, sintiendo casi los filamentos de mugre que los años le habían ido prestando al niquelado. De las quebradas del tiempo iban naciendo imposiciones, ahijados, pasiones enigmáticas, testigos de cargo: de golpe estaba llevando una familia a cuestas. Y en el recinto sin patriarca Leopoldo acechaba como el genio de una tierra en barbecho. Las sombras se estaban besando. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos ya no eran mujeres ni nada, no estaban. Empujó la puerta. Colgando el teléfono, Ramiro se dispuso a aporrear la máquina. Alina se había instalado en el sofá de los clientes y volvía las páginas de la historia universal que un tal J. Jastrow había escrito para el olvido; con las envolturas de los caramelos hacía señaladores para ir marcando las páginas con dibujitos.

—Está muy bien —dijo Ezequiel sentándose al lado

de ella—. Pero los caramelos podrías haberlos tirado al canasto.

—Cut —dijo Alina, y después puso el dedo sobre un mapa de Arabia—. Esto, en más, por la vía flurerá, ya prrruuum, Alina.

—No querrá viajar, ¿no? —dijo Ramiro—. Flor de mambo.

—¿Y justamente a vos te llama la atención? —dijo Ezequiel.

—Vlusss compro un cloqui, pero más, ahí, los cositos de rojo, y uno, y no, por Alina ya.

—Está loca —dijo Ramiro.

—Bueno, es una posibilidad —dijo Ezequiel.

Alina le estaba tirando de la manga del pulóver. Si por casualidad lo interrogaba, no podía ser con otra cosa que con las pecas, porque los ojos no los tenía abiertos.

—Esto, y ¡esto! ¿Así la pared, ah, y todo, bien por Ezequito?

Levantándose, Ezequiel dio un paso atrás como si tuviera que abarcar un cuadro. Escuchó dos, tres veces la misma pregunta, una frase de nueve años. Y al final se dio cuenta de que Alina quería saber si él podía ver con los ojos cerrados.

—Depende —dijo con lentitud—. Cuando duermo sí —e imitó lo mejor posible un ronquido.

Ramiro se pasaba un lápiz ya masticado de una punta a la otra de la boca.

—Es una lástima —dijo.

—¿Qué cosa es una lástima?

—Se me representa que usted la va a volver más loca todavía.

—Podrías llevarla con tu amigo Ildebrandi.

Ramiro volvió a descargar los dedos en las teclas.

—¿Qué busca, jefe? ¿Mojarme la oreja?

Tampoco Ezequiel sabía exactamente por qué lo había acusado, y sin embargo no tenía ganas de arrepentirse. En el despacho había un libro esperándolo y en otro lugar

de la ciudad una mujer que lo empujaba hacia el libro. Apenas sintió el alivio de encerrarse se le ocurrió que en realidad buscaba el exilio, y no solo, sino en compañía de algo que tanto podía ser impostura como desolación o simple tongo. Igual que las primeras veces, el libro eligió la página que quería ofrecer. *¿Quién es esta mujer que viene subiendo del desierto apoyada en su amado?,* había encerrado Leopoldo en un recuadro grueso, y Ezequiel estuvo a punto de arrancar la página. Lo que más lamentaba era que el tipo no fuese tonto. Deliberado, había tallado a conciencia la memoria que lo sucedería, y esa memoria era para cualquier mujer sola un jarabe de sensualidad. Buscó en las páginas anteriores, donde no se sentía de más. En el segundo libro del *Eclesiastés,* lleno de deleites, el Leopoldo de los trazos resueltos se había exaltado con el versículo décimo: *Y nada de lo que mis ojos pidieron mantuve yo alejado de ellos. No detuve mi corazón ante ninguna clase de regocijo, pues estaba gozoso mi corazón a causa de su duro trabajo.* También le gustaba el vigésimocuarto: *En cuanto al hombre, no hay nada mejor que el que coma y el que beba.* Pero el otro Leopoldo, el de la mano de enfermo, había descubierto que entre los supuestos alborozos había serias salvedades: *¿Y cómo morirá el sabio? Junto con el estúpido,* decía el predicador; y sin ceder: *Porque todos los días su ocupación significa dolores, también durante la noche su corazón no se acuesta.* Ezequiel permaneció un rato largo leyendo lo mismo, al punto de dudar si había estado todo el tiempo despierto. Le pareció incluso que Leopoldo, un hombre de pelo de estropajo y traje de alpaca, entraba a una pieza de pensión para sacar la biblia de un maletín y enfrascarse en las admoniciones del congregador. ¿Le había importado a ese hombre que todo fuera vanidad? ¿Era un fingidor? ¿Sufría? Y él, Ezequiel, ¿acostaba su corazón durante la noche? ¿La vanidad era vana solamente en Bardas de Krámer? No era honesto leer las palabras del predicador como si hubiesen sido dichas para un solo hombre. A él tam-

bién lo tenían que conmover. Aunque tardó en rechazar la idea, por fin pudo volver a concentrarse. Fuera de la lógica, el octavo versículo del libro décimo estaba enmarcado en una línea neutra. *Y al que está rompiendo a través de un muro de piedra una serpiente lo morderá,* decía. Aquello desentonaba: podían ser los presagios de un tránsfuga que se consideraba en peligro. O quizá Leopoldo hubiera sido un agente de Chalukián, una eminencia gris, un enlace, el mismísimo predicador, y todo el mejunje de líneas un mensaje cifrado para la red de complotadores. Claro que en ese caso el libro no habría aterrizado en manos de Selva, que no sólo aparentaba ignorar los códigos sino que estaba franca y literalmente en Babia. Por otra parte, Ezequiel no sabía si Leopoldo se había hecho con la biblia antes o después de conocer a Chalukián; podía pensar, a lo sumo, que el amor de Selva le había aumentado las ínfulas de monstruo vital, que el pacto de huida con Chalukián lo había llevado al éxtasis y que algún obstáculo le había derrumbado la moral. Sin embargo, las líneas más vacilantes eran las que subrayaban el versículo segundo del cuarto libro: *Y felicité a los muertos que ya habían muerto antes bien que a los vivos que vivían todavía.* Sobre las cejas, en la entrada del cráneo, la piel le pesaba a Ezequiel como si fuera de mármol. En el duermevela, se obstinó en borrar a ese Leopoldo con bastón y panamá que en un Jaguar blanquísimo tomaba la decisión de estrellarse contra un semáforo. Sacudió la cabeza. El cadáver desapareció. Ezequiel se dijo que tal vez no fuera un snob deleznable sino un pobre infeliz; como muchos, había conocido la vejación y buscaba una fortaleza para mantenerla alejada. Eso no se lo habría contado a Selva; ni siquiera a sí mismo se lo habría admitido. Hasta que una vez, releyendo el *Eclesiastés* a la madrugada, atónito de sueño y deseo, cuando los nervios de planificar la huida lo hacían más vulnerable, se había encontrado con el revés de la gloria. *Y esto también es vanidad y esforzarse tras viento.* Entonces, paulatinamente como ahora entendía Ezequiel,

Leopoldo había entendido. Era posible que ese tipo ambicioso, triunfante sobre una mujer que para él, por infatuación o ceguera, era tórtola, gacela, bolsita de mirra, azafrán de la llanura, se hubiera ligado el balazo de un centinela; pero antes de intentar la huida, cuando aún andaba por Krámer derrochando fervor, ya era un suicida en potencia. Ezequiel se resistió a cerrar el libro. Si aquella era la conclusión, resultaría difícil contársela a Selva sin ganar a cambio una bofetada. Ella no era Ofelia para andar a la rastra de príncipes balbucientes. Quizá antes de arriesgarse valiera la pena tirarle de la lengua a Chalukián hasta que soltara la verdadera historia del final del espectro. Alzó los ojos. Por el puente Fitz Roy, detrás de un convoy de camiones de ganado, iba paseando una banda de hombres y mujeres envueltos en frazadas de campaña. Por las margaritas que a la mayoría les habían prendido en el pelo se dio cuenta de que eran internos del neuropsiquiátrico; a veces, cuando el sol pegaba y había algún partido, al mediodía los sacaban a tomar aire, y decían los que se habían cruzado con ellos que llevaban los bolsillos hinchados de dólares en la época del crecimiento. Estaba pensando en llamar a Tadeo cuando se abrió la puerta y entraron el camboyano y Mirella. Atrás, con una muñeca marciana en la mano, se coló Alina.

—Lei non é stanco di lavorare? —preguntó Mirella.

—Monsieur Adad tiene muy capacidad —dijo el camboyano—. Aunque tal vez querría... quiera comer con nosotros.

Ezequiel notó que hablaban sin soltarse las manos.

—No, gracias. De verdad —dijo—. ¿Y Ramiro?

—Ha dicho que fue a visitar a su madre.

—¿Tiene madre?

—Mais creo yo que sí —dijo el camboyano.

—¡Verde! —gritó Alina señalando la biblia—. Pluub nifo, bien, jaaa, aj, por Alina, uh.

—Non so che cosa vuoi —le dijo Mirella.

—Y yo tampoco —dijo Ezequiel—. Este... ¿Ustedes pueden quedarse? A mí me espera el señor Farkas.

Por supuesto, le contestaron; cómo iba a ser de otro modo. Le costó bastante librarse del protocolo con el que empezaban a enaltecer su historia de amor, y aun así salió a la calle con el tabardo en la mano y sabiéndose maleducado. En la calle había revuelo. Desde la esquina de Sinatra y Marsella hasta la Plaza Soberanía la calzada parecía una perpleja concentración de desdichados. A medida que Ezequiel se sumergía en el gentío algo como un polen que exacerbaba le empezó a arder en la cara. Un camillero atendía con ostentosa ineficacia a dos mujeres desmayadas, bajo el aliento de una turba de vendedores ambulantes, oficinistas y soldados de licencia. Se abrió una brecha para que pasara un médico. A diez metros de distancia, frente a la puerta de una zapatería, Ezequiel vio dos cuerpos tendidos y un hilo de sangre que se estiraba hasta el cordón de la vereda. Le dijeron que el cadáver rubio, de manos peludas, era uno de los locos del neuropsiquiátrico. Alguien sabía que esa mañana iban a pasar por el centro de la ciudad y había fraguado un incendio en los fondos de la Catedral para asaltarlos aprovechando la desbandada. Un grupo de espías había llegado tarde y, unidos a los cuidadores, había disparado cuando los ladrones ya estaban fuera de alcance. Ezequiel no recordaba haber visto en Krámer algo parecido. Una ola de empujones lo zarandeó hasta empotrarlo en el umbral de la zapatería. Se le ocurrió que tampoco conocía el olor de la pólvora mezclado con el de la sangre, y que en ningún artículo de prensa había encontrado observaciones sobre lo vomitivo que era. Náuseas verdaderas, sin embargo, fueron las que le produjo el venenoso chorro de música que surgía de una radio portátil como de un géiser en un campo minado: largos tendones de música invernal, por supuesto la octava sinfonía de Mahler. Si era verdad que las fantasías podían tomar cuerpo, ese himno ubicuo y rotatorio debía ser el canturreo de un demente escondido en la médula de la ciudad. Le dieron

unas ganas desesperantes de escaparse. Mirando a los costados, descubrió que, en medio del revuelo que la música no aplacaba, un ciego vendedor de cigarrillos, apoyado en el bastón blanco, se balanceaba con una tenue sonrisa de placer. En toda la calle era el único que hubiera podido explicar cómo era esa música. Pero el coro sólo alcanzó a repetir *Veni creator*. En la esquina de la sauna renacieron los balazos, una sirena perforó el mediodía y, entre cuerpos a tierra y persianas bajas, Ezequiel alcanzó a escabullirse bordeando el parque de diversiones. Frente a la casamata del tren fantasma se abría una calle llena de carpinterías. Pisando espirales de aserrín desembocó en Garduña y paró a recuperar el resuello. Entonces le pusieron una mano en el hombro. Al darse vuelta encontró un chico impecable, un poco siniestro, de ojos grises que tardaban en reconocerlo. Por fin creyó cerciorarse y le dejó un papel en la mano: *Lo aguardo de inmediatamente. Cinema Cástor y Pólux. O. Ch.* Garduña era una calle elíptica; ceñía por detrás una de las manzanas con que la Plaza Soberanía lindaba al norte y aún exhibía ciertas pretensiones de bohemia, si bien menoscabadas por la tenacidad de los comerciantes. El cine Cástor y Pólux estaba de espaldas a Nuestra Señora del Golfo, de manera que por arriba de la marquesina se divisaba el humo negro del incendio. Había dos salas de proyección superpuestas: en una daban una película de carreras de coches; en la otra, *Mr. Arkadin*. Ezequiel juzgó que al complotador no debían repugnarle los megalómanos de las películas de Orson Welles. Subió al primer piso. De los pliegues de la cortina se desprendió un acomodador que lo hizo entrar a la sala de un empujón. En una de las primeras filas, desvelado, ceñudo, mirando las figuras de la pantalla como se podía mirar los muros de una casa vacía, Chalukián descansaba sobre el vientre las manos unidas. Más que sentarse al lado de él, Ezequiel se dejó sorber por un vacío oloroso de brea y jabón de coco. En la penumbra plateada, la nariz de Chalukián parecía surgir del hueso frontal, autónoma, dominadora.

—No hacía falta que me mandara cartitas —dijo Ezequiel—. Ya me hubiera ocupado yo de encontrarlo. Pocas veces dejo respuestas pendientes.

—Todo lo que acaba de decir me produce una profunda alegría —dijo Chalukián con morosidad, y se aplicó la cucharita de asta contra la narina izquierda.

—Menos mal que yo le doy satisfacciones. Con tanto secreto su vida debe ser un calvario. ¿Me quiere explicar a qué vienen todas estas vueltas?

—Lo que yo estoy organizando no es moco de pavo, Ezequiel. —Chalukián había girado la cabeza. El gesto de estupor le deformaba las ojeras y bajaba por los planos de las mejillas hasta el cuello de garza; no se sabía si por enfermedad muscular o por falsa compostura, era incapaz de mover un dedo sin comprometer todo el cuerpo—. Como dicen los estrategas, y usted sabrá muy bien, el factor sorpresa es esencial cuando se trata de dar un golpe maestro.

—No creo que acá esté muy a salvo de los espías.

—Aparte del hecho de que he comprado este cine, Ezequiel, usted me comprende mal. Lo cual no es raro en un intelectual de su talla. Sorpresa significa desconcertar. Movilidad, cambios de ritmo. ¿Me explico? Nadie tiene que saber en qué andamos. Que me vean, tanto da. Además, arrastramos tantos años de molicie... Se dice molicie, ¿verdad? Tantos años de molicie y apatía, que poner un equipo de trabajo en movimiento cuesta un huevo.

Mirando al azar, Ezequiel había descubierto que unos metros a la derecha, sobre una bolsa de dormir tendida en el suelo, Lorna roncaba a pata suelta, con el pelo desplegado, honda y poderosa como una hechicera en un sarcófago. Hubiera pagado por saber qué soñaba.

—¿Usted qué sueña, Chalukián? —preguntó.

El otro no mostró sorpresa.

—Mayormente andanzas sórdidas de los tiempos en que vendía corbatas. Nada edificante. Mucho con mi abuela, que me crió y dicen que fue mi nodriza hasta los tres años. Será por eso que ahora no me canso en seguida,

porque me alimentaron con leche de mujer. Y usted se va a reír, Ezequiel, pero a veces me veo paseando por el parque de Yellowstone, ese lugar de Norteamérica donde los osos andan sueltos, y es propio como si regresara a una tribu, y la gente me recibe como una especie de brujo, una fuerza protectora. De más está decir que Lorna siempre me acompaña. A mí me gusta la naturaleza, ¿y a usted?

—No me sueño especialmente al aire libre. Pero bueno, eso no viene a cuento. El que tiene que tomar una decisión soy yo.

—¿Y está seguro de que le soy franco?

—A lo mejor —los ojos de Ezequiel se desviaron fugazmente hacia la pantalla. Con barba blanca de chivo, la cara maquillada de engrudo, Orson Welles clamaba por averiguar su pasado en un cuarto repleto de muebles de archivar—. ¿Por qué anduvo persiguiendo a mi secretario?

—Era una forma de acercarme a usted. Mi obligación era tantearlas todas.

—Lo debe haber visto medio mundo.

—Ya le expliqué que eso no importa en absoluto. Ahora ya tengo a nuestro panfletista, y lo esencial es conservarlo.

—Preferiría que no me llame panfletista.

—Ezequiel, ¿usted no se dio cuenta de la agitación que reina en la calle? Es como si la ciudadanía presintiera que algo está en marcha, un clima de colapsos inminentes.

—Lo que hubo fue un robo.

—Son erupciones, síntomas. Quizás los espías andan en la cosa, como bacilos provocando alergia, enloquecidos al ver que se cocina una gesta incontrolable. Y usted metido en el medio. ¿Qué hago yo si lo mata una bala perdida? Sería mal momento, no me va a negar. Ni siquiera nos hemos ganado la confianza mutua. Todavía.

—No sé qué esperaba.

Chalukián bajó el mentón hacia el pecho flaco. Parpadeaba con una severa melancolía: —¿Lo meditó, Ezequiel?

—No. —Ezequiel esperó unos segundos, por si el otro reconocía que la respuesta no era exacta. Pero como se-

guía impertérrito, decidió agregar—: Es decir, sí que medité. Pero no veo nada claro.

—Haré lo humanamente posible por satisfacer sus reclamos.

—Ése no es el problema.

—¿Y entonces?

—Cuénteme, por ejemplo, dos medidas que vaya a tomar.

—Quiero hacer una zona ajardinada junto al cauce del río —dijo Chalukián con una voz que parecía pedida al desierto—, con instalaciones deportivas para los niños. E implantar la enseñanza de la historia de Krámer en las escuelas. Por ejemplo.

—¿Usted piensa que esta ciudad tiene historia?

—Eso es lo de menos. En todo caso, creo que ahora nos falta tiempo para debatirlo en profundidad.

Hubo un silencio. Lorna roncaba serenamente mientras en la pantalla, en una taberna de México, el protagonista se entrevistaba con una vieja amante de Arkadin.

—Vea, esa promesa de regalarme la salida me huele mal. A mí no me concierne si usted se lo debe a Selva. Y además no quiero redactar bandos para pisar a los demás. No es mi carácter, me desmoralizo. Me como el coco. Tiene que decirme cómo va a manejar el Parte de Salidas, Chalukián.

Chalukián sacó un puro del bolsillo del chaleco, mordió la punta y la escupió a la butaca de adelante.

—Lo único que puedo asegurarle es que vamos a ser justos.

—Pero si pretende que yo le escriba las proclamas, tendría que ser un cachito menos misterioso.

—Usted es tremendo —se rió Chalukián con un esfuerzo titánico—. Hagamos una cosa, Ezequiel. Deme unas horas para calibrar la cantidad de datos que puedo facilitarle, aunque desde ya le digo que a mí las minucias me parecen menos importantes que el espíritu que insufla las acciones. Pero, en fin, déme unas horas. Yo, hacia el ocaso,

lo llamaré a su oficina a ver si ponemos los puntos sobre las íes.

Ezequiel se dio un respiro antes de levantarse.

—Está usando mal esa expresión, Chalukián —dijo—. En fin, me voy a mirar el Parte.

—¿El Parte? —Chalukián amagó sorprenderse pero en seguida recobró el aplomo—. Hágame el favor. Le garanto que no vale la pena.

Al bajar al hall por una de las escaleras, Ezequiel tuvo la impresión de que por la otra subía el hotentote rapado que había visto acompañando a Selva en el concierto de rock. Si no se detuvo no fue por temor sino porque ya no le importaban las coincidencias. Desde la cabina de Garduña y Ecuador llamó a la casa del húngaro. No estaba. Cuando acababa de colgar, sin embargo, lo divisó a veinte metros, sentado en un banco como una morsa en la maroma, dormido y con la clepsidra en la mano.

De los azares que habían llevado a Tadeo a fondear en ese banco Ezequiel nunca llegaría a saber mucho. Y no porque le faltaran fuentes de información sino porque en aquellos días la más fiel, al fin y al cabo el Empecinado, se había dejado absorber más por la inspección de los alrededores de la calle Sinatra que por los patinazos de un viejo que él consideraba gagá. Con todo, no debía haber sido casualidad que Tadeo anduviera por ahí: desde la última charla con Ezequiel en el departamentito, a las ganas de encararse con el Empecinado para darle una mano, soltarle una filípica o pasarle por al lado con un gesto sobrador, habría

unido el miedo de que le estropearan el mejor amigo que tenía. De modo que se habría repartido entre las pintadas y los ajetreos tras los adláteres de Chalukián, de Ildebrandi y hasta quizá de Ramiro, aunque posiblemente, iba a suponer Ezequiel, con una idea poco más que pálida de la razón por la cual las huellas del Empecinado terminaban casi siempre por acercarlo a la mal criada comunidad que el complot iba gestando sin querer. Sobre esta coincidencia, para colmo, tampoco podría explayarse el Empecinado, porque a esas alturas, además de tener al viejo en los talones, lo había ido pisando a su vez, mal convencido de que estaba implicado en la intriga. De manera que Ezequiel apenas se autorizaría a sospechar que, con todos los inconvenientes del pie plano, más por zorro que por ágil, el húngaro se había precipitado tras las pintadas de la Plaza de las Rotas Cadenas, siguiendo las gotas de pintura en la avenida Inmigración, por el eje transversal de Krámer hasta el puente Fitz Roy e incluso más allá, por los adormecidos fulgores del barrio del Puerto, cada vez más radiante, relojeando las caras de los espías y demasiado alerta para reparar en que, manteniéndose cerca de Ezequiel, de los emisarios de Chalukián o del gigantón rapado que había visto llevando a Selva de la cintura, seguía siendo sombra del Empecinado al mismo tiempo que le marcaba el camino. Y si de todo eso algo costaría explicar, sería qué antojo lo había inducido a mostrarse justo en aquel momento, a la salida del cine, mientras Ezequiel lo llamaba a la casa desde una cabina telefónica.

Rara obra de los depravados urbanistas amigos de Bienvenido Krámer, el banco, amarillo melón, estaba situado en ángulo de cuarenta grados con el cordón de la vereda, mirando hacia la calzada. Ezequiel veía al sesgo la panza del húngaro y el gorro de lana abollado sobre la pelambre. Atrás, cerca de la siguiente esquina, el Empecinado había abusado de la pared de una estafeta desmantelada para seguir afirmándose. GLORIA A MÍ QUE SOY REAL, había escrito; y casi como zócalo, en diminutas letras color lila: SAPO QUE AÚLLA EN LA NOCHE NO QUIERE CROAR. Había que ser muy petulante para librarse del peso de la ciudad. Pero Ezequiel no sabía si el Empecinado buscaba disolver las calles hasta quedarse solo bajo el cielo de la Patagonia o engrandecerlas por vía del ataque. Después de todo, también sus consignas eran cosas concretas, por oscuras que resultaran. Detenidos junto a un jacarandá, un hombre y dos mujeres deliberaban como profesores ante la tesis de un selenita. En el patio de la estafeta alguien había plantado una palmera, y el tronco arqueado dominaba la manzana de techos bajos dividiendo en dos el cuadro de las torres contra el horizonte escondido. Ezequiel se apoyó en el vidrio de la cabina. Cerró los ojos. Bajo un cielo dilatado, un camión lo llevaba entre trigales chamuscados hasta un cobertizo junto a un molino de agua; adentro, Selva miraba un televisor donde Ramiro y Alina hacían una propaganda de café instantáneo; Selva le preguntaba por qué no había llevado a la nena y él no sabía qué contestar; desde el camión los llamaban con un bocinazo. Cuando abrió los ojos, la clepsidra brillaba sobre las baldosas y el húngaro, subido al banco, de espaldas al pavimento, se inclinaba como para hacer ejercicios de cintura. Con una ridícula flexibilidad apoyó las manos en la madera, entre las piernas abiertas, y por entre las rodillas asomó los ojos invertidos al panorama de la vereda de enfrente. Ezequiel se frotó los párpados. La verdad era que no había poco que contemplar. Entre dos edificios más bien parisinos, la estructura de cinc y piedra negra de un

negocio de decoración se había ido convirtiendo en cambalache. En la vidriera, rodeando el anuncio de compraventa, había teléfonos, bisutería, piernas ortopédicas, un juego de pesas, taladros, una trompeta, un contrabajo, discos compactos, una colección de videos de películas de Visconti, varias calculadoras, una terminal de ordenador, una valija, una hélice de avión y un maniquí con smoking y gorro de cocinero. En el escalón de entrada se acumulaban botellas de vino y de cerveza, algunas caídas como soldados muertos de una columna en retroceso, y desde el tope de una caja de zapatos un gato gris estiraba el pescuezo para lamer los charquitos. Por una ventana apareció la cabeza de una mujer achinada que le asestó al gato una escupida en pleno lomo. El húngaro recuperó la vertical. Ezequiel se le acercó, no sin temer que en el momento menos pensado se derrumbase.

—En un circo que conozco no les vendría mal una contorsionista barbuda —dijo.

—Ave, Scriba —gritó el húngaro. Bajando a tierra como si todo él fuese de porcelana, volvió a meterse el pulóver dentro del pantalón y después de levantar la clepsidra se sentó—. Ya ves, hasta estos pagos me trajo el Empecinado.

—¿Qué cuerno hacías?

—¿Tadeo? De tarde en tarde emulo al coronel Mansilla y miro el mundo al revés. Una práctica que, ilustrando, ayuda a conservar sana la sesera. Y no es que mirara el mundo, sino más bien una parte. Ecco lo importante, ser hombre de límites chiquitos. Acotarse.

—Como el gato ese entre las botellas.

—Como el maniquí en la vidriera. Dejando hacer. Porque Tadeo pienso, y mi dispiace si te insulto, que saber, sabe el que no conoce. El que no impone. El que se abstiene. Todo torna al equilibrio.

—Pura sanata. Yo tengo que actuar si no quiero que las cosas se me escapen. Bah, a lo mejor tendría que aprender de Alina.

—¿Se dialoga ya con la chiquilina?

—No. Recién empiezo a entender algo. Habla por pasiva, y no usa nunca el pasado, me parece. Va agarrando lo que se le presenta, pero lo que más importa lo tiene acorazado. Y hace bien: la verdad, ser chico no es una ganga. ¿Y el Empecinado?

—¿Y el lector de la Biblia?

Ezequiel midió los ojos líquidos del húngaro. Lo eludían, como si en el mapa enrojecido de los iris guardara un plano personal de la fortuna.

—Un asunto no tiene nada que ver con el otro. A ver, decime qué estás escondiendo.

—¡Escribita lindo! A Tadeo no me vengas a escorchar. Yo no soy tu oráculo, viejo. Tadeo soltanto te pregunto, porque ese Leopoldo es lo que tu Selva quiere recuperar. Entero y en un cofrecito lo llevaría, me dijiste, como reliquia. Después de él viene el otro hombre de sus desvelos, que sos vos. ¡Embalado tras su embrujo! Pero si querés llevártela al ancho mundo, Tadeo creo que debería importarte saber quién era Leopoldo. Para que ese complotador no te estafe, además, te serviría, a lo mejor.

—Son cosas distintas.

—¿Son cosas distintas?

—No jodas, Tadeo, yo qué sé. Leopoldo era un farsante. A Selva la embobó con los versos de la amada y el amado, fragancias de clavo, cojines de pluma: la agarró desprevenida. Y mientras tanto él iba leyendo el *Eclesiastés* y subrayando lo que le convenía, párrafos que rezumaran vitalismo, incitaciones al placer. Pero no estaba seguro. No se daba cuenta de que le estaba patinando el embrague. Para mí que un día empezó a avivarse de lo que leía. Ya sabés, vi las obras hechas bajo el sol y todo era vanidad, esas cosas, y como buen pusilánime que era en el fondo, un día se convenció de que el mundo es una porquería. Se debe haber deprimido mucho. Y hasta puede que haya apurado la fuga o haya metido la pata a propósito. Estaba a punto para matarse.

—¿Con tamaña mujer en el buche?

—Yo sé lo que te digo; a los remordimientos los conozco de cerca.

Tadeo encendió un purito calamitoso y le ofreció otro a Ezequiel.

—Pero ese complotador no es ningún improvisado.

—¿Y vos cómo sabés?

—Posee vasta red de inútiles a su servicio. By the way, que es manera de decir que me agrada en cantidad, by the way, yo que tú estudiaría con detenimiento lo que ese complotador se trae entre manos. Tadeo propongo, para afianzar tus movimientos.

Ezequiel deshizo entre los dedos un boleto que había estado chupando. Se sentía ligeramente exasperado.

—¿Qué te pasa? ¿Tenés miedo de que me mate a mí también?

—Tadeo no afirmé que él matara a Leopoldo. Ancora menos a vos. Gran batifondo se armaría, faltando un escriba en la ciudad. Además te necesita, qué joder. Pero deberías aprender de los somorgujos más despabilados.

—¿Qué son los somorgujos?

—Unas avecillas de las islas Féroe, allá en el muy norte. Tadeo leí en un libraco que los pobladores se esconden en los riscos, los esperan y los cazan con red de caña larga. Vuelan casi todos a la misma altura, los somorgujos. Pero algún que otro pillo vuela bajito y se salva de ir a la parrilla. ¡Corte de manga!

—Chalukián quiere exactamente lo contrario. Lo que me propuso es mandarme afuera.

—Eso, Tadeo pienso, es ir a la parrilla. Porque esperate el final: los somorgujos que se salvan volando bajito son por casualidad los que tienen pichones esperándolos en el nido.

—Yo no tengo pichones.

—¿De veras? Lástima grande. —En la vereda de enfrente, la mujer que había estado molestando al gato salió de uno de los edificios llevando un caniche por la correa. El gato se les echó encima derribando varias botellas. La

mujer tiraba de la correa para volver a meter al perro en el portal y Tadeo contemplaba la escena como si fuese un cuadro de Turner. De repente se volvió hacia Ezequiel—. Entonces vas a volar a altura prefijada, hacia lo que hay más allá, hacia el futuro. Bien acompañado.

Ezequiel comprobó que la rabia se le disolvía en agobio.

—No me digas que estás celoso, húngaro.

—Te desprecio, por si lo ignoraras. Mirá, Escriba: o te abrazás con saña a la esperanza o hacés como si no existiera, pero medias tintas son malas. Crean sufrimiento a tu prójimo, te das cuenta. Cosa de pequeños burgueses. Ni chicha ni limonada. Y conste que esa mujer me gusta. ¿Qué más querés de mí?

—¿Terminaste la clepsidra? —dijo Ezequiel entre dientes.

—¡Alabado reloj! Tómalo, es para vos. Son siete minutos.

Un puntiagudo rayo de sol atravesó el cristal y fue a morir en la capa de arena. Al dar vuelta la clepsidra, Ezequiel se sorprendió de que los granos, sin esperar órdenes, empezaran a caer en el cono opuesto como aventados por un bombardeo de segundos. El caniche soltó un ladrido histérico. Alzando los ojos, Ezequiel vio que el grandote que había estado con Selva en el coche pasaba frente al negocio y de un puntapié mandaba al gato al medio de la calle. La mujer hizo ademán de agradecérselo pero el otro siguió de largo.

—Ése que va ahí se llama Nito —dijo Ezequiel.

—Y, cada cual lleva su cruz —dijo Tadeo como si también lo conociera. Después, masajeándose la cintura, se levantó—..Me ne vado, Escriba.

—¿A ponerle la trampa al Empecinado? Te acompaño. Tengo que hablar con él.

—¡Chist! —dijo Tadeo, cambiándose los anteojos por una especie de antiparras negras—. Nanay. Esa tarea es de Tadeo, y voy a hacerla todo solo.

En la esquina de Garduña y avenida de los Onas, mientras consideraba los afiches de ofertas de un supermercado, Ezequiel notó que el sol empezaba a bajar y él no había oído el Parte. *¿Lapsus? ¿Traición? ¿Una entrega a las artimañas de Chalukián?* Huyendo de su propia voz, apartando carritos de metal, empujó el brazo del molinete. Una vendedora de minifalda y sonrisa empastada le dio a probar el primer refresco de manzana auténticamente elaborado en Bardas de Krámer. *Tiene gusto a menta.* Ezequiel devolvió el vaso de plástico y miró la calle como si fuera un mundo perdido. Detrás de las vidrieras empañadas, contra un medio cielo malva, a los faroles les crecía una aureola incandescente. Agarró una cesta y se metió entre estantes que albergaban huérfanos frascos de mermelada, paquetes húmedos de galletas danesas, bolsas de soja, conservas vencidas. Pensaba en Alina. Era grave no decidirse, sobre todo porque tenía que volver a esperar la llamada de Chalukián. Se preguntó qué clase de material iría a darle, eso en caso de que realmente pudiera exponer intenciones. *Más me cabría a mí resolver lo que le voy a contestar. Carajo, si al menos me cayera sobre el pecho una tupida barba de profeta. Si me hubiese adiestrado para alzar al cielo un puño encendido, hasta yo mismo me haría caso en el trance de imponer condiciones. Somera decencia. Fogosa decencia. De pánfilo. De hiedra. De haragán.* Estaba visto que su actitud preponderante ante las perspectivas grandes era la de arrugarse. *Varón poco despierto, no avisado. Ignoraba que Selva todavía quiere al otro, Leopoldo, el ínclito, el miembro cer-*

cenado. La clepsidra le molestaba. Apretada bajo el sobaco, rodando en la cesta, donde se le ocurriera ponerla, la arena no dejaba de caer al cono opuesto y el tiempo se extraviaba. Decidió guardársela en el bolsillo y pasó a ponderar un paquete de arroz bastante disminuido. *Pero no fue ella la que me engañó. No Selva, que es todo lo sincera que se permiten los insomnes, sino yo mismo, y el amor que me acompaña y que a ella le endilgué. Lugar había, para ponerse de acuerdo, pero la condición era olvidar. ¿Qué cosa? Que con el número dos nace la pena. Timo, mula, engatusamiento, esto de enfrentarse con otro, y encima creerle. So pena, como en este caso, de salir disparado hacia una figura en una bola de cristal.* Porque eso era Leopoldo: ilusión o contrasentido. Y la tarea de él, prestarle aire. Bordeando una pila de cajas de azúcar fue a toparse con dos chicas con el pelo en forma de cresta, embozadas en anoraks de lona, bien provistas de prendedores con fotos de Mick Jagger, Nina Hagen, Ulrike Meinhoff, Rodolfo Valentino y un aparente gimnasta que él desconocía. La más bajita acababa de robar una botella de ron, cosa que por el volumen de la cintura parecía venir haciendo desde rato atrás. Ezequiel giró la mirada hacia un ángulo del techo, desde donde una cámara quería engullírselas. Iba a avisarles cuando de pronto apareció un espía con abrigo de piel y derribó a la más alta a golpes. La otra empezó a soltar tarascadas contra el brazo que empuñaba la cachiporra. El espía rodó por las baldosas. Ezequiel simuló tropezar con una pierna y las chicas se escaparon corriendo. En la caja volvieron a pararlas, esta vez con bastones eléctricos. Se las llevaron por una escalera, no alcanzó a ver si esposadas o no. A él no le quedó más remedio que seguir la recorrida. Nada lo iba a librar del brete de contestarle a Chalukián. *¿Y por qué tan peliagudo? Tanto tiempo queriendo salir. Olvidado incluso de que hace mucho decidieron llamarme Ezequiel y el nombre escondía la esperanza de una revelación.* Se quedó paralizado, la mano plegada

sobre un tarro de leche condensada. ¿A qué venía ese nombre? *Yo tenía que reencarnar al que el Espíritu había elegido para transmitirle un libro con endechas y gemir y plañir. Tenía que aleccionar a los descastados, los desobedientes, velar por ellos, alejarlos de la rebelión, evitar que se condujeran como escorpiones. Tenía que resistir los escarnios, pegar la lengua al paladar, asediar con arietes y tarteras la ciudad de las blasfemias, redimir a mis paisanos de la idolatría por muchos ultrajes que me infligieran. Mía sería la ayuda de los querubines y la victoria sobre Tiro y Asiria, sobre Gog y sus partidas, y al final se me concedería la visión de la Ciudad de los antaño dispersados: el lugar donde el mismo Jehová se plantaría.* Ése era el destino que le había organizado su tío el de Rodas. *Flor de trabajito. Lamentablemente, me olvidé. Y lo peor, no tuve visión, me cago en Él.* Metió la leche condensada en la cesta. Ahora se daba cuenta de que, por faltar a la misión de regenerador, se había impuesto la de notario, como si por el callado sacrificio de borronear esquelas le fueran a dar una recompensa. Tal vez por eso se había confiado entero al día en que, según decían, se conquistaban juntos la salida al mundo y el inicio del futuro. *Pero tarde me viene la inteligencia. Ahora se saben otras cosas. Con una biblia garabateada en la oficina, a la deriva en otra ciudad, mi abyecta querencia, la que el petróleo dejó sin tiempo, el futuro no es estampido sino quieto avance, empujoncito imperceptible para acercarse a otra cosa, tal vez la cosa verdadera, opaca, dura, rehacia a la disciplina, fecunda; lo que por lo menos choca y duele y finalmente está frente a los ojos: una boca, un banco, un clavo, un escalofrío. Alina. El futuro empieza en seguida, sobre el filo de la última palabra dicha cada vez. Ella lo sabe. A su manera. Ella pide un paseo o una estampa con palabras no empañadas. Tironea, molesta para que la entiendan. Aunque sea una pibita. Ahí, entonces, está lo que no es vano, lo que Leopoldo no llegó a saber: aunque todo termine patas para arriba, sentarse a señalar con el dedo. ¿Qué? Las cosas.*

Aprender que al fin y al cabo aquí y allá son adverbios de lugar, nada más, y muchas veces las cosas vienen hacia uno. Como colombe dal disio chiamate. ¿Será cierto? Si sí, entonces hay que cancelar la espera, que es la única perversión palpable. Juntar coraje y un día cancelarla. Cuando se pueda. El húngaro tiene razón: soy un sujeto muy vacilante. Mientras buscaba las latas de Coca-Cola llegó a un acuerdo provisorio. Para no cerrar ninguna posibilidad, por el momento le diría a Chalukián que aceptaba. Después vería. Caminó hasta la caja como si saliera de un pulmotor. En la placa para apoyar las provisiones había una pestaña postiza adherida a una mancha de sangre. Detrás del cubículo blindado la cajera se encogió de hombros, resignada a soportar la bárbara música sinfónica que en los altavoces iba suplantando a la trompeta de Louis Armstrong.

Que Lorna Mac Dermott tenía un sentimiento protocolario de las incidencias de su vida era algo que Ezequiel no sabría hasta bastante después, cuando, a fuerza de hostigar a Selva, consiguiera hacerla recordar que esa tarde, pasado el Parte hacía rato, la había visto entrar con un aire de heraldo. Lorna le había cortado sumariamente el pelo a una viuda, había dormido una siesta cataléptica, se había despertado y le había contado el sueño, una especie de rito de iniciación del cual emergía con una herida en el pecho izquierdo y la certeza de haber aprendido el lenguaje de los felinos. Más tarde Selva la había visto atender una llamada, asentir, vestirse con vaqueros y una chaqueta de gamuza, y salir,

cosa infrecuente en ella, como una *exhalación,* esa palabra iba a usar Selva, no sin antes, más extraño todavía, expurgar la caja para dividir entre las dos hasta el último centavo. No le había dado ninguna indicación. El pelo recogido en rodete, ocupada en abrocharse las botas de caña alta, sólo había agregado que Orlando dispondría lo indispensable para saldar con ella su deuda, y Selva se había quedado sola con una sensación de agravio e inútil lealtad. Pensaba en lo que había de verdadero en todo ese lío, en el viejo, en Ezequiel, neurótica por las ganas de hacer, hastiada de titubear, mientras calculaba cuántos dólares estaba en condiciones de cambiar por traveller checks. Por fin, tal vez al anochecer, súbitamente se había presentado Nito. Traía ojos de ladrón arrepentido, pero anegados por una fresca sonrisa de sátrapa. Tan nerviosa se había puesto Selva de insistirle en que desembuchara, que había conseguido transformarle la sumisión en fastidio. Entonces Nito había empezado a zamarrearla y, peor aún, a repetir que si quería *estar en la pomada* fuera a enfrentarse directamente con Chalukián. De un castañazo en el cuello Selva lo había lanzado contra un secador de pie. La respuesta de él había sido más sinuosa: besos en los brazos, desesperados besos como picotazos, en los hombros, en la clavícula, y una trompada en la mejilla. Después de verlo salir llorando, es decir, escondiendo la cara bajo el cuello de la campera para no mostrar el llanto, ella había tenido que correr hasta la farmacia de Venecia y Mascardi para que le cerraran el corte. El farmacéutico, un hombre menos buen mozo que atildado, había tenido la cordialidad de curárselo, pero mientras aseguraba que puntos no harían falta, que de todos modos ningún accidente podría desfigurarle la carita de princesa, le había ido internando una mano rodilla arriba por la pierna derecha. A Selva le había bastado una patada para sacárselo de encima. En la calle había llorado, pero no por Nito, ni por el futuro ni por Leopoldo o las hipocresías de Lorna, sino porque ya no podía aguantar a tantos tarados. Había llamado a Ezequiel. Como no contestaba nadie, había

vuelto caminando al departamento de la calle Corfú, donde ni el silencio ni el reuma habían conseguido enfriar el abrazo del viejo. Y ahí, mirando los pétalos de los jacintos, envuelta en vapores de caldo y de tilo, había jurado, y eso Ezequiel se lo oiría muchas veces más y más tarde, que ya no iba a confiar en lo que no estuviera al alcance de la mano o al menos mostrara los ojos abiertos. Después se había tirado en la cama; era actriz y rodaba una película que por todo escenario exigía los vagones de un tren climatizado; el tren, siempre en movimiento, se detenía de vez en cuando en estaciones de andenes con mayólicas para que una parte del reparto se dejase reemplazar por nuevos actores; cinco o seis veces cambiaban los galanes y las actrices secundarias, con lo cual el trasiego se hacía agotador y los técnicos pedían descanso; ya instalados en el vagón-sala, ella, desde un rincón, veía cómo una compañera jovencita se acercaba al director y, sentada a los pies de él, empezaba a acariciar la revista que le cubría el vientre; a pesar de ruborizarse, él parecía agradecerlo, y miraba a los demás como disculpándose, y las hojas se empapaban de un líquido verde claro. Al despertarse, inmóvil, Selva había decidido esperar, segura de que tarde o temprano Ezequiel iría a buscarla.

De los cuatro o cinco clientes espantados que Ezequiel encontró en el pasillo, el menos inepto alcanzó a bostezar escorias de crónica policial. Individuos, sorpresivo, decía el hombre, un cuarentón peinado con brillantina, y se excu-

saba de que la operación lo hubiese sorprendido mientras subía por la escalera. La vergüenza le impidió pedir cita para otro día. Ezequiel pensó que le habían asaltado la oficina y se echó a correr sobre la alfombra de puchos, boletos, pañuelos de papel, trapos raídos y carpetas desechadas que una corriente de aire agitaba como helechos nocturnos. Llegó a la puerta acalambrado. Tocó el pomo con la mano empapada y por fin abrió. Lo que encontró no era un estropicio. La caja fuerte estaba cerrada, la máquina de Ramiro ilesa y los libros en los estantes. Sin embargo todo parecía ligeramente fuera de lugar, como si una breve violencia hubiera obligado a las cosas a variar sus papeles. Con un nudo en la garganta descargó un puñetazo en la pared. Habían secuestrado a la nena. La puerta del despacho se abrió muy despacio y Mirella asomó la cara lívida por el resquicio. Tenía un hematoma al costado de la nariz, el pelo revuelto y el labio de arriba hinchado.

—Señor Ezequiel, noi...

—Sí, ya me di cuenta.

—Figli de putana.

El camboyano se resistía a respirar contra los algodones que Mirella le había puesto en la nariz. En voz baja, como si una enfermedad le hubiera anulado el tiple que siempre tenía en la garganta, explicó que habían sido tres tipos, dos con pesadas pistolas cuarenta y cinco; tanto él como Mirella, calculando que no querrían disparar, habían berreado hasta la exasperación intentando que en el escándalo Alina lograra escaparse. Pero los habían callado a culatazos y, soltando patadas a la marchanta contra los clientes, se la habían llevado amordazada. Daba la impresión de que alguien les había recomendado silenciarla, como si fuera una norma de esterilización. Fuera de eso habían sido rápidos y no muy brutales; incluso, dijo el camboyano, habían dejado dinero sobre el sofá de la salita para pagar la botella de whisky que Alina había destrozado de un cabezazo. Ezequiel descubrió la mancha en el parquet. Se estaba secando.

—¿Y dónde está el cretino de Ramiro? ¿Dónde se metió?

—No sé, monsieur Adad. Le doy mi palabra. No tiene nada que ver.

—¿Qué estupideces dice? Es un inútil, no un hijo de puta.

—Y yo no he dicho ninguna de las dos cosas.

Ezequiel pateó el gollete de la botella y el vidrio se estrelló contra la pata de una estantería.

—Pero se fue, ¿no? No estaba, ese malparido.

—Ellos eran tres, monsieur Adad.

—Pero él no estaba, pedazo de pejerto. Y ahora tampoco.

—Son... molte volte che non c'é. Non sappevamo dove...

—Y bueno, adónde iban a llamar. ¿Qué dijeron?

—Nada. Que mañana, antes del Parte, enviarían... nuevas.

Supo que las noticias iban a tener que arrancárselas a los pozos secos, mejor todavía con trépano y pala. Por eso cuando el teléfono sonó pudo corregir el impulso y pedirle al camboyano que atendiera. Mientras bajaba la escalera pensó que a lo mejor era Sofía; en esa carcaza de ascensores muertos, sin embargo, ya no había tiempo de volver a escucharle la voz. No tenía la menor idea de por qué lo habían hecho pero iba a ir al cine Cástor y Pólux a partirle la cabeza a Chalukián, que por algo manejaba infinidad de opciones. En la esquina de la sauna se le ocurrió que a esas alturas ya no lo encontraría, de modo que paró un taxi y dio la dirección de la peluquería. El asiento lo aspiró como un pulmón deshauciado. Del ronquido parejo del motor brotaban chistidos intermitentes y Ezequiel llegó a creer que había un cable tendido entre los pistones y sus propios ventrículos. El chofer, campechano, manejaba como si fueran a ver una exhibición de patinaje artístico. Descuartizarlo no hubiera sido justo, tampoco romper los vidrios a cabezazos, pero últimamente agravios

y azares venían impuestos por un oráculo senil, y hasta lo que él había hecho con los réditos del tiempo era pura injusticia, de modo que no había razón para que los indolentes de Krámer no pagaran su parte. Todos menos Alina, que no comerciaba con fantasmas. Repentinamente comprendió que no la habían secuestrado por ambición sino para chantajearlo. *Como si hubiera hecho falta.* Las veredas del barrio administrativo pasaban por la ventanilla, yertas de demandantes, limpias, barridas por una fiera luz nacarada. Era el haz de un reflector movido desde la torre de televisión, y Ezequiel se preguntó si no estaría aniquilando transeúntes. También la calle Helsinki se había vaciado, y los cafés de las galerías Bernasconi: sólo en huecos dispersos del aire, en las bocas negras de los baños públicos o la entrada del cine Atlántico, crecían intrigantes siluetas entumecidas. La radio del taxista exhalaba garlidos. Ezequiel preguntó por qué no escuchaba algo más concreto. El chofer contestó que desde hacía rato no se captaba ninguna emisora. Ezequiel bajó la ventanilla. Junto con el céfiro creyó sentir un rumor chato que crecía más allá del cauce del río. Arriba de los edificios una bengala trazó una curva gentil; el relámpago alumbró un helicóptero de transporte lo suficiente para que se vieran las fauces de orca. Ezequiel lanzó una risa desaforada. Mirándolo por el retrovisor, el taxista se permitió observar que habían llegado. Aunque le parecía un chiste, Ezequiel miró por la otra ventanilla. No sólo la peluquería sino la acera íntegra, los zaguanes y las boutiques y la farmacia de la esquina estaban a oscuras. Dejó el taxi esperando y bajó a investigar. Adentro husmeó tufo de alcanfor, de fusibles, de calor eléctrico y fijadores, perfumes cruzados de mujeres exigentes, hasta que se llevó por delante una mesita y varios instrumentos cayeron al linóleo. Desde la calle penetraba un silencio redoblado, como si la ciudad se preparase para una larga excursión. Volvió al taxi y dijo que quería ir a Corfú al 1200. Nada los detuvo hasta el semáforo que había frente a la textil Iguazú. Junto a una canaleta, entre toneles de metal corru-

gado y fardos mugrientos, un espía en cuclillas cargaba un treinta y ocho corto. Quince metros atrás de él, dos obreros flacos se alejaban a paso sostenido. Ezequiel se sobresaltó. El semáforo estaba en verde pero el taxista se había dormido. Le dio un sopapo en el cuello. Diez minutos y un montón de derrapes más tarde llegaron a la calle Corfú. Ezequiel no se paró a mirar el relámpago bermellón que estallaba en el confín de las fábricas. Pagó, entró al edificio y sorteando bolsas de basura subió la escalera. Selva le abrió la puerta.

—Yo sabía —dijo—. Qué suerte. Estuve soñando que era actriz, podés creer, y la película se filmaba en un tren.

Ezequiel reculó como si el calor o el beso lo hubieran lastimado. Chancleteando, con la regadera en una mano y un vaso de vino en la otra, el viejo avanzó hasta el recibidor. Tenía puesto un pijama celeste.

—Este hombre está en curda —dijo.

—No sea imbécil —dijo Ezequiel.

—Ojito con lo que decís —dijo Selva.

—Selva, se llevaron a la nena.

—¿Cómo?

—Pase, no se quede ahí —dijo el viejo.

—Que la secuestraron. Tres tipos armados. Estaba con el camboyano y Mirella, yo tenía que volver a esperar una llamada de Chalukián. Los cerdos sabían que había salido. Y Ramiro... Selva, ¿qué hago?

—¿Y usted iba a defender a alguien? —preguntó el viejo.

—Hay que averiguar dónde está Lorna —dijo Ezequiel—. ¿Por qué no hay nadie en la peluquería? —De repente descubrió la gasa que Selva llevaba en el pómulo—. ¿Qué te hicieron esos hijos de puta?

—Esto no tiene que nada que ver, Adad —dijo ella— Nada que ver. Y además no entiendo. Lorna se fue esta tarde. ¿Qué importa?

—¿Adónde se fue?

—Esperá que salgo con vos.

—¿Adónde? ¿Me querés contestar?

Selva empujó al viejo hasta el comedor y lo obligó a sentarse ante la cena. Después, poniéndose un tapado, volvió a la puerta.

—No hace falta que vengas —dijo Ezequiel—. ¿Dónde vive Chalukián?

—Ni idea —dijo ella cerrando la puerta—. Ezequiel, te juro que ellos no fueron. Orlando no es una mala persona.

—Fue él. Fue ese fantoche malparido. Me quiere chantajear. Decime, ¿de dónde lo sacaste a ese Nito?

—Estás loco, Adad. Estás...

—El pornoshop —dijo de pronto Ezequiel golpeando el pasamanos.

Selva no preguntó más. Por Corfú, entre túmulos de adoquines y sombras fosforescentes coronadas de cascos, bordeando los muros ennegrecidos de las hilanderías, por las baldosas picadas de la avenida Magallanes, bajo los plátanos pelados, sin avistar un ómnibus ni un taxi, corrió detrás de Ezequiel como si el riesgo de perderlo fuera verse ella también secuestrada. Cuando por fin lo alcanzó ya no le quedaba aire para hablar. En la placita Amenábar, junto al monumento al trabajo, varios espías cabildeaban como niños expulsados de un orfelinato. Más adelante, en el césped, blanqueados por un cuarto de luna velada, seis voluntarios de la campaña de salubridad dormían medio cubiertos por hojas secas. Por la calle Berna pasaron varias motos a toda velocidad. Solo al alcanzar la vereda opuesta Ezequiel se paró a descansar apoyado en un buzón.

—¿Qué les pasa?

Selva lo agarró por las solapas del tabardo.

—Están enfermos, Ezequiel. Se están muriendo —dijo—. Y nosotros tenemos que aprovechar. Si encontramos a la nena nos vamos a escapar, ¿me entendés?

Les bastó llegar a la rotonda del mercado Jacobici para darse cuenta de que no iba a resultar fácil. Como por un aciago prodigio, hasta el último de los faroles derramaba

una luz doblemente tensa, y la estólida claridad de cal viva daba chatura a las galerías deshabitadas, los puestos vacíos y la caterva de vecinos apiñados al borde del pavimento. La gente daba la impresión de estar controlando la meta de una maratón. Sin embargo hacia el este, sobre el concreto lechoso de la avenida del Progreso, lo único que se veía era una lenta caravana de tanquetas difuminada por la colisión de muchos haces violáceos. Detrás de las tanquetas podían estar avanzando columnas de infantería; pero los humos de la noche las ocultaban, y era como si la napa vacía, que tras el vómito de petróleo había parido una generación de títeres, los hubiera eliminado para reemplazarlos por otros hijos, compactos, hieráticos, inconmovibles, pero en medio de contracciones demasiado débiles para materializarlos del todo. Selva se mordía una mano.

—Mierda —dijo.

Ezequiel le miró los ojos y se mantuvo en silencio. Al lado de ellos una mujer lloraba unas lágrimas grandes y redondas como borlas. El hombre que la acompañaba movía inútilmente el sintonizador de su radio portátil. De todo el dial no surgía más que un silbido de locomotora estropeada. Nadie en Krámer había visto nunca un desfile militar, y ahora la ciudad se abría como una cortina sin flecos para embolsar ese macilento rumor de orugas, y lo recibía sin chistar, sin encandilarse, como si cualquier ademán fuera superfluo. Mientras se bajaban algunas persianas, el eco aislado de los disparos moría en una alfombra de sueño. Por un momento sólo se oyó un fragor acompasado. Ezequiel agarró a Selva del brazo y empezó a caminar hacia la avenida del Salvador, pensando que hasta la calle Nairobi no habría más de cinco minutos. Entonces una cadena de altoparlantes embozados en el techo del mercado despidió un bufido gangoso, el aire se llenó de crepitaciones y, empujando la luz, como una gigantesca perdigonada contra los edificios, un coro apoyado por timbales, bronces y quizás por las gargantas de todos los animales muertos desde el eoceno desplegó sobre la plaza su dosel de rogativas. *Veni,*

veni, veni creator se abrasó la atmósfera, y el avance de los violines dejó la noche exangüe. La gente miró para arriba. Algunos se reían. Ezequiel temblaba.

—Es Mahler —dijo—. Mahler. Ahora entiendo. Carajo.

—¿Qué cuerno pasa? Están todos locos.

—Selva, esa música es una señal. No sé de qué, pero es una señal. La tenían preparada. Hace días que la pasan por la radio. ¿No te das cuenta de que es Mahler? La octava sinfonía.

—¿Y qué importa de quién es? ¿Seguimos o no?

El barrio comercial no estaba tan desierto. En algunas esquinas se organizaban conciliábulos y por las veredas se escurrían siluetas veloces, enancadas a los fogonazos, que parecían librar breves batallas personales contra espías desamparados. Por Namuncurá desembocaron en Nairobi. Los espejos de la fachada de una discoteca llamada Mariner estaban destrozados; alguien había volcado un ómnibus de la línea octava y el fuego que lo consumía no encontraba dónde reflejarse. Cruzaron la calle tapándose la boca. Treinta metros al norte los resquicios de la puerta vaivén del pornoshop despedían un resplandor de azafrán. Ezequiel soltó la mano de Selva y embistió el batiente derecho como si adentro lo esperara una banda de gángsters. Lo único que encontró fueron revistas deshojadas, artefactos de goma, los mismos trajes de verdugo sobre el ajedrez de las baldosas, hasta que Selva le señaló el hombre que, en un rincón, se agazapaba atrás de la caja registradora del mostrador.

—Salí de ahí —dijo Ezequiel—. Salí, payaso.

—OK —dijo el otro con un jadeo—. OK. Está bien. No sabía que era usted. Y un centinela debe cobrar... precauciones, ¿es correcto?

Probablemente con lentes de contacto le habían teñido los ojos de marrón, y en vez de la gorra de visera llevaba un pasamontañas que le escondía los rizos colorados; pero nada hubiera podido disimularle las pecas ni el hedor de cerveza que lo perseguía como un hermano siamés. Del

hombro izquierdo le colgaba un walkie-talkie que soltaba un zumbido afónico.

—Es el primo de Lorna —dijo Selva mirándolo como si fuera una figurita de pesebre—. Se pasa el día borracho.

—Ya lo conocía —dijo Ezequiel tratando de controlar los temblores—. Ahora me va a decir dónde está Chalukián.

—¿Me? —dijo el irlandés—. Oh, no, no, mister Adad. Eso sería imposible. Y además, no creo que le convenga. Están pasando cosas graves.

Ezequiel agarró el látigo de un equipo para sádicos. Era grueso y pesado. Dudó si sabría manejarlo.

—Basta de vueltas —se oyó decir.

—Tengo un mensaje para usted —lo frenó el irlandés, sereno y melancólico como un náufrago—. Debe saber que los responsables del... paradero de esa niña de usted... somos nosotros.

—Inmundicia —bufó Ezequiel descargando un latigazo.

El irlandés atajó la fusta con el brazo pero no pudo evitar que Ezequiel se le tirara encima. Estaba por rechazarlo con la rodilla cuando Selva agarró un consolador de porcelana que había en el mostrador y se lo partió en la cabeza. El irlandés se desplomó con un gemido. Ezequiel le dio una patada en el hombro, pero con tan poca convicción que la pierna salió rebotada hacia la pared, como si hubiera tocado un cable de alta tensión. Se agachó para agarrarlo de las solapas del impermeable.

—¿Qué mensaje tiene ese hijo de puta para mí? Hablá, porquería, hablá que te mato.

—Esperá un poco, Adad —dijo Selva.

El irlandés se apoyó en un codo. Los labios se le torcieron en una sonrisa afligida.

—Mister Chalukián said... Oh, shit. Ha dicho que teniendo él a la niña usted no podría negarse a colaborar con él. A la niña no le pasará nada. Está de lo mejor. Es... un reaseguro.

Ezequiel se recostó en la pared. Se le había caído el

látigo de la mano y no lograba contener las convulsiones. Con un esfuerzo casi ridículo se obligó a cerrar los puños.

—¿Dónde la tienen? —preguntó Selva.

—¿What?

—Te preguntó dónde la tienen —dijo Ezequiel apoyando un pie sobre la cadera del irlandés—. ¿Sos sordo?

El otro escondió la cara contra las baldosas.

—Ay, señor —lloriqueó—. ¿Usted no se da cuenta de que ahora ya no sirve?

—¿Cómo que no sirve? Decime dónde la tienen o te echo a perder la jeta, monigote.

—No sirve. No sirve —se quejó el irlandés—. ¿Usted no ha visto el *coup d'état*? Invasión, ¿oye? ¿Usted es tonto?

Ezequiel bajó los ojos. Hasta ese momento no había querido darse cuenta de que sólo la Fuerza Interamericana podía movilizar vehículos militares y nunca lo habría hecho si no era para derrocar al Alcalde.

—Ni siquiera puedo comunicarme con el refugio —dijo el irlandés acariciando el aparato—. Lo único que se oye es... a veces... es... that bloody simphony.

Selva se había acuclillado. De haber tenido una lupa no hubiera podido estudiarlo con más intensidad.

—¿Y dónde queda el refugio ese? —preguntó.

—Oh, no —dijo el irlandés—. It's no use. ¿Ustedes me dirán que van a ir? Están chiflados. Dementes.

—¿Golpe de estado? —dijo Ezequiel abstraído.

—Call it what you like —dijo el irlandés—. Golpe. Complot. Otro complot. Ese imbécil de Chalukián. Damn on him.

—¿Dónde está el refugio? —preguntó Ezequiel.

—Los van a triturar como gusanos —dijo el irlandés.

Ezequiel le sacó el pasamontañas y agarrándolo del pelo lo obligó a levantar la cabeza. La mano temblaba tanto que la cabeza se contagió. En la pared, la sombra alargada parecía la de un monstruo epiléptico.

—Te estoy preguntando dónde queda el refugio.

—Oh, ya comprendo. La niña. The bloody little cracked one. —El irlandés se reía como si por la risa pudiese curarse de una gripe maligna—. ¿Usted conoce el Hospital Griego? Está todo al fondo del barrio Sur, donde termina la calle Vespucio.

—Eso es el desierto.

—Quizás. Ya no sé. Pero hay un cementerio allí, más adelante, a small one, uno pequeño. Y una iglesia ortodoxa. En la iglesia está el cuartel general de Chalukián. I swear... Le juro que no sé nada más. Ahora vaya y que le rompan el culo... Por comedido.

—Bueno, acá no hay nada que hacer —dijo Selva incorporándose.

Ezequiel se levantó y sin querer le dio un puntapié al walkie-talkie. La antena se encorvó contra la pared y lentamente, como si se abriera paso entre parvas de heno, un bucólico pasaje de la misma sinfonía de Mahler se expandió a una cuarta de las baldosas trenzándose con las plumas de la luz descolorida. Hubo un ruido como de torniquete y una anodina voz aguardentosa pisó las notas del oboe.

—Ciudadanos de Bardas de Krámer —barbotó, y en seguida hizo una pausa—. Ciudadanos de Bardas de Krámer. Ocioso sería recalcar, desde esta, nuestra atalaya en la Alcaldía de la ciudad, que los disciplinados movimientos de tropas que en este preciso instante están llegando al clímax de su desarrollo no tendrán incidencia alguna en la libre y pacífica evolución de la vida cotidiana. Lo que puede semejar alarmante trastocamiento de las actividades, no es sino una medida de prevención arbitrada por el Superior Comando Operacional del Cuerpo General Consultivo del Cabildo Metropolitano. La inaceptable transgresión...

Como si le hubieran escamoteado el papel, el locutor se interrumpió. Volvieron los carraspeos y a cuestas de ellos el aluvión de la sinfonía. El parlante del walkie-talkie retumbaba, desbordado por la vehemencia de mil músicos exultantes.

—Sonaba raro —dijo Ezequiel—. Vamos.

Algo empezó a diluirse. En la calle, desencajados, los diversos temas de la sinfonía peleaban por sucederse rozando las antenas, arremolinándose en las bocacalles como langostas, chocando contra las ventanas para morir en forma de tamborileo. En la esquina de Nairobi y Penitentes una barra de melenudos surgidos de las cloacas atacaba con bidones de nafta la caparazón de un tanque. Los dejaron atrás y en la esquina de la avenida Fraternidad, apretados contra la puerta de un banco, miraron pasar un helicóptero que a la altura de los primeros pisos iba despertando abruptas turbulencias de basura y trapos quemados. Siguieron avanzando cuando el estrépito de las hélices se perdió más allá de la torre de televisión. A partir de ahí no encontraron nada que no fueran estragadas figuras furtivas, desertores tal vez condenados al fracaso o partisanos de una guerrilla improvisada, los bolsillos atiborrados de botellas y munición, los hombros envueltos en un fulgor coagulado, como si las placas luminosas que algunos se habían cosido a las mangas fueran una contraseña atesorada en las entretelas del tiempo. Sólo en un portal, bajo la luz plana de una placa fluorescente, se veían con claridad dos cuerpos inertes que tanto podían estar muertos como sumidos en un sueño de odio. Tenían los pies bastante alejados y las caras machucadas casi unidas. El que de los dos llevaba uniforme verde oliva todavía empuñaba una piedra; desde el labio inferior hasta la nuez, un delgado tajo escarlata le dividía en dos la barbilla. Ezequiel creyó que Selva no los había visto y él mismo los olvidó apenas el fluorescente se apagó con un chasquido. De los que deambulaban, cada vez más puras sombras, ninguno los molestó, ocupados como parecían en esquivar las pinzas que las tropas ya irían cerrando. Pero en la Plaza del Desarrollo, si Ezequiel no alcanzó a ver más que camiones estacionados frente a las Grandes Tiendas Rappaport, Selva se quedó petrificada. Apretando el brazo de él lo obligó a levantar la cabeza. En las salientes de mecano del pedestal cilíndrico, en la plataforma de alea-

ción y la baranda circular que rodeaba la burbuja del monumento al OVNI, decenas de vecinos enardecidos chillaban como grajos. Unos pocos, miedosos de desplomarse, lanzaban abajo escupidas y bulones; los demás daban la impresión de ofrendarle plegarias al cielo descarnado. Habían conseguido perforar el vinilo y el fluido verdoso que había llenado la burbuja se escapaba en largas hilachas iridiscentes. En el asfalto, los infantes de marina, fusiles en ristre, esperaban mansos que los menos fuertes se dieran por vencidos. Una autobomba disparaba oblicuos sirenazos contra los gritos y todos los ruidos caían, por fin juntos, a mezclarse en el surco que las voces gemelas de un tenor y un contralto dejaban en las veredas. Ezequiel dudó hacia dónde avanzar. El contacto con la tela del tapado de Selva le devolvió inesperadamente un pedazo de tiempo que quizás arrastrara raíces y musgo y sales expectantes. Le tocó el cuello debajo del pelo; trató de calentarse las manos ahí. Se preguntó a qué distancia de él estarían, y también por Alina y el lugar donde el Empecinado habría hecho encallar al húngaro. Arriba, entre gases como corales, una tribu de desharrapados daba la impresión de reclamar la afrentada, inexistente efigie del futuro. Selva bajó los ojos. Pistola en mano, un sargento les ordenó que circularan. De las seis calles que partían de la plaza, la que más rápido los llevaría al barrio Sur era Ortega y Gasset. Moviéndose entre chicos que moqueaban, vendedores de bebidas, parejitas patibularias, viejos en bata, ceremonias de cacheo y enfermeras no del todo despiertas, se abrieron paso bordeando la pizzería Dos Tréboles. Mientras doblaban por Ortega y Gasset se oyó una detonación. La onda expansiva, viajando desde el centro de la manzana, acunó los postes de la luz para terminar rastreando las veredas hasta las alcantarillas. Entonces, a la altura de un jacarandá partido en dos, entre escombros y restos de follaje, Ezequiel vio que el cuerpito díscolo y absorto de Alina venía por el asfalto, como si desde el final de la oscuridad el desierto la hubiera devuelto en una bocanada de polvo. Hubiera

querido agradecer que estuviese abrigada, pero no llegó a abrir la boca. Revelada por un fogonazo, al pasar junto al tronco caído se distinguió una figura perruna que la llevaba de la mano. A ráfagas, el brillo violento de los helicópteros se le reflejaban en los quevedos. Y Ezequiel no tuvo que pensar mucho para convencerse de que aquel flaco ausente, quebradizo, el mismo que una vez había visto en la celda de Roy Santamaría, era ése que el húngaro llamaba Empecinado.

Pero al húngaro ya no iba a verlo más. De eso se iba dando cuenta Ezequiel mientras, al alzar a la nena, recibía en la cara una lluvia de sílabas y convencía a Selva de no enzarzarse con un funcionario. El flaquito de los quevedos, que caminaba alucinado, rascándose la espalda como si tuviera sarna, le certificaba la sospecha con una serie de balbuceos que nada daban a entender. Decía, por lo que después Selva recordaría haber deducido, que estaba muy contento de conocerlo, a Ezequiel, por supuesto, que sin llegar a admirarlo, porque él no admiraba a nadie, lo seducía su seriedad profesional; que él nunca se había codeado con la disciplina, era un audidacta y la prueba estaba en que ahora no separaba la paja del trigo, en realidad no sabía de qué hablar, con lo que había pasado desde la tarde, un *vagón de historias,* y todo tropezando con las palabras, esperando de Selva las preguntas que Ezequiel, derrotado y muerto de frío, no se atrevía a hacerle. Ezequiel, por lo demás, estaba convencido de que tenían que moverse de ahí. No era un impera-

tivo ni un deseo; era pura aceptación de que en Krámer el tiempo y las incidencias no se dejaban gobernar porque cualquier corolario nacía de hipótesis pervertidas. Así los planes de huida, así las caprichosas ganas de preguntarle al Empecinado por qué pintaba consignas en las paredes. Lo más absurdo, aunque aceptable después de todo, sería encontrarse al fin con que el Empecinado no se reconocía en su escueta leyenda. Él no sabía lo que significaba empecinarse. Era un pibe de veintiún años a quien toda la vida habían llamado Osvaldito y que no por haber perdido la familia entre salidas y desencuentros estaba dispuesto a renegar de su nombre. Parecía cómodo en su falsa modestia, Osvaldito: el cuerpo resbaloso le nadaba en la ropa de vaquero como una nutria en un estanque portátil. De la misma forma había podido entregar a Alina sin aspavientos, cumpliendo con soltura su función de investigador de detalles. Después quedaría en claro que no era una función. Igual que el húngaro, se regodeaba perdiendo el tiempo con alevosía. Y si había terminado por enredarse con lo más rotoso del complot, era simplemente porque una tarde había visto a un negro llamado Roy Santamaría darle una cita secreta a uno de los letrados de la ciudad y lo había entretenido seguir averiguando. Facilidades no le sobraban, pero eso era lo más atrayente. No recordaba bien si por culpa de un espía mentiroso o por emborracharse con absenta, en la celda lo habían tenido encerrado dos días. El resultado había sido una soberana desorientación, al menos hasta darse cuenta de que ese viejo panzón que le seguía la pista de las pintadas no sólo era amigo del letrado con el cual cierto capo quería entrevistarse, Osvaldito no tenía idea de para qué, sino que, más bien displicente, despachaba además otras labores. Algunas de esas labores, la confección de un reloj de arena, el arreglo de lavarropas o depósitos de inodoro y la recolección de baterías sulfatadas, le habían interesado poco. Pero el húngaro también reservaba parte de sus penosos correteos a observar a un encorbatado de nariz descomunal y a los en-

laces, enviados y chupamedias de los que se servía para mantener conversaciones con el secretario del letrado, o para controlar todo lo relacionado con el edificio de la calle Sinatra donde el letrado tenía una oficina. De manera que, sin renegar de las laboriosas transas con anfetaminas que le procuraban los garbanzos, ni de las incursiones en la Biblioteca Metropolitana, donde disputaba enmohecidos libros de Baudelaire a las ratas y los cascarones de yeso, ni de esas pintadas que eran honra, bilis y hasta codicia de posteridad, Osvalito se había dejado ventear por el viejo panzón, persuadido de que, meticuloso como era el húngaro en cuidarse de Ezequiel, lo iría acercando al hueso de las tramoyas del narigón, un tal Orlando Chalukián. No era del todo imposible que a cierta altura, en el barrio del Puerto o en los billares La Onza, él, Osvaldito, se le hubiera adelantado. Pero la tarde anterior a la aparición de las tropas, después de la entrevista de Ezequiel y Chalukián en el cine, el húngaro había llegado primero a Sinatra para ver cómo tres fascinerosos se llevaban a la nena, y primero había llegado también al descampado que se abría atrás del Hospital Griego, sobre todo porque no había vacilado en parar un taxi y él, a falta de dólares, había tenido que robar una moto. Si lo había encontrado era por viveza, porque no era cierto que sólo los viejos fueran agudos, y sin achicar distancias lo había seguido desde la plazoleta del obelisco enano hasta el esqueleto de las destilerías. Pero a partir de ahí todo era campo llano, sólo alterado por la mole bizantina del hospital, y cardales y cementerio, y al paseo de grava que llevaba a la iglesia el húngaro había llegado primero, primero, repetía Osvaldito muy nervioso ahora, es decir en ese momento, Ezequiel no sabría cuánto pero sin duda después, con todo acabado, en una sentina o al contrario, en un frágil atolón entre aguas poluidas, entre camiones militares y esquirlas del tiempo. Y eso, llegar antes, le había costado caro; porque, sin importarles la nena, los soldados se habían llevado al húngaro, y lo más triste era que no a la muerte ni a un calabozo, pensaría Ezequiel, sino tal vez al

exilio: al mundo, al movimiento, a lo que más francamente odiaba. Suerte perra: queriendo tantear a Chalukián se había topado con un tiroteo, varios cadáveres homéricos y la columna que había venido a parar el complot o reemplazarlo. Por lo que sabía Osvaldito, por mucho que hubiese pataleado había ido a parar a una furgoneta blindada, zamarreado, reducido, puteando porque esos tipos, más que seguro, ya no lo dejarían vivir ausente de sus propios huesos como si estuviera eternamente en otra parte.

Hacía media hora que caminaban sin rumbo cuando Ezequiel oteó los torreones de piedra de la embajada de Estados Unidos. Detrás del muro bajo, con las metralletas caladas, dos centinelas de la policía militar parecían patinar contra el cielo morado. Osvaldito había cerrado la boca como un conferenciante que presiente una muerte en la sala. Selva no conseguía que Alina alargara los pasos, la nena se había plegado al silencio y Ezequiel sentía en la boca un gusto a bromuro que le duplicaba el cansancio. Entraron a la zona administrativa. En una atmósfera de melaza y azufre los ruidos se iban amortiguando bajo un pálido horror de madrugada. Por las avenidas periféricas, bordeando cafeterías desiertas, las tropas seguían desplegándose, casi imperceptibles, con un monocorde rumor de termitas, al mismo tiempo que en el centro del barrio desaparecían como si la ciudad empezara a digerirlas. Se internaron en la calle Provenza. Hipnotizada por una alarma que no cesaba, la delegación de la Comunidad Económica Europea, puro ónix y

pórfido, relucía como una joya en el ombligo de una parturienta. La bandera que colgaba del primer balcón estaba chamuscada y en el tope del mástil una enorme gaviota aleteaba sin remontar vuelo. En la vereda de enfrente una mujer con delantal les daba de comer a los gatos, agachada en un parterre adornado de tulipanes artificiales. Al verlos avanzar se abalanzó a recuperar el bolso que había dejado sobre un banco; tenía una cara ajada, hosca y hambrienta, y el pelo plateado recogido en la nuca con una gomita. Ezequiel calculó que podían descansar un rato. En realidad, tenía pavor de cruzar la Plaza Soberanía y enfrentarse con la estatua de Bienvenido Krámer. No bien se sentaron, Selva y Alina fueron reclinándose una contra otra como dispuestas a soñar lo mismo. Osvaldito, en cambio, rebotó en la madera para salir impulsado hacia una coupé Fiat que crecía en la humedad del asfalto como un hongo metalizado. Ezequiel lo observó hurgarse los bolsillos, sacar un pedazo de alambre y meterlo en el agujero de la cerradura; trabajaba moviendo mucho el torso esmirriado, como si en la quietud que empezaba a propagarse hubiera algún ritmo que le hacía falta captar para obtener la ayuda de un genio. La puerta se abrió, Ezequiel miró hacia otro lado. Estaba pensando que con una ahijada capaz de darle al mundo un idioma nuevo, un espectro encerrado en un libro y una heroína atrapada en la urdimbre de sus propios argumentos, a la familia que venía fundando no le sobraría un ladrón. En cuanto a él, no tenía la menor idea de lo que le tocaría hacer: por el momento sólo tiritaba, neutro como un asno o una planta sedienta. *Cómo se anuncian las cosas cuando van a recomponerse, me gustaría saber; dónde llevan las cicatrices que uno les deja después de girar y girar como un pollo decapitado. Qué mareo. Cuánta pena. Si el mismo camino que sube es el que baja lo mejor es mirarlo desde una ventana. ¿Es mejor, finalmente? Y nosotros: ¿así terminan las gestas? Salvando el reloj, ¿hay alguna manera de imponer comienzos y finales?* A juzgar por lo que silbaba, una especie de balada tejana, Osvaldito había dado con un tesoro. Un momento

después Ezequiel supo que era una lata de cerveza belga. Estaba caliente, pero no le hizo ascos. Y mientras sentía el ardor en la garganta, escuchaba los ronquidos breves de la nena y se consolaba pensando que al menos lo esperaban unos cuantos sueños. Alguno, a lo mejor, le devolvería por un rato a Tadeo. Empezó a sentirse mal. *En momentos así lo mejor es hablar, sobre todo si uno no puede componer una canción ni montar a caballo.*

—¿Lo escuchaste discutir con Chalukián? —preguntó de golpe.

Osvaldito se puso las manos atrás de la cabeza y estiró las piernas. Daba la impresión de haber vivido muchos años en ese banco.

—¿A quién?

—A Tadeo.

—¿El húngaro? Uy, loco, no. Yo nada más lo vi entrar y esperé a cien metros, distancia prudencial. Me llené las manos de espinas, mirá. Ahí adentro había tipos con armas, estaban preparando flor de bolonqui. Una farsa, el complot ese. Y te querían meter, ¿no?

—Ajá.

—Y bueno. Yo, piano piano, me quedé entre unas matas a hacer guardia. Los soldados llegaron a los cinco minutos. Cercaron la iglesia. Tenían que acercarse porque no se veía un carajo, ya había oscurecido. Y la puerta la hicieron moco con una granada. De adentro les contestaron con metralla, pero yo creo que expertos no eran. Tiraban al bulto.

Ezequiel cruzó las piernas. Mirándose el cuero rascado del zapato derecho, hizo lo posible por tragar aire. Por un momento cerró los ojos, pero le pareció que lo mejor era volver a abrirlos.

—¿Y a la nena por qué la soltaron?

—Yo no te dije que la hubieran soltado. ¿Vos oíste alguna vez una misa? Bueno, entre el quilombo que armaba el húngaro, alguien que tocaba el órgano y los disparos, a mí se me dio por pensar en un suicidio masivo de feligreses.

—¿Eso pensabas?

—Y qué querés. Menos mal que me desperté en seguida. Entonces me empecé a arrastrar, mirá cómo me quedaron los vaqueros. Y en eso se oye una explosión. Qué lo parió, parecía el ojo del diablo: un agujero en el techo de la iglesita, una bola de fuego y las campanas que repicaban por la onda expansiva.

Ezequiel descruzó las piernas. Estaba sentado muy al borde del banco, casi en vilo.

—Entonces los mataron a todos.

—Milicos, mataron, querrás decir. Si hasta vi una pierna con bota colgando de una viga. Te confieso que me dieron ganas de comérmela; yo nunca probé, pero un poco de canibalismo tiene que venir bien para ser más fuerte que los fariseos. Porque yo quiero ser amo, no esclavo. Pero como comprenderás no me comí nada. No era la ocasión. Afuera los soldados se habían dispersado y lo mejor era no moverse. En eso se abrió una puertecita que había atrás y aparecieron Chaluqián, la mujer y uno de esos chupamedias que siempre tenían alrededor, un guardaespaldas, algo por el estilo. La mujer llevaba a la nena en brazos y corrió derecho al portón del cementerio. A los hombres los bajaron ahí nomás. Me dio un poco de pena, te juro. ¿Viste cómo culebrean los cuerpos en el aire cuando los agarra una ráfaga de ametralladora?

—La verdad que no.

—Mejor. Ahora, más pena me dio la mujer.

—Basta —gritó Selva de repente. Tenía una voz ronca y hermética y los ojos extrañamente abiertos, como si el sueño le hubiera quemado los párpados—. ¿Qué importa cómo murió? Lorna era amiga mía. No quiero... Yo no quiero.

—Se metió algo en la boca —le dijo Osvaldito a Ezequiel—. Una cápsula de cianuro, me imagino.

—Sos repelente —dijo Selva—. Ojalá te mueras vos.

Osvaldito se miró las botas.

—Y, había que decirlo, flaca. El cianuro es más honroso

que la pólvora. Además, no sé por qué tengo que sentir lástima. Hace un día y medio que no como nada.

A Ezequiel la idea de la comida le acrecentó las náuseas.

—¿Y Tadeo? —preguntó.

—Se lo llevaron, ya te conté. Junto con otros, en una camioneta. Pero mucho más no sé porque cuando la nena se largó a correr entre las tumbas y vi que no la seguían, me quedé piolamente cuerpo a tierra entre los yuyos. A esperar que se fueran, ¿captás?

—Se lo llevaron —dijo Ezequiel.

Osvaldito terminó la cerveza y estrujó la lata entre las manos. Levantándose, de una patada la lanzó contra las lajas de la delegación de la Comunidad Europea. La lata despidió un ruido pleno, menguante. Selva apoyó los codos en las rodillas y se tapó los oídos.

—A lo mejor lo sueltan —dijo Ezequiel.

—¿Vos creés en los Reyes Magos? —dijo Osvaldito.

Selva se echó el pelo hacia atrás. Por encima del hombro descargó en Ezequiel una torva mirada reseca.

—Tendrías que empezar a entender algunas cosas, Adad —dijo—. Una es que ir preso es mejor que morirse.

—Asigún, flaca —dijo Osvaldito—. Andá a saber lo que piensa el húngaro.

Ezequiel lo miró ir hasta el coche, sentarse al volante y prender la radio. Cuando esperaba que por la vereda se derramasen triunfales jarabes de la Selva Negra, una voz rotunda le dio de plano en la cara. Era la voz del nuevo Alcalde, el hombre que Orlando Chalukián había deseado ser. Decía que en el caso de Bardas de Krámer la inquebrantable fe que la Liga Interamericana tenía por hábito depositar en las ciudades con rango autonómico se había visto defraudada por un inusitado relajamiento de los usos sociales. Ezequiel se acercó al coche. Escuchar ese fárrago no lo arrebataba de gozo; y sin embargo seguía atendiendo, como si en los resquicios que dejaban las palabras hubiera, escondido, un resabio de tibieza hogareña. Hasta que por fin se dio cuenta de que se estaba produciendo un milagro y él lo atis-

bada de perfil: era la inmerecida gloria de no haber escrito ningún discurso. La voz no paraba. *El azote de la atonía laboral, el deterioro de la respuesta cívica y una progresiva desconfianza en el progreso entendido como destino colectivo, habíanse unido, en grotesca componenda, con una falta de los incentivos que el poder ha de ofrecer como el agua al sediento o el pan al famélico. Debilidad, ineficacia y nepotismo eran los bacilos que en el gobierno depuesto habían consumido la fortaleza necesaria para sostener las riendas administrativas.* Considerando quizás que ya estaba bien informado, Osvaldito bajó del coche con un insulto. Ezequiel, que había prestado toda la atención que se puede conceder a un hermanastro, apoyó la espalda en la puerta, fascinado de reconocer la endémica verborrea de Carmelo Ildebrandi. Deteniendo la mirada en Selva, que se había vuelto a quedar dormida con el mentón apoyado en las manos y el pelo lloviéndole sobre la frente, dedicó un melancólico recuerdo a Ramiro. Tenía la sospecha de que tampoco volvería a verlo, y no lo creía merecedor de añoranzas. El cigarrillo que encendió se le hizo goma arábiga contra la lengua. *Se me pegó la lengua al paladar. Nunca más voy a poder dar excusas. Van a tener que interpretarme a mí también.* De pronto, como en un nimbo, aparecieron las imágenes magulladas de Mirella Samoná y el camboyano. Lo estarían esperando, pero como secretarios no iban a servir. Osvaldito, arrodillado en los bloques de cemento empedrado, repasaba la caligrafía de la creación que acababa de estampar en tiza azul. La misma suciedad que sudaban unas reventadas cajas de cartón y se mantenía a ras del suelo, le iba cubriendo zonas elegidas del cuerpo: las musleras del vaquero, el promontorio de la nuez, las orejas, los antebrazos que emergían de la campera arremangada. El pelo ya no era rubio sino del color de los nísperos podridos, y los quevedos no le resbalaban de la punta de la nariz por un solitario misterio de la concentración. Sin asombrarse de que babeara, Ezequiel estiró el cuello para leer la consigna. MUERTE AL BUEN SAMARITANO. AMANECER DA VERGÜENZA. No era

muy ingeniosa, pero opinar no estaba en sus atribuciones. Se despegó del coche para abordarlo.

—Oíme, ¿vos sabés escribir a máquina?

Todavía de rodillas, Osvaldito guardó amorosamente la tiza en una cartuchera cosida a la bota izquierda.

—No, pero todo se aprende. Yo me doy maña para cualquier cosa. Ahora, lo que no sé muy bien es si quiero.

—¿Qué?

—Escribir a máquina.

Ezequiel apagó el cigarrillo y se acercó al banco. Alina pestañeaba como si le estuvieran lavando la cabeza y, frunciendo la nariz, tragaba con angurria rápidos sorbos de aire agrio. Ezequiel se sentó para cubrirle los hombros con un brazo.

—¿Tenés sed?

—Cué en la filulú grande, y mi papá bien con un piolín para esto —dijo Alina, y de pronto, mirando más allá de Ezequiel, alzó las cejas—. ¡Eh! Scrriiiiuch así chico para tacám a oj, y ya, ¿uh?

—Quiere un gato —dijo Osvaldito.

—¿Cómo sabés? —dijo Ezequiel arreglándole el pelo—. No dijo miau.

Sin hacerle caso, Osvaldito agarró a la nena de la mano y la llevó hasta el parterre donde la vieja de pelo plateado sacaba bolas de miga de una servilleta agujereada. Ezequiel los vio deliberar. Gesticulaban como si estuvieran interpretando un drama alegórico pero las voces no lograban traspasar el cerco de tulipanes artificiales. Hubo un intercambio apenas perceptible. Al fin, frotándose las manos en el delantal, la vieja entornó los ojos y señaló la banda de gatos. Volvieron trayendo uno de no más de tres meses, manchado, con la cola tiesa y una oreja negra y otra blanca. Osvaldito lo sostenía en una mano mientras Alina le rascaba la cabeza.

—Qué fácil —dijo Ezequiel.

—Y claro, como que se lo pagué. En el coche había tres dólares. Lo jodido es que ahora no sé cómo voy a comer.

—¿Querés venir a mi oficina? —preguntó Ezequiel desperezándose.

Osvaldito dejó escapar un ruido de asentimiento. Ezequiel tocó el codo de Selva, que giró lentamente la cabeza. A través de los cordajes del pelo chispearon dos círculos inconclusos, negros como la obsidiana.

—Adad —dijo con una sonrisa cansada—. Soñé que me pasaba una noche entera soñando con vos. A la madrugada me llamabas por teléfono. Me decías que cambiara de sueño y te dejara dormir en paz.

Ezequiel se quedó esperando algún desenlace. Ella sacó una peineta del bolso, se estiró el pelo hacia atrás y unió las puntas más abajo de la coronilla.

—Tendríamos que volver a la oficina —dijo él.

—Primero tengo que ir a buscar al viejo.

Ezequiel supuso que bien podía confiarle la nena a Osvaldito. Él mismo, después de todo, no tenía nada de profeta, ni siquiera la dejadez ante lo mundano, y su grey no era la compacta escoria que Dios despreciaba en los relatos de la Biblia.

—Yo te acompaño —le dijo a Selva.

De la ferrosa chatura del amanecer, los edificios pasaban a una tajante corporalidad a medida que el sol le iba comunicando color al cielo. El día apuntaba claro y las brigadas de limpieza, los espías mermados, los autobuses y los candados se reconocían en sus ruidos como si la presencia nocturna de las tropas hubiese sido una frase en negritas en

un recorte de prensa. Por las veredas encharcadas de la avenida Magallanes, ante una chimenea de ladrillos, Ezequiel sacó un pañuelo y, mientras se frotaba la nariz, aprovechó para mirar a Selva. Pese a que la intemperie no había logrado privarla de ese olor dulce y escociente, caminaba con los hombros agobiados, efundiendo una tristeza que se podía apretar. En la esquina de Magallanes y Viena, donde un escuálido grupo de obreros esperaba que abrieran los portones de una tejeduría, un tipo nudoso, de canas prematuras, les cortó el paso haciendo barrera con un brazo que terminaba en un mitón descomunal. Selva no lo miró a la cara. El tipo metió la mano desnuda en la manga del mitón, sacó unos sobrecitos cuadrados y tartamudeando les ofreció heroína. Les costó mucho sacárselo de encima, no porque fuera violento, sino porque parecía que el mitón no encerraba más que sobrecitos. Cuando al final lo dejaron atrás ya les resultaba más fácil hablar.

—Es una lástima —dijo Selva—. Una lástima, mierda. Pero a mí no me van a ganar. Y además... Adad, palabra que lo siento. Yo no sabía. Perdoname —hizo una pausa—. Bueno, ya lo largué.

Ezequiel se había olvidado de guardar el pañuelo. Ahora hubiera querido agitarlo como un clavel.

—¿Te puedo ayudar? —dijo.

Ella lo miró de soslayo. Si en los ojos había suspicacia, el resto de la cara, desde los arcos de las cejas hasta la línea de la mandíbula, parecía una máscara mortuoria. Pero algo se alteró de golpe como si el rumor de la ciudad encontrara un punto por donde infiltrarse.

—Vos no tenés la culpa, Adad. Vos... Acordate que todavía me debés una cosa. No me contaste nada de Leopoldo. —Volvió a endurecerse, como si con un esfuerzo de disciplina pudiera sujetar un recóndito foco de anarquía igual que una botella aprisiona el aguardiente—. ¿Y yo?

A punto de preguntarle de qué estaba hablando, Ezequiel comprendió. Como a la verdad no se atrevía, simplemente la agarró del brazo.

—¿El viejo estará en tu casa? —preguntó.

—No sé —dijo ella.

El departamentito de la calle Corfú sólo estaba habitado por el crujido de los tallos de las plantas. Selva no se inquietó. Mordiendo una manzana, le dio otra a Ezequiel y bajó los escalones de a dos para volver a salir. Cerca de la esquina los viejos de mameluco y casco de trabajo juntaban adoquines para erigir nuevamente la pira de honrar al Parte. Pero ellos fueron para otro lado. Enclavado entre residencias de ex técnicos petroleros, junto a un bar grasiento donde vendían churros, había un cine sin nombre visible. Adentro la sala estaba repleta, como si los habitantes del barrio confiaran más en una película de misterios árticos que en lo que había pasado la noche anterior. Selva encontró al viejo en la tercera fila.

—Lo mejor de esa cinta eran los perros que arrastraban los trineos —dijo Iribarren en la calle.

Después se hundió en un silencio cerril, y callado seguía aún cuando un taxi los dejó en Sinatra y lo obligaron a subir la escalera.

En la oficina Ezequiel no tuvo el alivio que se había augurado. Pese a la lealtad de Mirella y el camboyano, antes que bienestar sintió resentimiento por el apuro con que pretendían poner en orden su nidito en la conserjería. Farfullando, el viejo se dejó caer en el sofá. Selva se le sentó al lado y al rato estaban cuchicheándose historias seguramente no muy ciertas; por la insistencia de los gestos de ella era obvio

que el viejo no estaba conforme con los detalles. Ezequiel no se animaba a descansar. En la silla que había sido de Ramiro, Alina le daba órdenes al gato manchado, mientras Osvaldito extendía sobre el escritorio las cosas que había robado en el camino de vuelta desde el barrio administrativo: tomates, rabanitos, atún, ketchup, jugos de fruta, ciruelas negras, salamín, flanes, bombones y un aparato de plástico del cual se desprendían endebles cubiertos. Comieron todos juntos, casi sin hablar; y cuando parecía que sólo restaba lavar los platos, Osvaldito depositó sobre un paño verde una caja chata y amplia con la reproducción de un cuadro de Chagall en la cubierta. Era un puzzle de mil piezas que había sacado de la vidriera rota de una juguetería a riesgo de tajearse la muñeca. La pintura que se trataba de reproducir uniendo sinuosos pedacitos de cartón estaba en su mayor parte ocupada por un violinista barbudo de levita violeta, pantalones de cuadros, camisa blanca y gorra de un violeta oscuro. La mano que sostenía el violín era del color del marfil, pero la que empuñaba el arco era verde esmeralda, lo mismo que la irónica cara desvelada. Las piernas del violinista, combadas como en medio de un cómico paso de baile, acababan en un zapato blanco y otro negro, apoyado cada uno en el techo de una casa distinta. Además de otros elementos, en el cielo, entre gordas nubes de lomo azul grisáceo, un minúsculo ser humano de sexo indefinible flotaba con los brazos abiertos. Ezequiel pensó que sería muy difícil unir los pedacitos en las zonas laterales donde sólo se veía nieve vieja. Sin embargo Alina se puso a elegir y separar zonas de color como si el trabajo no prometiera disgustos. Osvaldito molía hojas de marihuana para hacer un canuto. Una hora después, con la contribución del viejo, tenían armada la parte superior del cuerpo del violinista, incluido el instrumento.

—En la mano, prrric, con duro, y así este jooosssh de un, ¿uh? Rojo, ahí —dijo Alina señalando el brazo del violinista.

—Suena a confesión —dijo el viejo.

—Dice que el violinista se cortó el brazo —dijo Osvaldito.

Ezequiel no tenía ánimo para discutirle las cábalas. Poco asombrado, dejó derivar el pensamiento mientras miraba las cabezas asomadas al escritorio. El violinista, privado de sus piernas por el momento, no daba la impresión de bailar.

—No se ve sangre —dijo el viejo.

—Jooosh, pero *ahí* —dijo Alina.

—¿Y ahora? —preguntó Ezequiel.

Osvaldito caviló unos segundos.

—El violinista se cortó el brazo mañana.

Selva se levantó para mover su silla y sentarse de espaldas a la mesa. Anunció que iba a irse a trabajar, que después de todo tenía la llave de la peluquería y no podía seguir perdiendo el tiempo. Pero no parecía del todo decidida. Después de jugar un rato con el bolso, descubrió el televisor.

—¿Cuánto falta para el Parte? —preguntó.

—Un rato —dijo Osvaldito.

Ezequiel se abstuvo de opinar que probablemente el Parte se había terminado por mucho tiempo. En ese momento se abrió la puerta y Mirella Samoná entró anunciando que dos personas pedían entrevistarse con el señor Adad por un encargo personal. No bien Ezequiel respondió que podían pasar, un hombre y una mujer aún jóvenes se introdujeron en la reunión con una embarazada vehemencia, como empujados a escena por un regidor tiránico. Ezequiel agradeció en silencio no sólo que hubieran ido a proponerle trabajo, sino la oportunidad de refugiarse con ellos en el despacho. Le explicaron que estaban a punto de casarse pero, como los respectivos amigos desconfiaban del futuro de la unión, ellos necesitaban una tarjeta de invitar a la boda adornada de invocaciones al amor que nada exige a cambio. Ninguno de los dos era especialmente atractivo, pero la efusividad con que desplegaban sus razones convenció a Ezequiel de que habían decidido rechazar todo premio de salida que no los

beneficiara al mismo tiempo. Aunque aquello no sonara a solución, ni siquiera a fiebre romántica, algo había en la inconsciencia de la pareja que la hacía tolerarble. Una vez recibida la promesa de un texto arrobador, se despidieron tan torpemente como habían entrado. Ezequiel, viéndose solo, se apuró a cerrar bien la puerta. Después se sentó frente a la clepsidra que le había regalado Tadeo. A fuerza de contemplar el dorado poso de arena tras las paredes de vidrio, llegó a comprender que en ese artefacto había una llamada muy parecida a la de algunas frases de Alina. Aunque a él le faltara fuerza para penetrarlo, el húngaro había sido demasiado vivo como para fabricar un reloj que no contuviera un enigma. Sin ese tiempo encerrado y las historias que le daban medida, el otro tiempo, el que de verdad horadaba las cosas y las cambiaba sin alardes, era sólo rocío en el momento de secarse: no se sentía. Junto al codo tenía la biblia de tapas verdes. Se la puso adelante y la abrió: *Porque existe el hombre cuyo duro trabajo ha sido con sabiduría y conocimiento y pericia sobresaliente. Pero a un hombre que no ha trabajado duramente en tal cosa se le dará la porción de aquél. Esto también es vanidad y una calamidad grande.* El abrumado Leopoldo no había subrayado ese versículo, y eso que no era menos desolador que otros. Y para él, pensó Ezequiel, si algún trabajo duro iba a haber, sería el de averiguar, siempre de nuevo, qué llevaba encerrado en la cabeza ese hombre que a lo mejor había existido. *Siempre de nuevo. Sin terminar.* Del otro lado de la ventana el puente Fitz Roy aceptaba con mansedumbre el trajín de los camiones. Alrededor de un farol trazaba círculos un pájaro y una mujer con sombrero se inclinaba sobre el parapeto haciendo oscilar un paraguas cerrado. De repente, como si los pilares de hormigón encerraran esas vetas concéntricas que en los árboles revelaban la edad, y las vetas fueran visibles y él también fuera parte del puente, Ezequiel sintió en el despacho la presencia de Tadeo trayéndole una noticia. *Tengo treinta y ocho años,* se dijo, y alejó la

biblia. *Tengo treinta y ocho años.* Alcanzó a pensar que debía ir a la casa del húngaro a rescatar la colección de diarios viejos. Después apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos. En un carromato dejaba atrás pastizales en llamas y acechanzas, y convencía a un centinela para que le permitiese llegar a un acantilado donde el humo se resolvía en oleaje; lo destinaban a un risco donde crecía un pino; desde ahí descubría que sobre el mar, azul y calmo a distancia como un disco de cobalto, se acercaba a la costa un ejército de amapolas; venían formadas en falanges, frescas, gráciles, pero él sabía que ocultaban una vergüenza, y sacaba un catalejo y lo desplegaba; y enfocando al centro de las filas, entre un millar de tallos verdes, veía flotar una enorme mancha negra que era el cuerpo de una foca muerta. Se levantó tirando la silla y fue a poner la cabeza bajo la ducha. Todavía con la toalla en la mano, abrió la puerta que daba a la salita. Seis cabezas desentendidas del ojo vibrátil del televisor lo esperaban en silencio.

—Un ejército de amapolas avanzaba sobre un mar en calma —dijo él—. Eso vi.

—¿De veras? —dijo Osvaldito—. Felicitaciones. Se te va a cumplir.

—¿Cómo?

Selva sacó un espejito de su bolso y se contempló largamente la cara. La tenía tan pálida, lavada y ligera que Ezequiel dudó de que estuviera a menos de tres metros. Las ojeras, sin embargo, despedían un brillo de limo que no era cansancio sino tal vez deseo. Alina, entre chillidos, gozaba viendo cómo el gato hacía añicos el violinista.

—Te nombraron en el Parte, Adad —dijo Selva—. ¿Entendés? Podés irte cuando quieras.

Ezequiel se apoyó en el marco de la puerta. Metiendo la manor por el cuello del pulóver, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa.

—¿Irme? —dijo—. ¿Adónde?

Hubo un silencio persuasivo, le pareció, coronado por

un comentario que Osvaldito le hizo al gato y una brusca carcajada del camboyano. *Dije algo raro,* pensó Ezequiel. Aturdido, vio una sonrisa, y el lomo arqueado del gato, y una parte del sombrero del violinista, y en la cara de Selva un diagrama de incógnitas, paradójico, inabarcable, que gradualmente se convirtió en desilusión y en frescura. Le hubiera gustado explicar por qué había dicho aquello; por otra parte le hubiera servido, pero como si la oficina hubiese empezado a jadear todos se pusieron en movimiento en direcciones distintas. *Ya ves, decretaste la desbandada.* Después de todo quizá era lo único que les correspondía; nunca podrían realizarla hasta el fin y afuera, no más allá de las torres de petróleo sino en la calle, seguía esperando un mundo posible. Iribarren se fue diciendo que estaba harto de paredes, Mirella proclamó misteriosamente que necesitaba muebles y había visto muchos acumulados en un container, y Osvaldito se puso a revisar libros con el aire del que recibe una herencia en billetes de países no descubiertos. Se protegían del asombro, pensó Ezequiel, aunque ni siquiera comprendía por qué. *Pero nada nos obligaba a conocernos bien. ¿Tendré secretario?* De modo que más tarde, después de pisar leños quemados y cartones y vidrios en la cuarteada penumbra de la escalera, se encontró en la calle Sinatra sorteando los escobillones de una brigada de limpieza que se regodeaba con lo mucho que había para adecentar. Por intuición había decidido que Alina necesitaba un paseo, pero fue solamente al verla correr hacia el Paseo Marsella cuando tuvo la noción precisa de que Selva lo acompañaba. En realidad le estaba aferrando el brazo derecho con las dos manos; un viento inconstante le acercaba hebras del pelo de ella a la cara, y era ese roce, más que la presión de los dedos, lo que por fin parecía una respuesta. Pensó que con lo mucho que la necesitaba era una pena desconocer el sentido. Para averiguarlo iba a necesitar toda la tarde, pero en ese momento Selva se detuvo y plegando un rincón de la boca, no en un reproche sino con la cautelosa alegría del que

encuentra un nuevo acertijo, le dedicó una de esas miradas largas que a veces daba la impresión de ahorrar. En los ojos tenía un brillo, el reconocimiento de algo problemático, remoto y edificante, y Ezequiel pidió que ese brillo durara.

—Bueno, después nos llamamos, ¿de acuerdo? —dijo de golpe.

—¿Por qué?

—Porque ahora me voy a abrir la peluquería, Adad. Al fin y al cabo tengo una llave.

De un vistazo Ezequiel abarcó las cuatro ochavas. Rápidas sobre el asfalto, entre el vapor que perdía alguna cámara perforada de la sauna, dos muchachas con guardapolvo unían con hilos de colores los hierros torcidos de la vieja rotativa. El tapiz, muy inconcluso, reverberaba en la luz de la tarde como un mensaje en arena mojada.

—¿Y te parece que vas a tener clientes? —preguntó.

—No veo por qué no. La gente siempre necesita cortarse el pelo —dijo ella, y tomándole la cabeza con las dos manos le dio un beso en la boca.

Retrocedió sin girar, como si la arrastrara el desconcierto; después, volviendo poco a poco la espalda, se empezó a perder por el Paseo Marsella más allá del vapor y la trama de los ruidos. Intentando seguirla con los ojos Ezequiel divisó la figurita de la nena. Le daba miedo que se alejara, de modo que también él apretó el paso y llegó junto con ella a cruzar la avenida Tehuelches. No bien pisó la orilla de la Plaza Soberanía lamentó no haber prestado atención a lo que se cocinaba en el Paseo. En el mismo instante recordó a las muchachas que trenzaban hilos de colores en los hierros y alzando la cabeza, con un sobresalto, se encontró con un cielo parejo que sometía las fronteras de los edificios. Estaba atardeciendo con un suave sol imperativo y, a pesar del frío, la gente, una dispersa muchedumbre, se empeñaba en excavar los filones de la luz como si sólo en algunos límites pudiera vivirse de verdad.

—Plam pasto ¡pat!, pero ésa arriba Alina, ¿bien? —dijo

la nena, y sin esperar la respuesta salió corriendo hacia el centro de la plaza. Ezequiel avanzó unos metros y se sentó en un banco. De frente a la explanada de la Alcaldía, los antebrazos apoyados en los muslos, reconoció olores de caramelo y de choclo asado mientras notaba que sólo ahora se estaba despejando del todo. Y sin embargo había algo más. Auscultándose el cuerpo, se asombró de no encontrar avisos de sueño. *Ninguno. Ni calambre ni fatiga. Pura vigilia aceptadora.* Repentinamente pensó en el Parte. Con la misma rapidez lo olvidó: sobre uno de los manchones de césped, no muy lejos de él, un contorsionista componía extravagantes figuras retóricas alrededor de un enorme perro de felpa, admirado por varios funcionarios del barrio administrativo. A la izquierda deambulaba un vendedor de café completamente vestido de verde y más a la izquierda aún una chica de quince años, gruesa, sonrosada y patizamba, mantenía sobre la frente una botella vacía. Ezequiel estaba seguro de haberla visto antes, pero le costaba concentrarse y tardó en descubrir por qué. Sólo lo fue logrando de a poco. Primero, en realidad, vio que la estatua de Bienvenido Krámer, mancillada por copiosas pinceladas de cal, se inclinaba bastante hacia adelante como si el brazo extendido le pesara. Después comprobó que la culpa del desequilibrio la tenía una grieta en las lajas de concreto. Pero la grieta se ramificaba, se hacía más ancha también, y fue siguiendo esa cicatriz como dio con la roca. Eso le interesó más. Parecía un promontorio o el lomo de un elefante marino pero era una roca verdadera y tenía más de tres metros de diámetro. De la pulida oscuridad de la superficie, de los flancos hundidos en el cemento, nacía una sensación cambiante de triunfo y de catástrofe; y sin embargo no era un meteorito sino la necesidad que alguien, seguramente a la madrugada, había dejado caer desde un camión. Ezequiel sintió un ahogo en todo el cuerpo, piedad o simple acumulación de muerte, cosas de las que siempre se había desentendido porque le parecían un estorbo. Una discreta ráfaga de viento puso asedio a la roca con una turba de papeles, y Ezequiel tuvo que entornar los

ojos. *Tendrías que verlo, Tadeo, hay alguien que plantó una roca en el medio de la plaza. Estuvo años esperando el momento y plantó una roca para que vengan a estrellarse las gaviotas.* Dos anuncios ambulantes pasaron trotando sin apuro, cortejados por sus propios slóganes: USTED, ELLA Y UNA COPA DE SELENE. La efigie de Krámer se conmovió ligeramente y siguió cortando la tarde. Ezequiel supuso que sería cosa de Alina, que con otros dos chicos intentaba encumbrarse en la roca. Pero el concreto no podía acusar esas piernas sin peso, y reflexionando que a lo mejor la estatua no se había movido reconoció que era otra cosa lo que desde hacía rato lo inquietaba. Era un rumor de gente hablando. Orgánico, sostenido, invasor, se resplegaba como un rocío vivo: intentos de comprar y vender, de cambiar noticias, chismes, enfermedades. Como la peluquería de Selva, arrastraba un rito sin importancia que también podía dar consuelo. Y escuchándolo, sin distinguir con claridad una sola palabra, Ezequiel supo por qué se le había agotado el sueño. En la misma medida en que se adensaba el rumor, la luz del atardecer, seca, palpitante, estaba convirtiendo la plaza en el holograma de otra plaza. *Se puede tocar, pero depende del punto de vista.* La luz se concentraba en la roca y desde allí volvía a expandirse, y con las fluctuaciones todo, la Alcaldía y la mole negra del hotel, la Catedral y los vendedores y la distante congoja de las torres, se reconstruía una vez más, nítido y suficiente, como visto desde un acantilado a través de un cubo de agua de mar. No podía ser el último alarde de autoridad de la Fuerza Interamericana; tampoco el anuncio de que los habían dejado sin custodia. Ezequiel encendió un cigarrillo. Lo sostuvo entre los labios y el humo le ardió en la nariz. Entonces, con el azoramiento del que se toca el cuerpo cambiado a través de una manta, comprendió por qué no había querido irse. Nunca había visto en Krámer una luz como ésa. En realidad, nunca la había visto en Krámer ni en otra parte. Alina alcanzó la cumbre de la roca, trastabilló y resbalando por la pendiente fue a parar al suelo. Ezequiel pensó que la ciudad enseñaba muchos

perfiles y que todos eran contradictorios. No estaba en un cubo de agua de mar: lentamente se convertía en un emblema, la idea que hay detrás de un junco. Un trozo, un alegato, un expediente. Un postulado de la luz que, como hubiera dicho el húngaro, a cada cual le tocaría demostrar o rebatir.

Esta edición de
INSOMNIO
compuesta en tipos
Garamond de 10 puntos
por Tecnitype, se terminó
de imprimir el 24 de diciembre de 1985
en los talleres de Romanyà / Valls,
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

«Acodada en el mostrador del Pernambuco, envuelta en el vapor de la máquina de café, la mujer repetía con un contoneo mecánico de las caderas los movimientos de émbolo de un soldado que jugaba al flipper. Con un breve estremecimiento, como si sólo estuviera librándose de un poco de polen, intentó recuperar a un tiempo la noción del amanecer y los ardides en que había adiestrado sus ojos: quería beber con alguna compostura el té que le habían servido. En la vereda de enfrente, un asiático con gorra de portero jugaba a las cartas, con dos camareros y una mujer de traje sastre, sobre los escalones de mármol de un edificio que parecía de cera. Mucho después ella misma le contaría al escriba que en ese momento, antes de cruzar la calle desierta para entregarle el libro, había sentido un odio devorador hacia los que amanecían tranquilos; que los hubiera pisoteado, por hipócritas, *como quien camina descalzo sobre un colchón de cartílagos*. Se había reído hasta ahogarse y apretando la nariz contra la ventana del café había jugado a adivinar en qué piso trabajaba el tal Adad.»